LIBRO dot.com

PORT - TARASCON

Últimas aventuras del ilustre Tartarín

Novela

ALPHONSE DAUDET



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PORT - TARASCON

A
L E O N A L L A R D
el profundo y sutil novelista de
«Ficciones» y «Vidas calladas», su hermano y amigo
Alphonse Daudet le ofrece este libro de humor.

Era en diciembre, hará de esto cinco o seis años, al regreso de la vendimia, en la Provenza.

Desde el gran break, tirado por dos caballos camargueses que nos llevaban, a rienda suelta, al poeta Mistral, a mi hijo mayor y a mí, hacia la estación de Tarascón, para tomar el rápido París-Lyón-Mediterráneo, nos parecía divino aquel atardecer de una palidez ardiente, fin de un día mate, febril, agobiador y apasionado como el bello rostro de una mujer del Sur.

Ni un soplo de aire, a pesar de la velocidad de nuestra marcha. En los bordes de la carretera, firmes y rígidos, se alzaban los rosales de España, de largas y sedosas hojas; y a lo largo de todos los caminos, blancos como la nieve, de una blancura de ensueño y cubiertos de un polvo arenoso que crujía bajo las ruedas, presenciábamos un lento desfile de carretas cargadas de uva negra, siempre negra, y tras ellas los mozos y las mozas, mudos, graves y gallardos, muy altos y erguidos todos, de piernas largas y ojos negros. Racimos de ojos negros y uva negra era lo único que se veía junto a las tinas y los canastos, bajo los fieltros de ala caída de los vendimiadores y los pañuelos con que las mujeres se cubrían la cabeza y cuyas puntas retenían entre los dientes apretados.

A veces, en el lindero de un campo, se dibujaba una cruz sobre el blanco del cielo, y de cada uno de sus brazos pendía un grueso racimo negro, a manera de ex voto.

-Vé! (mira) -me decía Mistral con gesto enternecido y una sonrisa de orgullo casi maternal ante estas manifestaciones cándidamente paganas de su pueblo; y luego proseguía el relato de algún bello cuento, perfumado y brillante, de las márgenes del Ródano, porque como un Goethe provenzal, sembraba al viento, con las dos manos siempre abiertas, poesía con la una y realidad con la otra.

¡Oh, milagro de las palabras, mágica armonía de la hora, del paisaje y de la brava leyenda campesina, que el poeta mostraba ante nuestros ojos, a lo largo del estrecho camino,

entre los campos de olivares y de viñas!... ¡Qué bien se estaba! ¡Cuán blanca y suave me parecía la vida!

Súbitamente, mis ojos se velaron y la angustia me oprimió el corazón.

-¡Papá, que pálido estás! -díjome mi hijo; y apenas tuve fuerzas para murmurar, mostrándole el castillo del rey René, cuyas cuatro torres me contemplaban desde el fondo de la llanura:

-¡Ahí está Tarascón!

Bueno es que se sepa que los tarasconeses y yo teníamos una terrible cuenta pendiente. Constábame que estaban muy excitados y me guardaban un sordo rencor por mis bromas sobre su ciudad y su gran hombre, el ilustre, el delicioso Tartarín. En cartas, en amenazas anónimas, me habían advertido a menudo: «¡Si alguna vez pasas por Tarascón, ten cuidado!» En otras, blandían sobre mi cabeza la venganza del héroe: «¡Tiembla, el viejo león tiene todavía pico y garras! »

¡Diablo, un león con pico!

Había algo más grave aún: por un comandante de gendarmería de la región sabía que un viajante parisiense que, por homonimia fastidiosa o por simple humorada, firmó «Alfonso Daudet» en el registro del hotel, había sido brutalmente vapuleado a la puerta de un café y amenazado con una zambullida en el Ródano, según la tradición local.

Dé brin o dé bran
Cabussaran
Dou fenestroun
De Tarascoun
Dedins lou Rose[1]

Era una vieja canción del 93, que se canta aún allí, y se subraya con siniestros comentarios sobre el drama del cual fueron testigos, en aquella época, las torres del rey René.

[1] De grado o por fuetea/ saltarán de cabeza desde la ventana/ de Tarascón/ al Ródano.

Ahora bien, como me satisfacía poco la idea de saltar de cabeza por un ventanal de Tarascón, había evitado siempre pasar por esta buena ciudad en mis viajes por el Mediodía. Y he aquí que ahora el pícaro destino, por el deseo de abrazar al querido Mistral y por la imposibilidad de tomar el rápido en otra parte, me arrojaba en las mismas fauces del león con pico.

Si al menos sólo se tratara de Tartarín, no me habría intimidado la perspectiva de un encuentro cara a cara, de un duelo con flechas envenenadas bajo los árboles de cualquier arrabal de la ciudad. Pero la cólera de un pueblo, y el Ródano, ese amplísimo Ródano!

-¡Ah, les aseguro que no todo es de color de rosa en la existencia de un novelista!

Cosa extraña: a medida que nos acercábamos a la ciudad, los caminos se desploblaban y las carretas de la vendimia comenzaban a escasear. Muy pronto, sólo tuvimos ante nosotros la carretera vacía y blanca, y en los alrededores del campo la anchura y la soledad del desierto.

-Es extraño-dijo Mistral en voz baja, algo impresionado-; diríase que estamos en domingo.

-Si fuera domingo, oiríamos las campanas-añadió mi hijo en el mismo tono, porque el silencio que envolvía la ciudad y sus suburbios tenía algo de angustioso.

Nada, ni una campana, ni un grito, ni siquiera uno de esos ruidos de carretería que tintinean tan claramente en la atmósfera del Mediodía.

Sin embargo, las primeras casas del arrabal se veían ya al extremo del camino: un molino de aceite, la oficina de consumos recién pintada.

Llegábamos.

Y cuál no sería nuestro estupor al entrar en esa larga calle pedregosa de la ciudad y encontrar cerradas las puertas y las ventanas, sin perros ni gatos, sin niños, ni gallinas, ni nadie; el portón ahumado del herrador, huérfano de las dos ruedas que exhibe habitualmente; desaparecidas las grandes cortinas de arpillera que los tarascones ponen a las puertas para defenderse de las moscas, y las mismas moscas y el exquisito vaho de la sopa de ajo que todas las cocinas debieran exhalar a aquella hora.

¡Era inconcebible: Tarascón ya no olía a ajo!

Mistral y yo nos mirábamos sorprendidos, y en verdad había motivo para ello. ¡Esperábamos los rugidos de un pueblo en delirio, y encontrábamos el silencio de muerte de una Pompeya!

En la ciudad, donde podíamos poner un nombre en todas las casas y en todos los negocios, familiares a nuestra mirada desde la infancia, esa impresión de vacío y abandono

hízose aun más impresionante. Cerrada la farmacia Bézuquet de la Placette, y cerradas igualmente la armería Costecalde y la confitería Rébuffat, «Al famoso caramelo». Desaparecidos los escudos del notario Cambalalette y el letrero pintado en tela de José María Espiridión Excourbaniés, fabricante del salchichón de Arlés; porque el salchichón de Arlés se ha fabricado siempre en Tarascón; error histórico que me limito a indicar de pasada.

Pero, en fin ¿qué se había hecho de los tarasconeses? Nuestro carricoche rodaba por la avenida, bajo la sombra tibia de los plátanos de troncos blancos y lisos, y en los que ya no cantaba ni una sola cigarra. ¡Desaparecidas también las cigarras! Y la casa de Tartarín aparecía con todas las persianas cerradas, muda y ciega como sus vecinas, y contra el muro bajo del famoso jardincito, ni una caja de betún, ni un pequeño lustrabotas que nos gritara: «¿Lustra, moussu?» Uno de nosotros dijo:

-Quizá -haya llegado el cólera.

En Tarascón, efectivamente, cuando estalla una epidemia, los moradores dejan las casas y acampan bajo tiendas, a gran distancia de la ciudad, hasta que el aire infecto se ha depurado.

A la mención de la palabra «cólera», que a todos los provenzales inspira hondo terror, el cochero arreó los caballos, y minutos después nos deteníamos frente a la escalera de la estación, enclavada en lo más alto del viaducto que bordea y domina la ciudad.

Aquí encontramos de nuevo la vida, rostros y voces humanos. A lo largo de las vías férreas, los trenes se sucedían sin interrupción, en todas las direcciones, y se detenían con choques de portezuelas y pregón de estaciones.

-¡Tarascón, cinco minuto de parada! ¡Cambio de tren para Nimes, Montpellier, Cette!...

En seguida, Mistral dirigióse presuroso al comisario, viejo funcionario que no había abandonado su estación en treinta y cinco años.

-¡Hola, maestro Picard! ¿Y los tarasconeses? ¿Dónde están? ¿Qué ha hecho usted de ellos?

El otro, muy extrañado por nuestra sorpresa, exclamó: -¡Cómo! ¿Lo ignora usted? ¿No se entera de nada? ¿No lee los diarios? Sin embargo, le han hecho una buena propaganda a su isla de Port-Tarascón. ¡Sí, mi buen señor! Se fueron todos los tarasconeses. Partieron para colonizar, con el ilustre Tartarín a la cabeza. ¡Todo lo llevaron consigo, hasta la mismísima Tarasca!

E interrumpiéndose para dar algunas órdenes, alejóse rápidamente a lo largo de la vía, mientras a nuestros pies, en el crepúsculo, veíamos destacarse las torres, los campanarios y

las espadañas de la ciudad abandonada, sus viejas murallas doradas por el sol con un soberbio tono de empanada que le daba el aspecto exacto de un pastel de becada del cual no quedara más que la corteza.

-Y dígame, señor Picard-preguntó Mistral al comisa

río, que volvía hacia nosotros, sonriente-: ¿hace mucho de esta emigración?

-Seis meses.

-¿Y no se tienen noticias de ellos?

-Ninguna.

Pecaïre![2] Algún tiempo después las tuvimos, detalladas y precisas, en cantidad suficiente para poder contarles el éxodo de esa valiente y pequeña población capitaneada por su héroe, y las formidables desventuras que les acaecieron.

Pascal ha dicho: «Necesitamos de lo agradable y de lo real, pero es preciso que lo agradable sea tomado de lo verdadero». Créelo así también, y he tratado de adaptarme a su doctrina en esta historia de Port-Tarascón. Mi relato, tomado de la realidad, está hecho con cartas de los emigrantes, con el «Memorial» del joven secretario de Tartarín y con declaraciones copiadas de la «Gaceta de los Tribunales»; y si aquí o allá encuentran alguna tarasconada excesivamente extravagante, que los diablos me lleven si yo la he inventado[3].

EL AUTOR.

[2] ¡Qué lástima! en provenzal.

[3] Léase en los diarios da hace doce años el proceso de la Nueva Francia y de la colonia de Port-Bretón, así como el curioso volumen del doctor Baudoin, médico de la expedición, publicado por la editorial Dreyfous

LIBRO PRIMERO

I

LAMENTACIONES DE TARASCON CONTRA EL ESTADO DE COSAS. - LOS BUEYES. - LOS PADRES BLANCOS. - UN TARASCONES EN EL PARAISO. - ASEDIO Y RENDICION DE LA ABADIA DE PAMPERIGOUSTE.

-Branquebalme, amigo mío, no estoy contento con Francia... Nuestros gobernantes sólo se ocupan en fastidiarnos todo lo que pueden.

Proferidas una noche por Tartarín frente a la chimenea del círculo, con el gesto y el tono que es de imaginar, estas palabras memorables resumían perfectamente lo que se pensaba y se decía en Tarascón del Ródano dos o tres meses antes de la emigración. El tarasconés, en general, no gusta de la política: indolente por naturaleza, indiferente a todo lo que no le afecte localmente, se atiene al «estado de cosas», según su expresión. Desde hacía algún tiempo, a ese «estado de cosas» se le reprochaban cosas a granel.

«Nuestros gobernantes sólo se ocupan en fastidiarnos todo lo que pueden.»

En ese «todo» debía incluirse primeramente la prohibición de las corridas de toros.

Sin duda, conocerán ustedes la historia de un tarasconés, mal cristiano y sujeto de la peor especie, que después de su muerte se coló por sorpresa en el Paraíso mientras San Pedro le daba la espalda, y se negó a salir a pesar de las súplicas del Santo cancerbero. ¿Qué hizo San Pedro para conseguirlo? Destacó una nube de ángeles para gritar frente al cielo hasta tanto les quedara voz: «¡Te, te! ¡Los bueyes!», que es el grito típico en las corridas tarasconesas. Al oírlo, el bandido cambió de expresión:

-¿Hay corridas por aquí, gran San Pedro?

-¿Corridas? ¡Ya lo creo! Y muy buenas, amigo mío.

-¿Dónde se celebran?

-Frente al Paraíso. Tenemos espacio, como ves.

Sin esperar más, el tarasconés se precipitó afuera para ver aquello, y las puertas del cielo se le cerraron para siempre.

Si recuerdo aquí esta leyenda, tan vieja, es para indicar la pasión de los moradores de Tarascón por las corridas de toros y la furia que les produciría la supresión de esta clase de festejos.

Luego llegó la orden de expulsar a los Padres Blancos y de cerrar su hermoso convento de Pamperigouste, encaramado en una colinita gris cubierta de tomillo y espliego, e instalado siglos antes a las puertas de la ciudad, desde donde se percibe, entre los pinos, el repique de sus campanarios que desgranan sus notas en las brisas claras de la mañana, mezclándose con el canto de las alondras, y en el crepúsculo con el grito melancólico de los chorlitos.

Los tarasconeses querían mucho a los Padres Blancos, dulces, buenos, inofensivos, hábiles en extraer un elixir excelente de las hierbas perfumadas que cubren la colina. Los apreciaban también por sus pasteles de golondrina y sus deliciosos pains-poires, especie de membrillos envueltos en una pasta fina y dorada, que fueron la causa del nombre de Pamperigouste que se dio a la abadía.

Así, cuando llegó a los Padres la orden oficial de abandonar el convento y éstos se negaron a partir, mil quinientos o dos mil tarasconeses, mozos de cuerda, lustrabotas, estibadores de los buques del Ródano -eso que llamamos allí la rafataille, la plebe- se encerraron con los buenos monjes.

La burguesía tarasconesa y los señores del círculo con Tartarín a la cabeza, resolvieron también sostener la santa causa. No hubo un solo minuto de vacilación. Pero no, se emprende una tarea de esta naturaleza sin hacer los preparativos oportunos. Los procedimientos embarullados se quedan para la rafataille.

Ante todo se necesitaban uniformes. Y se hicieron los encargos: soberbios uniformes que resucitaban los de las cruzadas, largas levitas negras con una gran cruz blanca en el pecho, y por todas partes, adelante y atrás, aplicaciones de fémures entrelazados. Este trabajo, sobre todo, requirió mucho tiempo.

Cuando todo estuvo listo, el convento había sido yo sitiado. Las tropas lo rodeaban con un triple cerco, acampadas en la vega y en la pendiente de la pequeña colina.

Los pantalones rojos parecían desde lejos, entre el tomillo y el espliego, una floración súbita de amapolas.

Por los caminos se veían constantemente soldados de caballería, el fusil sobre los muslos, el sable azotando el flanco del caballo y el revólver al cinto.

Pero este despliegue de fuerzas no podía detener al intrépido Tartarín, que estaba resuelto a pasar, así como tampoco al grueso de los señores del círculo.

En fila india, arrastrándose sobre las manos y las rodillas,

con todas las tretas clásicas de los salvajes de Fenimore, lograron deslizarse a través de las líneas sitiadoras; bordearon las hileras de tiendas de campaña y burlaron a los centinelas y a las patrullas, señalándose de uno a otro los pasajes peligrosos con la imitación imperfecta de los gritos de los pájaros.

Era menester gran valor para intentar la aventura en noches tan claras como el pleno día. Justo es consignar, sin embargo,, que los sitiadores tenían gran interés en dejar entrar en el convento la mayor cantidad posible de gente.

Lo que se quería era rendir a la abadía por el hambre antes que tomarla por la fuerza. Y los soldados volvían la cabeza con mucho gusto al ver a esas sombras errantes a la luz de la luna y de las estrellas. Más de un oficial, que había bebido ajenjo en el círculo con el ilustre cazador de leones, lo reconoció de lejos a pesar del disfraz y lo saludó familiarmente:

-¡Buenas noches, señor Tartarín!

Una vez en el convento, Tartarín organizó la defensa.

Este hombre endiablado había leído todos los libros sobre todos los asedios y bloqueos del mundo. Comenzó por organizar a los tarasconeses militarmente, bajo las órdenes del bravo comandante Bravida, y, obsesionado con los recuerdos de Sebastopol y Plevna, les hizo remover la tierra, mucha tierra, y rodeó la abadía con terraplenes, fosos y fortificaciones de todo género, en un círculo que se estrechaba en tal forma que hacía casi imposible la respiración, de modo que los sitiados se encontraron como emparedados tras sus trabajos de defensa, lo que facilitaba los planes de los sitiadores.

El convento, transformado en plaza fuerte, fue sometido a la disciplina militar. Así debía ser, una vez declarado el estado de sitio. Todo se hacía por redobles de tambor y toques de clarín.

Desde el amanecer hasta la puesta del sol, el tambor retumbaba por los patios, los corredores y las naves del claustro. Toques incesantes de la mañana a la noche: para las preces, tarata; para el tesorero, tara-ta-ta; para el despensero, tara-ta-ta-ta... Toques de clarín, imperiosos, secos, desgarraban el aire. Clarinadas para el ángelus, para los maitines, para las completas. Era como para avergonzar al ejército sitiador, que hacía mucha menos bullanga, en el campamento rural, mientras en lo alto, en la cumbre de la pequeña colina, tras las finas almenas de la abadía-fortaleza, elarinadas y redobles, mezclados con el repique de las campanas, creaban un ambiente belicoso y difundían a los cuatro vientos, en promesa de victoria, un canto alegre, semimilitar y semisacro.

Lo triste del caso es que los sitiadores, bien tranquilos en sus líneas, sin molestarse poco ni mucho, se abastecían fácilmente de todo y lo pasaban a cuerpo de rey. La Provenza es un país de delicias que produce toda clase de cosas buenas. Vinos claros y dorados, salchichas y salchichones de Arlés, melones exquisitos, sandías sabrosas y turrones de Montelimar, estaban al alcance de las tropas del gobierno. Para la abadía bloqueada, ni una gota ni una migaja.

Así, mientras de un lado los soldados, que nunca vieron una fiesta igual, engordaban hasta reventar los uniformes, y los caballos mostraban grupas lucientes y torneadas, los pobres tarasconeses, por otro, la rafataille en especial, obligados a levantarse temprano y acostarse tarde, siempre alertas, removiendo y acarreando tierra día y noche a la luz del sol y de las antorchas, adelgazaban y se reducían que era una pena.

Además, las provisiones de los buenos Padres se agotaban; los pasteles de golondrina y los pinos-poires tocaban a su fin. ¿Podrían resistir aún largo tiempo?

Era el tema que se discutía todos los días en los muros y terraplenes agrietados por la sequía.

-¡Y los cobardes no se atreven a atacar! - gritaban los de Tarascón, mostrando el puño a los pantalones rojos tumbados en la hierba, a la sombra de los pinos. Pero la idea de ser ellos los que atacasen no les pasaba por las mientes, que a tal punto el sentimiento de la conservación está arraigado en ese bravo y pequeño pueblo.

Sólo una vez, el violento Excourbaniés habló de intentar una salida en masa, con los monjes al frente, y de arrollar a todos aquellos mercenarios.

Tartarín alzó sus anchos hombros y contestó con una palabra:

-¡Niñadas!

Luego, tomando del brazo al irascible Excourbaniés, lo condujo a la cima de la contraescarpa y le mostró con un gesto imponente los cordones de tropas destacados en la colina y los centinelas apostados en todos los senderos.

-¿Somos o no somos nosotros los asediados? ¿Nos corresponde a nosotros dar el asalto?

Hubo en torno suyo un murmullo de aprobación.

-Evidentemente, tiene razón. Son ellos los que deben comenzar, puesto son los que asedian.

Y una vez más se vio que nadie como Tartarín conocía las leyes de la guerra.

Sin embargo, era imprescindible tomar una decisión. Cierto día, el consejo se reunió en la gran sala del capítulo, iluminada por altos ventanales y rodeada de ebanistería

recursos de la plaza. Los Padres Blancos escuchaban, silenciosos y erguidos en sus reclinatorios, asientos de forma hipócrita que permiten estar cómodamente sentados simulando estar de pie.

¡Lamentable fue el informe del Padre despensero! ¡Lo que habían devorado los tarasconeses desde el comienzo del asedio! Pasteles de golondrina, tantos centenares; paros-poires, tantos miles, y tanto de esto, y tanto de aquello. De todas las cosas que enumeraba, y de las cuales al comienzo se estaba bien provisto, quedaba poco, tan poco que era como decir que no quedaba nada.

Los reverendos se miraban unos a otros, largas las caras, y convenían entre sí que con todas aquellas reservas, dada la actitud de un enemigo que no quería llevar las cosas al extremo, habrían podido resistir durante años sin carecer de nada, si no hubiera acudido nadie en su ayuda. El Padre despensero, con voz monótona y afectada, seguía leyendo, cuando un clamor le interrumpió.

La puerta de la sala se abrió con estrépito y apareció Tartarín, un Tartarín trémulo, trágico, congestionado, con la barba encrespada sobre la cruz blanca de su uniforme. Saludó con la espada al prior, tieso en su reclinatorio, luego a los demás Padres, uno tras otro, y dijo gravemente:

-Señor prior, no puedo dominar más a mis hombres. Se mueren de hambre. Todas las cisternas están vacías. Ha llegado el momento de rendir la plaza o de sepultarnos bajo sus escombros.

Lo que no decía, aunque tenía su importancia, es que desde hacía quince días se había privado del chocolate mañanero, que veía en sueños, espeso y humeante, acompañado de un vaso de agua fresca y clara como el cristal, en vez del agua salobre de las cisternas, a la que estaba condenado irremisiblemente.

De pronto, el consejo se puso en pie y, entre un rumor de voces atropelladas, expresó esta opinión unánime: «Rendir la plaza... Hay que rendir la plaza..." Únicamente el padre Bataillet, hombre desorbitado, propuso hacer saltar el convento con la pólvora de que se disponía, y se ofreció él mismo para encender la mecha.

Pero nadie le hizo caso, y llegada la noche, puestas las llaves en las cerraduras, monjes y milicianos, seguidos de Excourbaniés, de Bravida y de Tartarín con los señores del círculo, todos los defensores de Pamperigouste evacuaron el lugar, sin tambores ni clarines esta vez, y descendieron silenciosamente por la colina en procesión fantasmagórica, a la luz de la luna y bajo la mirada benévola de los centinelas enemigos.

Esta memorable defensa de la abadía constituyó un honor para Tartarín, pero la ocupación del convento de sus Padres Blancos por las tropas dejó en el corazón de los tarasconeses un profundo rencor.

II

LA FARMACIA DE LA PLACETTE. - APARICION DE UN HOMBRE DEL NORTE. - ¡DIOS LO QUIERE, SEÑOR DUQUE!.- UN PARAISO MAS ALLÁ DE LOS MARES.

Algún tiempo después de la clausura del convento, el farmacéutico Bézuquet tomaba el fresco al anochecer frente a la puerta, en compañía de su discípulo Pascalón y del reverendo padre Bataillet.

Importa decir que los monjes dispersados habían sido recogidos por las familias tarasconeses. Cada una quiso tener su Padre Blanco; las gentes acomodadas, los comerciantes y la clase burguesa poseían uno en particular; en cuanto a las familias de artesanos, se asociaron entre sí y cotizaron a escote para sostener a uno de estos santos varones.

En todas las tiendas se veía una capucha blanca: en la casa del armero Costecalde, en medio de los fusiles, de las carabinas y de los cuchillos de caza; en la del mercero Beaumevieilles, tras las piezas de batista y de seda, se veía aparecer, como en otras partes, un gran pájaro blanco, que semejaba un pelícano familiar. La presencia de los Padres era para cada hogar una verdadera bendición. Bien educados, dulces, afables, discretos, molestaban poco y no ocupaban mucho espacio en el hogar, al que llevaban una bondad y una reserva desusadas.

Era como si se tuviera a Dios en casa: los hombres se abstenían de jurar y decir palabras gruesas, las mujeres no mentían o mentían muy poco y los niños se comportaban cuerdamente, muy modosos en sus sillas altas.

Por la mañana y por la tarde, a la hora de rezar, antes de las comidas para implorar la bendición y después para dar las gracias, las amplias mangas blancas se abrían como alas protectoras sobre toda la familia reunida, y con esta bendición perpetua sobre sus cabezas, los tarasconeses no tenían más remedio que vivir santa y virtuosamente.

Todo el mundo se sentía orgulloso de su reverendo, lo ensalzaba, destacaba su valor, y sobre todo el farmacéutico Bézuquet, a quien el destino deparó la suerte de tener en Mezcla de fuego y nervios, este padre Bataillet, dotado de verdadera elocuencia popular y reputado por su estilo para relatar parábolas y leyendas, era un magnífico mocetón. bien plantado, de rostro quemado, ojos de brasa y actitud de cabecilla. Bajo los largos pliegues de su recio sayal, tenía una prestancia realmente bella, aun cuando uno de sus hombros era más alto que el otro y andaba como de través.

Estos leves defectos eran apenas perceptibles cuando descendía del púlpito después del sermón y pasaba entre la multitud, erguida la cabeza como una proa, ansioso de volver a la sacristía, vibrante aún y enardecido por su propia elocuencia. Las mujeres, entusiasmadas, cortaban al paso con tijeras pedazos de su capa blanca. Por esta causa se le llamaba el Padre festoneado, y su hábito estaba siempre tan deshilachado y fuera de uso, que el convento se veía en apuros para procurarle otros.

Bézuquet estaba, como decimos, frente a la farmacia con Pascalón, y ante ellos, sentado en una silla a lo jinete, el padre Bataillet. Respiraban la brisa con delicia, en una feliz seguridad de reposo, pues en ese momento del día no había clientela que atender. Lo mismo ocurría por la noche; los enfermos podían retorcerse y gritar: el buen farmacéutico no se alteraba por nada del mundo. La hora de estar enfermo había pasado.

Escuchaba, a la par de Pascalón, una de esas bellas historias que el reverendo sabía contar como nadie, mientras en la lejanía se oía el rumor de los obreros que salían del trabajo, entre los gorjeos de un hermoso crepúsculo de verano.

Súbitamente, el alumno se levantó, rojo, conmovido, y señalando con el dedo al otro extremo de la Placette, tartamudeó:

-¡Ahí va el señor Tar...ta...rín!

Ya era sabida la admiración personal y particular que Pascalón profesaba al gran hombre, cuya silueta gesticulante se destacaba a lo lejos, en las brumas luminosas, acompañado de otro personaje enguantado de gris y cuidadosamente vestido, que parecía escuchar, silencioso y rígido.

Era fácil de ver que se trataba de alguien del Norte.

En el Mediodía, el hombre del Norte se reconoce por su actitud tranquila y la concisión de su reposado hablar, de igual modo que el meridional se denuncia en el Norte por su exuberancia de gestos y lenguaje.

Los tarasconeses estaban acostumbrados a ver frecuentemente a Tartarín en compañía de extranjeros, pues no se pasa por su pueblo sin visitar, como atracción, al famoso matador de leones, al alpinista ilustre, al Vauban moderno, a quien había valido nueva reputación el asedio del Pamperigouste.

De esta afluencia de visitantes resultaba una era de prosperidad antaño desconocida.

Los hoteleros hacían su agosto, en las librerías se vendían semblanzas y biografías del gran hombre, y en las vitrinas sólo se veían retratos suyos de cazador, de alpinista y de cruzado, bajo todas las formas y en todas las actitudes de su existencia heroica.

Esta vez, sin embargo, no era un visitante común, un cualquiera, el que acompañaba a Tartarín.

Cruzada la Placette, el héroe, con gesto enfático, se acercó a la tertulia y señalando a su compañero, dijo:

-Mi querido Bézuquet, mi reverendo padre, les presento al señor duque de Mons.

-¡Un duque! ¡Pardiez!

Nunca había venido un duque a Tarascón. Se había llegado a ver un camello, una cobra, una piel de león, un manojo de flechas envenenadas y otras cosas exóticas... ¡Pero un duque, nunca!

Bézuquet, puesto en pie, saludaba un poco intimidado por encontrarse de aquel modo, sin haber sido prevenido, en presencia de tan gran personaje, y balbuceaba:

-Señor duque..., señor duque... Tartarín le interrumpió:

-Entremos, señores; tenemos que hablar de cosas graves. Pasó el primero, con aire misterioso, al pequeño salón de la farmacia, cuya ventana, abierta sobre la plaza, servía de vitrina a las redomas con fetos, tenias entubadas y paquetes de cigarrillos de alcanfor.

La puerta se cerró tras ellos como tras conspiradores. Pascalón quedóse solo en la botica con la orden de Bézuquet de atender a los clientes y de no dejar que nadie se acercara al salón bajo ningún pretexto.

El discípulo, muy intrigado, se ocupó en colocar en los anaqueles las cajas de azufaifas, los frascos de *sirupus gummi* y otros productos medicinales.

Entre el ruido de voces que por momentos llegaba hasta él, distinguía especialmente el tono ronco de Tartarín profiriendo palabras extrañas: «Polinesia..., paraíso terrestre..., caña de azúcar..., destilerías..., colonia libre». Luego, un grito del padre Bataillet: «¡Bravo, soy de los suyos!» En cuanto al hombre del Norte, hablaba tan bajo que no se le oía nada.

Pascalón se esforzaba por meter la oreja en la cerradura. De pronto, la puerta se abrió con estrépito, manu militari, enérgicamente empujada por el padre, y el alumno fue rodando hasta el otro extremo de la farmacia. Pero, en la agitación general, el hecho pasó inadvertido.

Tartarín, de pie en el umbral, con el dedo levantado hacia

los manojos de bulbos de adormidera que se secaban en el techo de la botica y con una mímica de arcángel blandiendo la espada, exclamó:

-¡Dios lo quiere, señor duque! ¡Nuestra obra será grande! Hubo en esto una confusión de manos extendidas que se buscaban, se mezclaban y se estrechaban; apretones de manos enérgicos en un anhelo de sellar para siempre irrevocables compromisos. Enardecido con esta última efusión, Tartarín, erguido y solemne, salió de la farmacia con el duque de Mons para continuar el paseo por la ciudad.

Dos días después El Forum y El Goloubet, los dos órganos periodísticos de Tarascón, estaban llenos de artículos y propaganda sobre un negocio colosal. El título decía en gruesos caracteres: «Colonia Libre de Port-Tarascón», y leíanse anuncios tan estupendos como éste: «En venta, tierras a 5 francos la hectárea, con un rendimiento anual de muchos miles de francos. Fortuna asegurada y rápida. Se necesitan colonos».

Seguía a esto la historia de la isla en la cual debía establecerse la colonia proyectada, isla adquirida por el duque de Mons al rey Negonko en el curso de sus viajes, y rodeada por otros territorios que más tarde se podrían comprar para ensanchar las factorías.

Un clima paradisíaco, una temperatura oceánica, muy moderada a pesar de su proximidad al ecuador, pues sólo cambiaba de dos a tres grados, entre los 25 y los 28; país muy fértil, de boscaje milagroso y maravillosamente regado, que se elevaba rápidamente desde la orilla del mar, lo que permitía que cada cual eligiera la altura que más conviniese a su temperamento. Por último,. abundaban los víveres y las frutas exquisitas en toda clase de árboles, y había caza variada en los bosques y llanuras, e innumerables peces en las aguas. Desde el punto de vista del comercio y la navegación, una rada espléndida con capacidad para toda una flota, un seguro puerto cerrado por escolleras, con un antepuerto, un dique de reparaciones, muelles, desembarcaderos, faros, semáforos, grúas de vapor y, en fin, todo lo necesario.

Los trabajos ya se habían comenzado por obreros chinos y canacos, bajo la dirección de los más hábiles ingenieros y de los arquitectos más distinguidos. Los colonos encontrarían, al llegar, instalaciones confortables, amén de que, por ingeniosas combinaciones, con sólo 50 francos de extra, las casas serían acondicionadas de acuerdo con las necesidades de cada uno.

Es fácil suponer cómo se inflamaría la imaginación de los tarasconeses con la lectura de estas maravillas. En todas las familias se trazaban planes. Unos soñaban con persianas verdes, otros con una linda escalinata; éstos la querían de ladrillos, aquéllos de sillería.

Se dibujaba, se coloreaba, se añadía tal detalle a tal otro; un palomar sería gracioso, una veleta no estaría mal.

-¡Oh, papá, un mirador!

-¡Sea por el mirador, hijos míos! ¡Por lo que le costaría!

Al mismo tiempo que los buenos habitantes de Tarascón satisfacían así todas sus fantasías de instalaciones ideales, los artículos del Forum y del Goloubet eran reproducidos por todos los diarios del Mediodía; las ciudades y los pueblos eran inundados por prospectos con viñetas llenas de palmeras, cocoteros, plátanos y toda una flora exótica. La propaganda desenfrenada se extendía por la Provenza entera.

Por los caminos polvorientos de las inmediaciones de Tarascón veíase pasar al trote largo el coche de Tartarín, guiado por él mismo, con el padre Bataillet, sentado junto a él en la delantera, apretados uno contra otro, para servir de muro con sus cuerpos al duque de Mons, envuelto en un velo verde y devorado por los mosquitos, que de todos lados lo asaltaban furiosamente, en bandadas zumbantes, excitados por la sangre del hombre del Norte, y empeñados encarnizadamente en hincharlo a fuerza de picaduras.

¡Oh, ése sí que era un hombre del Norte! ¡Nada de gestos, pocas palabras, y una sangre fría!... No se entusiasmaba, veía las cosas tal cual son, reposadamente. Se podía estar tranquilo.

Y en las plazoletas sombreadas de plátanos, en los barrios viejos, en las tabernas llenas de moscas, en las salas de baile, por todas partes menudeaban las alocuciones, los sermones, las conferencias.

El duque de Mons, en términos claros y concisos, con la sencillez de la verdad desnuda, exponía las delicias de Port-Tarascón y los beneficios de la empresa, mientras la ardiente palabra del monje predicaba la emigración a hechura de Pedro el Ermitaño. Tartarín, cubierto por el polvo del camino, cual si saliera de un combate, lanzaba con su voz sonora algunas frases vibrantes: «Victoria, conquista, patria nueva», que su gesto enviaba muy lejos, por encima de las cabezas.

Otras veces se realizaban reuniones contradictorias, donde todo se hacía por preguntas y respuestas.

-¿Hay allí bichos venenosos?

-Ni uno. Ni una sola serpiente. Ni siquiera mosquitos. En cuanto a bestias feroces, ni soñarlo.

-Sin embargo, dicen que allí, en Oceanía, hay antropófagos.

-Invenciones. Todos son vegetarianos.

-¿Es verdad que los salvajes andan completamente desnudos?

-Esto quizá sea algo cierto, pero no del todo. Además, nosotros los vestiremos.

Artículos, conferencias, todo resultó un gran éxito. Los bonos se arrebataban por centenas y por millares, los emigrantes afluían, y no solamente de Tarascón, sino de todo el Mediodía. Hasta de Beaucaire venían. Pero ¡alto ahí! ¡Tarascón se puso en guardia, dispuesto a reprimir la audacia de los de Beaucaire!

Desde hace siglos, entre las dos ciudades vecinas, separadas únicamente por el Ródano, fermenta un odio sordo que amenaza no extinguirse jamás.

Si buscáis los motivos de este odio, os contestarán de las dos partes con palabras ininteligibles:

-Ya los conocemos a esos tarasconeses -dicen los de Beucaire en tono misterioso.

Y los de Tarascón responden, guiñando un ojo maliciosamente:

-¡Ya sabemos lo que valen los señores de Beaucaire!

De hecho, las comunicaciones de una ciudad con la otra son nulas, y el puente que se ha tendido entre ellas no sirve absolutamente de nada. Nadie lo cruza nunca. Ante todo, por

hostilidad, y luego porque la violencia del mistral y la anchura del río en ese punto hacen su tránsito muy peligroso.

Pero, si no se aceptaba a los colonos de Beaucaire, el dinero de todo el mundo era perfectamente acogido. Las famosas hectáreas a 5 francos, con rendimiento de varios miles de francos por año, se despachaban a hornadas. Se recibían también de todas partes donativos en especie que los fervientes de la obra enviaban para las necesidades de la colonia. El Forum publicaba las listas, y entre tales donativos se encontraban las cosas más extraordinarias: -

Anónimo: Una caja de pequeñas perlas blancas; un lote de números del Forum.

M. Bécoulet: Cuarenta y cinco redecillas de felpa y perlas para las mujeres indias.

Mme. Dourladoure: Seis pañuelos y seis cuchillos para la casa del cura.

Anónimo: Una bandera bordada para el orfeón. Anduze, de Maguelone: Un flamenco diecado. Familia Margue: Seis docenas de collares de perro. Anónimo: Una chupa galoneada.

Una Dama piadosa de Marsella: Una casulla, una capa de turiferario y un pabellón de cáliz.

La misma: Una colección de coleópteros en frascos.

Y, regularmente, en cada lista, se mencionaba un envío de Mlle. Tournatoire: Traje completo para vestir a un salvaje. Era la preocupación constante de la venerable señorita.

Todos los extraños y fantásticos donativos, en los que la socarronería meridional desplegaba su imaginación, se despachaban en cajones repletos a los grandes almacenes de la Colonia Libre establecidos en Marsella. El duque de Mons había fijado allí su residencia.

Desde sus oficinas, lujosamente instaladas, administraba un cúmulo de negocios y organizaba sociedades de destilería de caña de azúcar o de explotaciones de tripang, especie de molusco que gusta mucho a los chinos, que lo pagan bien, al decir del prospecto. Cada día, el infatigable duque veía surgir una idea nueva o esbozarse alguna gran maquinación que aquella misma noche ponía en práctica.

Entretanto, organizaba un comité de accionistas marsellés, bajo la presidencia del banquero griego Kagaraspaki, y los fondos eran depositados en la banca otomana Pamenyai-ben Kaga, firma de toda solvencia.

Tartarín se pasaba ahora la vida, una vida febril, viajando de Tarascón a Marsella y de Marsella a Tarascón. Encendía el entusiasmo de sus conciudadanos, continuaba la propaganda local, y corría presuroso a tomar el expreso para asistir a alguna reunión de accionistas. Su admiración por el gran duque aumentaba día a día.

A todos mostraba como ejemplo la sangre fría del duque de Mons, la razón del duque de Mons:

-No hay peligro de que exagere nada. Con él, no hay esos fenómenos de espejismo que Daudet nos ha reprochado tanto. Por el contrario, el duque se dejaba ver muy poco, siempre resguardado por la gasa antimosquitos, y hablaba mucho menos. El hombre del Norte se eclipsaba ante el hombre del Mediodía, lo ponía constantemente en evidencia y dejaba a su inagotable facundia el cuidado de las explicaciones, de las promesas, de todos los compromisos. Se contentaba con decir:

-El señor Tartarín es el único que conoce mi plan.

¡Y pueden imaginar cómo Tartarín se sentiría orgulloso de ello!

III

LA GACETA DE PORT-TARASCON - BUENAS NOTICIAS DE LA COLONIA - EN POLYGAMILLE. - TARASCON SE PREPARA PARA

LEVAR ANCLAS. - «¡NO VAYAN; EN NOMBRE DEL CIELO, NO VAYAN!»

Una mañana, Tarascón, al despertar, se encontró con este despacho pegado en todas las esquinas de la ciudad:

«El Farandole, gran velero de 1.200 toneladas, ha zarpado de Marsella al despuntar el día, llevando a bordo, con los destinos de todo un pueblo, pacotilla para los salvajes y un cargamento de maquinaria agrícola. Van ochocientos emigrantes, todos tarasconeses, y entre ellos figuran Bonard, gobernador interino de la colonia; Bézuquet, médico-farmacéutico; el reverendo padre Vezole y el notario Cambalalette, director del catastro. Yo los conduje personalmente aguas afuera. Todo va bien. El duque, contentísimo. Imprímase.

TARTARÍN DE TARASCÓN.

Este telegrama, fijado en toda la ciudad por el propio Pascalón, a quien iba dirigido, llenó de alegría a la población. Las calles se vistieron de fiesta. Todo el mundo salió de casa para formar grupos frente al felicísimo despacho, cuyas palabras se repetían de boca en boca: «Ochocientos emigrantes a bordo... El duque, contentísimo..." Y ni un solo tarasconés se sentía menos contento que el duque.

Era la segunda tanda de emigrantes. La primera había salido un mes antes con rumbo a la tierra prometida. Partió de Marsella, a bordo del vapor Lucifer, y fue despedida por Tartarín, investido ya con el hermoso título y las importantes funciones de gobernador general de Port-Tarascón. En ambas ocasiones, el mismo telegrama, el mismo entusiasmo y la misma alegría del duque. Desgraciadamente, el Lucifer no había entrado aún en el canal de Suez. Detenido allí por un accidente - la rotura del árbol de la hélice -, el viejo navío tuvo que esperar para continuar el viaje, a que lo socorriese y remolcase el Farandole.

El accidente, que pudo parecer un mal presagio, no enfrió en lo más mínimo el entusiasmo colonizador de los tarasconeses. La verdad es que a bordo del primer barco sólo se encontraba la rafataille, es decir, la chusma, esa gente de poca monta a las que se envía siempre a la vanguardia.

En el Farandole fue también la plebe, pero ahora mezclada con alguno personajes de cerebro ardoroso, como el notario Cambalalette, director del catastro de la colonia.

El farmacéutico Bézuquet, hombre apacible a pesar de sus formidables mostachos, amante de su tranquilidad, temoroso del calor y del frío y poco amigo de las aventuras lejanas y peligrosas, se resistió largo tiempo antes de consentir en embarcarse.

Sólo pudo decidirle el diploma de médico, ambición de toda su vida, que el gobernador de Port-Tarascón le concedió de propia iniciativa.

El gobernador otorgó generosamente otras muchas credenciales y comisiones; hizo nombramientos de directores, subdirectores, secretarios y comisarios, y eligió grandes de primera y segunda clase, para satisfacer así la devoción de sus compatriotas por todo lo que significa título, honor, distinción, uniforme y entorchados.

Para conseguir que embarcase el padre Vezole no hizo falta tanto aparato. Era un hombre excelente, siempre dispuesto a todo, y muy fácil de contentar.

«¡Bendito sea Dios!», era su invariable comentario ante cualquier desgracia. «¡Bendito sea Dios!», dijo cuando hubo de dejar el convento, y «¡Bendito sea Dios!», cuando se encontró a bordo del gran velero, en apretada mescolanza con la rafataille, los destinos de todo un pueblo y la pacotilla para los salvajes.

Ya en alta mar el Farandole, permanecían en Tarascón únicamente la nobleza y la burguesía. No tenían prisa: esperarían a que la vanguardia enviase noticias de su llegada, para saber a qué atenerse.

Igualmente, Tartarín, en su cualidad de gobernador, organizador y depositario del pensamiento del duque de Mons, no podía abandonar a Francia sino en el último convoy. Pero, mientras aguardaba el día impacientemente deseado, desarrollaba la energía y la febril actividad que hemos admirado tanto en todas sus empresas.

Viajaba sin cesar entre Tarascón y Marsella, inaccesible como un meteoro lleno de invencible fuerza, y sólo aparecía unos momentos, aquí o allá, para desaparecer al instante.

-¡Usted se fatiga demasiado, ma... es... tro!... -tartamudeaba Pascalón, por la noche, cuando el gran hombre llegaba a la farmacia, sudoroso y alicaído.

Pero Tartarín se erguía:

-Ya descansaré allá. ¡Manos a la obra, Pascalón; manos a la obra!

El discípulo, encargado de la custodia de la farmacia desde la partida de Bézuquet, añadía a esta responsabilidad otras funciones mucho más importantes.

Para continuar la propaganda tan felizmente iniciada, Tartarín publicaba un diario, la Gaceta de Port-Tarascón, que Pascalón redactaba desde la primera a la última línea, de acuerdo con las indicaciones y bajo la dirección del gobernador.

Esta combinación de tareas perjudicaba bastante los intereses de Bézuquet, porque la redacción de los artículos, la corrección de pruebas y los viajes a la imprenta le dejaban muy poco tiempo para atender a los trabajos de la farmacia; pero Port-Tarascón ante todo.

La Gaceta brindaba todos los días al público de la metrópoli copiosas informaciones de la colonia. Se leían en ella artículos acerca de los recursos, las bellezas y el magnífico porvenir de Port-Tarascón; contenía también sucesos, variedades y narraciones para todos los gustos, y relatos de viajes en busca de islas, conquistas y batallas con los salvajes, para los espíritus aventureros. Para los hidalgos terratenientes, historias de caza a través de las selvas y sorprendentes partidas de pesca en ríos extraordinariamente poblados de peces, ilustradas con la descripción de los métodos y utensilios empleados por los indígenas.

Los seres más pacíficos, almaceneros y buenos burgueses sedentarios, se deleitaban con la lectura de opíparas meriendas sobre la hierba, al borde de un arroyo, al pie de una cascada o bajo la sombra de grandes árboles exóticos. Creíanse transportados allí y sentían salpicar en sus labios los jugos del mango, la banana y el ananá.

«¡Y ni una mosca!», informaba el diario, porque las moscas son, como todo el mundo sabe, el aguafiestas de las diversiones campestres en tierras de Tarascón.

La Gaceta publicaba asimismo un folletín, La bella tarasconesa, en el que se describía la historia de la hija de un colono raptada por el heredero de un rey papua; y las peripecias de este drama de amor ofrecían horizontes infinitos a las imaginaciones juveniles. La sección financiera daba cuenta de los precios de los productos coloniales, y anunciaba las emisiones de bonos para la adjudicación de tierras y la suscripción de acciones de las empresas de fabricación de azúcar. Insertaba también los nombres de los suscriptores y las listas de los donativos en especie que seguían afluyendo, y en las que figuraba el eterno «Traje para un salvaje» de Mlle. Tournatoire. La honesta señorita, sin duda, había instalado en su casa un verdadero taller de confecciones que le permitía hacer tan frecuentes y ejemplares envíos. Por lo demás, no era ella la única criatura agobiada por extrañas preocupaciones ante el próximo traslado a unas islas tan desconocidas y distantes.

Una mañana Tartarín descansaba tranquilamente en su casita, en zapatillas y cuidadosamente envuelto en una bata.

No estaba ocioso, sin embargo, pues cerca de él, sobre la mesa, veíanse esparcidos libros y papeles: relatos de los viajes de Bougainville y Dumont-Durville, obras sobre colonización y manuales de diversos cultivos. Entre sus flechas emponzoñadas y a la sombra del baobab que

oscilaba suavemente junto a las cortinas de la ventana, ocupábase en estudiar «su colonia», atiborrándose de informes tomados de los libros. De vez en cuando firmaba algún diploma, nombraba un grande de primera clase o creaba sobre el papel un nuevo empleo para satisfacer, en lo posible, el ambicioso delirio de sus conterráneos.

Se hallaba en esta tarea, cuando le anunciaron que una dama tocada con un velo negro, y que se negaba a decir su nombre, deseaba hablarle. No había querido entrar, y aguardaba en el jardín. Apresuradamente, Tartarín fue en su busca así como estaba, en bata y zapatillas.

Moría la tarde, y el crepúsculo apenas permitía distinguir las cosas y las personas; pero, a pesar de la sombra reinante y del tupido velo, Tartarín reconoció a su visitante al ver el fuego de los ojos ardientes que brillaban bajo el tul.

-¡Madame Excourbaniés! -exclamó.

-Señor Tartarín, soy muy desgraciada.

Su voz, llena de lágrimas, temblaba. El gran hombre, hondamente conmovido, le preguntó con tono paternal:

-Querida Evelina, ¿qué le pasa? Cuénteme.

Tartarín llamaba por su nombre de pila a casi todas las damas de la ciudad. Las conocía desde la infancia, las había casado como funcionario municipal, y era para ellas un confidente, un amigo, casi un tío.

Tomó del brazo a Evelina, y dieron una vuelta en torno del pequeño estanque de los peces de colores, mientras ella narraba sus penas, sus inquietudes conyugales.

Desde que se discutía el asunto de la lejana colonización, Excourbaniés se divertía diciéndole, por cualquier motivo y con acento de burlona amenaza:

-¡Ya verás, ya verás, cuando estemos allá, en Pulygamille! Evelina, que era muy celosa, y tan cándida que rayaba en la tontería, tomaba en serio estas bromas.

-¿Es verdad, señor Tartarín, que en ese país horrible los hombres pueden casarse varias veces?

El la tranquilizó amablemente.

-Nada de eso, querida Evelina, está usted equivocada. Todos los salvajes de nuestras islas son monógamos. La corrección de sus costumbres es perfecta y, bajo la dirección de nuestros Padres Blancos, nada hay que temer por ese lado.

-Sin embargo, el nombre de ese país... Esa Polygamilla... Entonces comprendió Tartarín la picardía del farsante de Excourbaniés y prorrumpió en una alegre carcajada.

-Su marido se burla de usted, hijita. No es Polygamille el nombre de ese país, sino Polinesia, que significa grupo de islas. No tiene por qué alarmarse, Evelina.

Habían transcurrido muchas semanas y no llegaban cartas de los emigrantes. Unicamente se recibían telegramas enviados por el duque desde Marsella. Despachos lacónicos, expedidos apresuradamente en Adén, en Sydney, desde las diferentes escalas del Farandole.

Después de todo, no había por qué extrañarse, dada la indolencia de la raza. ¿Para qué escribir? Los telegramas eran suficientes. Los que se recibían, regularmente publicados por la Gaceta, no traían sino excelentes noticias: «Travesía deliciosa, mar de aceite, todos bien a bordo.»

No hacía falta más para sostener el entusiasmo.

Un día, por fin, en la primera página del diario, apareció el despecho siguiente expedido como siempre, vía Marsella: «Llegamos a Port-Tarascón. Entrada triunfal. Amistad con los naturales venidos al muelle. Pabellón tarasconés ondea en la municipalidad. Te Deum cantado en la iglesia metropolitana. Todo está listo, vengan pronto.»

A continuación, un artículo ditirámbico, dictado por Tartarín, en que se hablaba de la ocupación de la nueva patria, de la ciudad recién nacida, de la visible protección de Dios, de la bandera de la civilización plantada en tierra virgen, y del espléndido futuro que reservaba a todos el destino.

Instantáneamente, las últimas vacilaciones se desvanecieron. Una nueva emisión de bonos, a cien francos la hectárea, fue arrebatada como rosquillas.

El estado llano, el clero, la nobleza, todo Tarascón quería partir. Una fiebre, una locura emigratoria se extendió por la ciudad, y los gruñones, como Costecalde, los tibios y los desconfiados eran ahora los más ardientes partidarios de la lejana colonización.

Por todas partes, día y noche, se activaban los preparativos. Se clavaban las cajas hasta en la vía pública, con gran algazara de gritos alegres y martillazos. Los hombres trabajaban en mangas de camisa, cantando y silbando, con el mejor humor; se prestaban las herramientas de puerta a puerta y se cambiaban chistes y expresiones festivas. Las mujeres embalaban sus trapos, los Padres Blancos sus cálices y el mundo infantil sus juguetes.

La nave fletada para embarcar a la aristocracia de Tarascón, fue bautizada Tutu-panpan, nombre popular del tamboril tarasconés. Era un gran vapor de hierro y lo mandaba el capitán Scrapouchinat, lobo marino tolonés. El embarque se realizaba en el mismo Tarascón.

Las aguas del Ródano eran espléndidas, y el barco, que no tenía gran calado, pudo remontar el río hasta la ciudad y amarrar en el muelle. El transporte de los equipajes y la carga exigió treinta días largos.

Mientras los marineros estibaban en las bodegas innumerables fardos y cajones, los futuros pasajeros se instalaban en sus camarotes, ¡y con qué entusiasmo, con qué urbanidad! Todos rivalizaban en ser gratos y serviciales.

-¿Le gusta más este lugar? Disponga de él.

-¿Prefiere este camarote? Está a su disposición... Y así todo.

La nobleza tarasconesa, tan fúnebre de ordinario, los de Aigueboulide y los de Escudelle, gentes que habitualmente miraban a los demás por encima del hombro, dignábanse ahora fraternizar con la burguesía.

Una mañana, en medio de la baraúnda del embarque, recibióse una carta del padre Vezole, primera correspondencia fechada en Port-Tarascón:

«¡Bendito sea Dios! Llegamos por fin -decía el buen padre-. Nos faltan algunas cositas; pero, con todo, bendito sea Dios mil veces.»

Poco entusiasmo había en la carta, y muy pocos detalles también. El reverendo se limitaba a hablar del rey Negonko y de Likiriki, la hijita del rey, monísima criatura a la cual había regalado un collarcito de, perlas.

Pedía a continuación que se enviaran objetos algo más prácticos que los donativos habituales de los suscritores. Y nada más. Del puerto, de la ciudad y de las factorías, ni una palabra. El padre Bataillet rugía, furioso:

-¡Es un insulso el padre Vezole! ¡Cuando le eche la vista encima, le voy a sacudir!

La carta, en efecto, resultaba muy fría. Tanto más si se recordaba que su autor era un hombre muy benévolo, pero el mal efecto que pudo producir se desvaneció en el trajín de la instalación a bordo y en el ruido ensordecedor de la evacuación de toda una ciudad.

El gobernador -no se designaba a Tartarin por otro nombre- se pasaba los días en la cubierta del Tutu-panpan. Con las manos a la espalda, paseaba, sonriente, de proa a popa, entre un hacinamiento de cosas extrañas, armarios, zurrones de caza, calentadores, etc., que esperaban colocación en la estiba, y repartía consejos aquí y allá, en tono patriarcal:

-Llevan ustedes demasiadas cosas, hijos míos. Piensen que allá encontrarán cuanto les haga falta.

El, en cambio, abandonaba sus flechas, su baobab y sus pececillos de colores, y se contentaba con una carabina americana de treinta y dos tiros y un cargamento de franela.

¡Cómo lo vigilaba todo, cuánta perseverancia en sus desvelos, no solamente a bordo, sino también en tierra, tanto en los ensayos del orfeón como en los ejercicios de la milicia local!

La organización militar de los tarasconeses, superviviente del sitio de Pamperigouste, había sido reforzada con miras a la defensa de la colonia y a las conquistas que se pensaba

realizar para engrandecerla. Y Tartarín, encantado con la actitud marcial de los milicianos y de su comandante Bravida, les expresaba a menudo su satisfacción, en vibrantes órdenes del día.

Sin embargo, en algunas ocasiones una arruga surcaba ansiosamente la frente del gobernador.

Dos días antes de la partida, Barafort, pescador del Ródano, encontró entre los residuos de la orilla una botella vacía, herméticamente taponada, cuyo vidrio era aun lo bastante transparente para dejar ver en el interior algo así como un papel doblado.

Ningún pescador ignora que un objeto de esta naturaleza debe ser puesto en manos de las autoridades, y Barafort fue a entregar a Tartarín la misteriosa botella que contenía esta carta, verdaderamente extraña:

«Tartarín. »Tarascón. »Europa.

«Cataclismo espantoso en Port-Tarascón. Isla, ciudad, puerto, todo tragado por la tierra, desaparecido. Bompard admirable como siempre, y como siempre muerto víctima de su deber. ¡No vayan, en nombre del cielo, no vayan!»

Este hallazgo parecía la obra de un embaucador. ¿Cómo admitir que esa botella llegara de ola en ola, directamente a Tarascón, desde un extremo de Oceanía?

Además, ese «muerto como siempre» ¿no denunciaba claramente una mistificación? No obstante, este presagio turbó gravemente el triunfo de Tartarín.

IV

EMBARCO DE LA TARASCA. - ¡EN MARCHA! - LAS ABEJAS DEJAN LA COLMENA. - EL OLOR DE LA INDIA Y EL OLOR DE TARASCON. - TARTARIN APRENDE EL PAPUA. - DISTRACCIONES DE LA TRAVESIA

¿Pintoresquismo, dicen? Si ustedes hubiesen visto el puente del Tutu-panpan, aquella mañana de mayo de 1881, hubieran sabido de verdad qué es lo pintoresco. Estaban allí todos los

directores de gran gala: Tournatoire, director general de higiene; Castecalde, director de agricultura; Bravida, general en jefe de la milicia, y veinte personajes más que ofrecían a los ojos una brillante confusión de uniformes diversos, bordados con oro y plata. Otros llevaban, además, la capa de grande de primera clase, roja, galoneada de oro, y en medio de esta multitud emperifollada, la mancha blanca del padre Bataillet, gran limosnero de la colonia y capellán del gobernador.

La milicia constituía, sin duda, la perspectiva más fascinadora. Despachada ya en otros buques la mayor parte de los simples milicianos, quedaban ahora los oficiales, sable en mano y revólver al cinto, el busto erguido, bajo el coquetón dolman con alamares, y muy ufanos de sus magníficas botas lustrosas.

Con los uniformes y los hábitos se mezclaban los vestidos de las damas, de colores vivos, claros y alegres, con cintas y manteletas que flotaban al aire, y aquí y allá, las cofias tarasconesas de las criadas. Sobre este abigarramiento, sobre el navío de metales relucientes y mástiles empavesados, imaginad un hermoso sol, un sol de día festivo, y como horizonte el amplio Ródano, agitado como un mar por los ráfagas del mistral, y tendréis una idea del Tutu-panpan al levar anclas hacia Port-Tarascón.

El duque de Mons no había podido asistir a la partida, porque lo retenía en Londres la tarea de una nueva emisión. ¡Hacía falta tanto dinero para costear los gastos del buque, de los tripulantes, de los ingenieros y de tantas otras atención de la emigración! El duque había anunciado por telegrama una remesa de fondos para el mismo día. Y todo el mundo admiraba el espíritu práctico del hombre del Norte.

-¡Qué ejemplo el de ese hombre, señores! -declamaba Tartarín-. ¡Imitémosle, nada de prisas!

El mismo mostraba ahora una actitud reposada y tranquila, en medio de sus huestes uniformadas, luciendo únicamente sobre la levita el gran cordón de la Orden.

Desde el puente del Tutu-panpan veíase llegar de lejos y en grupos a los colonos a quienes se reconocía y saludaba por sus nombres al pisar el muelle.

-¡Oh, ahí están los Roquetaillade!

-¡Eh, señor Branquebalme!

Gritos y aclamaciones entusiastas por doquier. Se dispensó una ovación a la vieja condesa de Aigueboulide, casi centenaria, cuando se le vio subir ligera por la planchada, con su mantilla de seda y su cabeza oscilante, llevando en una mano su cotorra disecada y en la otra el calientapiés.

La ciudad se despoblaba de minuto en minuto, y las calles parecían más anchas entre las casas cerradas, las tiendas con los cierres echados y las persianas y celosías entornadas. Una vez los viajeros a bordo, hubo un instante de recogimiento, de solemne silencio, subrayado por el silbido del vapor. Centenares de ojos se volvieron hacia el capitán, que, de pie en el puente, se disponía a dar la orden de largar amarras. De pronto alguien gritó:

-¿Y la Tarasca?...

Sin duda, ustedes habrán oído hablar de la tarasca, el famoso animal que dio su nombre a la ciudad de Tarascón. Para recordar brevemente su historia, diremos que la tarasca fue, en tiempos antiquísimos, un monstruo temible que asolaba la desembocadura del Ródano. Santa Marta que llegó a la Provenza después de la muerte de Jesús, fue un día, vestida de blanco, a buscar a la bestia en medio de los pantanos, y la trajo a la ciudad atada únicamente con una cinta azul, vencida y cautivada por su inocencia y piedad.

Desde entonces, cada diez años los tarasconeses celebran una fiesta durante la cual se pasea por las calles de la ciudad un monstruo de madera y cartón pintado, que tiene algo de tortuga, serpiente y cocodrilo, y que es una grosera y humorística efigie de la tarasca de antaño. Se la venera como un ídolo, se la sostiene a expensas del Estado y se la conoce en todo el país con el nombre de la Gran madre.

Marcharse sin la Gran madre les parecía inconcebible. Algunos muchachos se lanzaron a la ciudad y rápidamente trajeron la Tarasca al muelle.

Ello dio motivo a una gran explosión de lágrimas y gritos de entusiasmo, como si el alma de la ciudad, la patria misma, respirase por este monstruo de cartón, tan difícil de embarcar.

Demasiado voluminosa para ser colocada en el interior del buqué, se ató a la Tarasca en el castillo de popa, y allí, ridícula y enorme, con su aspecto de dragón de feria y su vientre de lienzo y escamas pintadas, la cabeza erguida por encima del empalletado, completaba perfectamente el conjunto pintoresco y extraordinario del cargamento. Parecía una de esos mascarones esculpidos en la proa de las naves y encargados de presidir los destinos de un viaje. Se la rodeaba con respecto; algunos le hablaban y le daban palmaditas lisonjeras.

Al presenciar estas muestras de emoción, Tartarín temió que el monstruo despertara en los corazones la nostalgia de la patria abandonada, y, a una señal suya, el capitán Scrapouchinat ordenó de repente, con voz formidable:

-¡En marcha! ...

Inmediatamente, se escucharon los sones de la banda de a bordo, el zumbido de la sirena y el borboteo del agua azotada por la hélice, todo ello dominado por la voz de Excourbaniés:

-Fen dé brut!

-¡Hagamos ruido! ...

La orilla se alejó en un santiamén y la misma ciudad y las torres del rey René se perdieron en lontananza, como esfumadas en la vibrante luz del sol que bruñía el caudal del Ródano.

Los emigrantes, inclinados sobre la borda, tranquilos, risueños e indiferentes, contemplaban como la patria se alejaba, y se perdía a lo lejos, sin mayor emoción, ahora que llevaban consigo la Tarasca, que la que puedan sentir un enjambre de abejas al cambiar de colmena o una bandada de golondrinas en vuelo hacia el Africa.

Además, la Tarasca los protegía. Un tiempo divino y un mar resplandeciente; ni una tempestad, ni un tropiezo. Jamás travesía alguna fue más favorable.

En el canal de Suez comenzó la gente a sudar la gota gorda bajo el fuego de un sol abrasador y a pesar del tocado colonial adoptado unánimemente a ejemplo de Tartarín: un casco de corcho recubierto de tela blanca y ornado con un velo de gasa verde; pero los viajeros soportaron fácilmente la temperatura de horno, a la que el cielo de Provenza los tenía muy bien acostumbrados.

Después de Port-Said y Suez, y franqueado el mar Rojo, el Tutu-panpan se lanzó a través del mar de las Indias, con marcha rápida y sostenida, bajo un cielo blanco, lechoso y suave como uno de esos aïolis o condimentos de ajo que los emigrantes comían a todo pasto.

¡Que formidable consumo de ajo! Se habían embarcado enormes cantidades y su exquisita fragancia marcaba la estela del navío, fundiendo el olor de Tarascón con el olor de la India.

Al poco tiempo, el Tutu-panpan avistó unas islas que emergían del océano como canastillas de flores extrañas, y en torno a las cuales revoloteaban hermosísimos pájaros de brillante plumaje. Las noches, tranquilas y transparentes, iluminadas por miríadas de estrellas, parecían empapadas de armonías lejanas y danzas de bayaderas.

Las Maldivas, Ceilán y Singapur pudieron ser escalas maravillosas si las tarasconesas, con la Excourbaniés al frente, no hubieran prohibido a sus maridos bajar a tierra.

Un feroz instinto de celos las ponía en guardia contra el peligroso clima de la India y sus efluvios perturbadores, que llegaban hasta la cubierta del Tutu-panpan. No había más que ver al tímido Pascalón cuando, llegada la noche, se apoyaba en la borda, cerca de la señorita Clorinda de Espazettes, bella y corpulenta muchacha cuya gracia aristocrática le había trastornado.

El bueno de Tartarín les sonreía desde lejos, y preveía una boda al concluir la travesía.

Desde el comienzo del viaje, el gobernador se conducía con una bondad y una indulgencia que contrastaban con las violencias y hosquedades del capitán Scrapouchinat, verdadero tirano de a bordo, que se enfurecía por cualquier futesa y hablaba de "fusilar como a un mono verde». Tartarín, paciente y razonable, se sometía a los caprichos del capitán, trataba de disculparlo y, para distraer la cólera de sus milicianos, les daba ejemplo de una infatigable actividad.

Las horas de la mañana las dedicaba al estudio de la lengua papua, bajo la dirección de su capellán, el reverendo padre Bataillet, quien, en su cualidad de misionero, conocía esa lengua y otras muchas.

Durante el día, Tartarín reunía a toda su gente, en la cubierta o en el salón, y pronunciaba conferencias para exhibir su ciencia recién adquirida acerca del cultivo de la caña de azúcar y la explotación del tripang.

Dos veces por semana explicaba un curso de caza, pues allá, en la colonia, encontrarían piezas mayores, a diferencia de Tarascón, donde sólo se cazaban gorras lanzadas al aire.

-Tiran ustedes bien, hijos míos -decía Tartarín-; pero tiran con excesiva rapidez.

Tenían, sin duda, la sangre demasiado caliente, y era preciso moderarse.

Les daba excelentes consejos, marcándoles los tiempos según las diferentes especies de animales y contando metódicamente como un metrónomo.

-Para la codorniz, tres tiempos. ¡Uno, dos, tres! ¡Pum!... Ya está... Para la perdiz -y sacudía la mano abierta imitando el vuelo del ave- para la perdiz, cuenten dos solamente. ¡Uno, dos! ¡Pum!... Levántenla, está muerta.

Así pasaban las horas monótonas de la travesía, mientras cada revolución de la hélice acercaba a la realización de sus sueños a estas buenas gentes, que acariciaban durante todo el viaje bellos proyectos para el porvenir. Con la ilusión de lo que les esperaba allá, hablaban únicamente de las hermosas obras que llevarían a cabo en sus futuras propiedades.

El domingo era día de descanso y fiesta. El padre Bataillet decía misa en el castillo de popa, con gran solemnidad, y en el momento de alzar sonaba estrepitosamente el clarín y redoblaban enérgicamente los tambores. Después de la ceremonia, el reverendo padre relataba alguna de las luminosas parábolas de su especialidad, en las que desarrollaba, más que un sermón, un misterio poético, rutilante de fe meridional.

He aquí uno de tales relatos, ingenuo como una de esas historias de santos pintadas en los cristales de un viejo templo aldeano. Para saborear todo su encanto, será preciso imaginarse el buque recién fregado, los cobres relucientes, las señoras sentadas en círculo, el Gobernador en su sillón y rodeado de sus directores de punta en blanco, los milicianos en doble fila y los marineros en las escalas de cuerda. Una muchedumbre, silenciosa y atenta, con los ojos puestos en el padre Bataillet, que se hallaba de pie en los escalones del altar. Los golpes de la hélice rimaban con su voz, y en el cielo puro y profundo, la humareda del vapor se alargaba alta y fina. Los delfines saltaban a ras de las olas, y las gaviotas y los albatros seguían gritando la estela del buque. El padre Bataillet, con su hombro ladeado, cuando levantaba ,y sacudía sus amplias mangas, parecía uno de esos grandes pájaros que baten las alas, dispuestos a volar.

V

LA VERDADERA LEYENDA DEL ANTICRISTO CONTADA POR EL PADRE BATAILLET A BORDO DEL TUTU-PANPAN

-Nuevamente, hermanos míos, haremos un viaje al paraíso, a la amplia antecámara azul celeste donde el gran San Pedro, con su manojo de llaves al cinto, cumple su misión de abrir las celestiales puertas a las almas de los elegidos. Desgraciadamente, desde muchos, muchísimos años antes, la humanidad se ha vuelto tan mala, que las mejores, después de la muerte, hacen alto en el purgatorio y no suben más. Por tal razón, el bueno de San Pedro no tiene otra tarea que abrillantar con papel de lija sus llaves oxidadas o sacudir las telarañas tendidas a través de la puerta, como sellada por la justicia. Por un momento, se hace la ilusión de que alguien ha llamado, y dice para su capote:

¡Por fin llamó uno! ¡Ya era hora!

Abre la puerta, y nadie: la inmensidad, el eterno silencio, y los planetas inmóviles o girando en el espacio con el suave rumor del fruto maduro arrancado de la rama, pero ni la sombra de un elegido.

¡Imaginad cuál sería la humillación de este santo varón que nos ama tanto! ¡Contempladle desolado, día y noche! ¡Ved sus lágrimas ardientes que han abierto en sus mejillas dos surcos tan profundos como los que se ven en los caminos de herradura entre Tarascón y Montmajour!

Una vez, San José fue a hacerle compañía, porque a la larga el pobre portero, siempre solo en la antecámara, se aburría, y al ver su tristeza le dijo para consolarle:

-Pero, en definitiva, ¿qué te importa que esas gentes de allá abajo no llamen a tu puerta? Acaso no te encuentras bien aquí, acariciado por las músicas más dulces y los más delicados aromas?...

Y, mientras hablaba, desde el fondo de los siete cielos, sopló una brisa tibia cargada de armonías y de perfumes, de cuya delicia nada podría daros una idea, queridos amigos, ni siquiera ese sabor a limón y frambuesa que el aliento del mar nos trae al rostro, con el viento, desde ese ramillete de islas rosadas.

-¡Oh! -exclamó el bondadísimo San Pedro-; no podría encontrarme mejor en este paraíso de bendición, pero quisiera que todas esas pobres criaturas estuvieran aquí, conmigo. Y, bruscamente, presa de indignación, gritó:

-¡Ah, bribones, imbéciles! ¿No te parece, José, que el Señor es demasiado bueno con esos miserables? Si estuviera en su lugar, yo sé muy bien lo que haría...

-¿Qué harías, querido Pedro?

-¡Té, pardiez! Un buen puntapié a la gusanera, y toda la humanidad, ¡a paseo!

San José sacudió su augusta barba. Haría falta todo un señor puntapié para deshacer la tierra... Y además les estaría muy bien empleado a los turcos, a los infieles, a todos esos pueblachos del Asia que habían caído en la podredumbre, pero el mundo cristiano, era distinto, fuerte y sólido como obra del Hijo de Dios...

-Es verdad -repuso San Pedro-; pero lo que Cristo ha construído, Cristo puede también destruirlo. Yo enviaría al Hijo de Dios por segunda vez a esos condenados, y el Anticristo que no sería otro que Cristo disfrazado, no tardaría en meterlos en cintura.

El excelente santo, arrebatado por la cólera, hablaba sin pensar demasiado en lo que decía, y sin sospechar sobre todo que sus palabras llegarían a oídos del divino Maestro. Por ello se quedó de una pieza cuando el Hijo del hombre apareció ante él, con un cayado al hombro, y en la punta del cayado, un hatillo.

-Pedro, ven... Quiero que me acompañes.

Se lo ordenaba con una voz firme y dulcísima.

Por la palidez de Jesús y por la fiebre de sus grandes ojos que despedían más fuego que su propio aureola, Pedro lo comprendió todo en seguida, y lamentó haberse ido de la lengua. ¡Qué no habría dado por que esta segunda misión del Hijo de Dios en la tierra dejara de cumplirse, y sobre todo, por no ser él su acompañante! Se retorcía las manos, lleno de agitación y de miedo:

-¡Ay, Dios mío, Dios mío! ... ¿Y mis llaves, qué voy a hacer con ellas? Y mi puerta, ¿quién guardará mi puerta? En verdad, para una caminata tan larga su pesado llavero era incomodísimo. Pero Jesús sonriendo, porque leía en el fondo de su alma, le dijo:

-Deja las llaves en la cerradura, Pedro. Sabes perfectamente que no hay peligro de que nadie entre jamás en nuestra casa.

Hablaba muy dulcemente, pero había algo de implacable en su voz y en su sonrisa.

Como advirtieron las sagradas Escrituras, fueron diversos los signos que en el cielo anunciaron la llegada a la tierra del Hijo del Hombre, pero desde mucho tiempo antes los humanos, corrompidos, no miraban jamás hacia lo alto, y, distraídos por sus pasiones, no descubrieron la presencia del Maestro y del viejo servidor que le acompañaba, tanto más cuanto que ambos viajeros llevaban toda clase de utensilios y se disfrazaban según les parecía conveniente.

No extrañará, pues, que nadie los conociese en la primera ciudad a donde llegaron, justamente en la víspera del día en que un famoso bandido llamado Sanguinarias, autor de horripilantes crímenes, iba a ser ajusticiado. Los obreros que levantaban el cadalso aquella noche, se sorprendieron un tanto de ver trabajar con ellos, a la luz de las antorchas, a dos compañeros venidos no se sabía de dónde, el uno ágil y altivo como un bastardo de príncipe, la barba en punta y ojos luminosos, y el otro ya encorvado, con un aire bonachón y

soñoliento, y dos largas cicatrices que surcaban sus ajadas mejillas. Luego, al amanecer, levantado ya el patíbulo y reunidos el pueblo y las autoridades para presenciar el suplicio, los dos forasteros desaparecieron. Habían dejado el mecanismo de la guillotina tan extrañamente complicado que, una vez tumbado el bandido sobre la tabla, la cuchilla, cuidadosamente afilada y de un acero de la mejor calidad, cayó veinte veces sobre el cuello del reo sin causarle el más ligero arañazo en la piel.

Pueden ustedes imaginarse el cuadro desde aquí: la sorpresa de los magistrados y el espanto de las turbas; el verdugo que zarandea a sus ayudantes y se mesa los cabellos, empapados en sudor; el propio Sanguinarias -naturalmente, como era de Beaucaire el malandrín, unía a sus malos instintos un amor propio diabólico-, muy ofendido, revolvía su cuello de toro negro en la argolla y decía:

-Pero, ¿qué es esto? ¿Qué pasa? ¿No estoy acaso fabricado como los demás para que no se pueda acabar conmigo? Al fin, los gendarmes se lo llevaron a empujones y lo devolvieron al calabozo, mientras la plebe rugía y danzaba alrededor del cadalso hecho astillas que ardían y crepitaban como una fogata de San Juan.

Desde entonces en esta ciudad y en todo el mundo civilizado un extraño hechizo cayó sobre las sentencias de muerte: la cuchilla de la justicia no cortaba más cabezas y, como los criminales sólo temen a la muerte, una ola de crímenes cubrió rápidamente la-tierra; las calles y los caminos se hicieron intransitables para los buenos ciudadanos aterrados, mientras en los lugares céntricos superpoblados los forajidos se engordaban con carnes suculentas, rompían las caras de los guardianes a puntapiés, les saltaban los ojos con el pulgar o se divertían en partirles el cráneo, por simple curiosidad, para ver lo que tenían dentro.

Ante los estragos causados en la humanidad tan sólo con el desarme de la justicia, el bonísimo San Pedro estimó que ya tenía bastante, y con el corazón henchido de piedad y una amplia sonrisa aduladora, dijo:

-La lección surtió su efecto, Maestro, y creo que la tendrán bien presente. ¿Qué tal si ahora volviéramos arriba? Porque, a decir verdad, temo mucho que tengan necesidad de mí...

El Hijo del Hombre entreabrió los labios en una pálida sonrisa.

-¡Recuerda -dijo levantando el índice- que lo que Cristo ha construído, sólo Cristo lo podrá destruir!

Pedro, con la cabeza baja, pensaba:

-¡Me fui de la lengua, pobres hijos míos, me fui de la lengua!

Se hallaban en aquel momento en una fértil ladera, a cuyos pies se extendía, hasta perderse en la lejanía, una rica ciudad imperial con sus torres, terrazas y campanarios cuyas veletas y cruces de mármol y oro resplandecían en el crepúsculo apacible.

-Creo que por aquí hay conventos e iglesias -comentó el buen anciano, tratando de distraer la cólera del Señor-. Al menos, esto da gusto.

Pero ya sabéis, hermanos' míos, que lo que Jesús desdeña sobre todas las cosas es el culto hipócrita y suntuoso de los fariseos, esas iglesias a donde se va a oír misa por ostentación y esos conventos en los que se fabrican golosinas y chocolates. No ha de extrañaos, pues, que apresurara el paso sin replicar. Las cosechas eran muy altas y por encima de los trigales sólo se veía del formidable destructor de la humanidad, un hato de ropas balanceándose al extremo de un cayado. En la ciudad en que entraron vivía un viejo emperador, el decano de los príncipes de Europa, justo y poderoso como ninguno, que mantenía encadenada la guerra a las cureñas de sus cañones y, por la fuerza o por la persuasión, impedía que los pueblos se devorasen entre sí.

Mientras él viviera se observaría algo así como un tácito acuerdo de perro y lobo, para que las ovejas pacieron tranquilas. Por ello el pueblo entero se desvelaba por la vida del buen emperador y todas las madres estaban dispuestas a dejarse abrir las venas para ofrecerle su sangre más rica y más roja.

Un día, repentinamente, este amor se trocó en odio y comenzó a extenderse una consigna infernal:

-¡Matémoslo; es el buen tirano, el más execrable de todos, pues ni siquiera nos da motivos para protestar!

Y, bajo el palacio imperial minado, en la oscuridad de los sótanos, donde los conspiradores, con el agua hasta la cintura, preparaban su crimen, os dejo que adivinéis quién era el misterioso compañero, de ojos fulgurantes, que dirigía la obra de muerte, el que ahuyentaba de los corazones el miedo y la piedad, y el que cuando se dio la señal, lanzó el hurra supremo...

¡Ah! Del pobre emperador sólo se encontraron unos pocos fragmentos bajo los escombros. Algunos mechones de la barba y una de sus manos justicieras, calcinada por las llamas, y enseguida rugió la guerra desatada, el cielo se cubrió de cuervos que volaban hacia todas las fronteras y la gran matanza se inició para no concluir jamás.

***

Cuando los pueblos se degollaban por medio de máquinas espantosas y en los cuatro puntos cardinales las ciudades asaltadas ardían como antorchas, por los caminos atestados de ganado errante y de carros sin guías, a través de campos devastados, de ríos enrojecidos de sangre, de viñas y cosechas implacablemente destrozadas, Jesús con su paso alegre y el cayado al hombro y pisándole los talones el venerable anciano, que intentaba vanamente inclinarle hacia la indulgencia, se encaminaba hacia un país lejano, donde ejercía su profesión un médico famoso, llamado Mauve.

El señor Mauve, gran curador de hombres y bestias, dominador experto de todas las fuerzas de la naturaleza, estaba a punto de encontrar la fórmula de la prolongación de la vida humana. Se hallaba seguro de dar con ella, cuando una noche, por la torpeza de un nuevo ayudante de laboratorio, muy bello y muy pálido, y a quién no se volvió a ver jamás, varias retortas llenas de sutiles venenos quedaron destapadas, y a la mañana siguiente, al abrir la puerta, el señor Mauve cayó asfixiado por las emanaciones.

Y acto seguido, la vida humana no solo no se prolongó, sino al contrario, pues el sabio había coleccionado en su casa, para estudiarlas, un gran número de viejas plagas y de extraordinarias lepras de Egipto y de la Edad Media, cuyos gérmenes, evadidos de los cultivos, se diseminaron por el mundo entero y lo asolaron.

Hubo entonces lluvias de sapos apestados e inmundos, como en los tiempos de los hebreos; luego fiebre amarilla,

pestes. y tifus, y resurgieron muchísimas enfermedades desaparecidas, que se juntaron con las ya conocidas y con otras cuya existencia se ignoraba aún. En el pueblo se llamó a todo esto «el mal de Mauve».

¡Dios nos libre del terrible mal, hermanos míos!

Los huesos se quebraban como el vidrio y los músculos se deshilachaban. Se sufría tanto que no quedaban fuerzas para gritar; los enfermos antes de morir, caían en pedazos por los caminos, y los servicios de obras públicas no disponían de bastantes palas y carretas para recogerlos.

-¡Amanece! ¡Hemos terminado otro bonito negocio! -decía San Pedro con una falsa alegría, llena de lágrimas.

- Y ahora, Maestro, ¿qué tal si nos volviésemos a casita? Yo empiezo a aburrirme.

Jesús sabía perfectamente que bajo su apariencia de aburrimiento se ocultaba una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! Uno acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Asomaba la madrugada verde y rosa, cuando entre el canto de los gallos y todo el bullicio de corrales que saludaba el comienzo del día, llegó hasta ellos un grito humano, un grito de mujer, potente y sonoro, inmenso al principio como si quisiera desgarrar el horizonte y después apagado y dulce como un quejido. Era ese grito que no olvidan nunca quienes lo han oído una vez. Con la mañana que surgía, un nuevo ser llegaba al mundo.

Jesús, pensativo, se detuvo. ¿Si los hombres nacían sin cesar, de que servía el destruirlos? Y, dirigiéndose hacia la choza de donde partiera el grito, levantó su mano blanca en un ademán amenazador.

-¡Piedad, Maestro, piedad para los inocentes! -sollozó, consternado, San Pedro.

El Señor lo tranquilizó con una palabra.

A este recién nacido, como a todos los que nacieran en lo sucesivo, acababa de otorgarle un regalo de bienvenida. Pedro no se atrevió a preguntar en que consistía este regalo, pero yo, hermanos míos, puedo decíroslo. Jesús había dado la experiencia a estos corderitos, y el privilegio resultó una cosa terrible.

Téngase presente que hasta entonces cuando moría un hombre, su experiencia se extinguía con él. Pero, de acuerdo a lo dispuesto por el Señor, acaeció que hubo en la tierra una experiencia acumulada. Los niños nacían tristes, viejos, desalentados; apenas abiertos los ojos, descubrían la razón y el fin de todas las cosas, y se registró este hecho abominable:

el suicidio de los niños, de los pobres pequeñuelos que intentaban destruirse con sus manecitas desesperadas.

Pero, con todo, no era suficiente todavía: la raza maldita no quería extinguirse y se obstinaba en vivir fuera como fuera.

Entonces, para terminar cuanto antes, Cristo privó a los hombres y a las mujeres del sentimiento de la belleza y del gusto del amor. No hubo alegría de ninguna clase en la tierra, ni efusión en la súplica y en la voluptuosidad. No se buscaba más que el olvido de todo y únicamente se aspiraba al sueño... ¡Oh, dormir! Basta de pensar, de vivir...

Como ven, hermanos míos, la pobre humanidad se hallaba en un estado lamentable, y sin duda tenía para muy poco tiempo, pues el infatigable exterminador apresuraba sin descanso su obra. Recorría constantemente el mundo, como un peregrino, con el hato en la punta del cayado. Detrás de él, San Pedro, abrumado de cansancio, encorvado, y con los surcos de las lágrimas más profundos en las mejillas, a medida que el Señor desencadenaba a su paso los volcanes, los ciclones y los temblores de tierra.

Durante una bella mañana de la Asunción, Jesús, deslizándose sobre la superficie de las olas como nos lo muestran las Escrituras, llegó cerca de unas islas de Oceanía, en estos mismos lugares del Pacífico que ahora estamos atravesando.

Desde un puñado de islas verdes llegaban hasta él, con la brisa del mar, voces de mujeres y de niños que entonaban canciones provenzales.

-Té! -exclamó San Pedro-. Parecen canciones de Tarascón.

Jesús se volvió a medias:

-¿Pésimos cristianos, según creo, esos tarasconeses?

-¡Oh, no lo creáis, Maestro! Se han enmendado mucho con el tiempo -se apresuró a contestar el santo, temeroso de que a un signo de la divina mano la isla a la que se acercaban desapareciese bajo las olas.

Esta isla, como ya habrán adivinado ustedes, no era otra que Port-Tarascón, en la que los habitantes, en honor de la Asunción, celebraban una procesión solemne.

¡Y qué procesión, hermanos míos!

Abrían la marcha todos los penitentes, azules, blancos, grises, de todos los colores, provistos de sus campanillas que mezclaban el tintineo de sus notas de cristal y plata. Después de los penitentes, las cofradías de mujeres, vestidas de blanco y cubiertas de largos

velos como las santas del Paraíso. Seguían los viejos estandartes, tan altos que las figuras de los santos, con sus aureolas de oro y seda, parecían descender del cielo sobre la multitud. Venía después el Santo Sacramento, bajo el palio de terciopelo rojo, y adornado con grandes penachos, y a continuación los niños del coro que llevaban en el extremo de largos bastones dorados unas grandes linternas verdes en las que ardía una pequeña llama. El pueblo, jóvenes y viejos, cerraba la comitiva cantando y rezando a todo pulmón.

La procesión marchaba alrededor de la isla, unas veces junto a la playa y otras en la falda o en la cima de las colinas, y los grandes incensarios, movido por el viento, enviaban hacia el sol ligeras humaredas azules.

San Pedro, deslumbrado, murmuró:

-¡Oh, qué hermoso!

Ni una palabra más, pues no confiaba ya en impresionar a su compañero después de tantas tentativas en vano; pero esta vez estaba equivocado.

Él Hijo del hombre, tocado en lo más vivo por esta manifestación de ingenua fe, contemplaba las banderas de Port-Tarascón y pensaba, inmóvil sobre la espuma de las olas, en lo horrendo e injusto de su misión de muerte.

De pronto, levantó su pálido y dulce rostro, y en el silencio del mar encalmado, con una fortísima voz que llenó el universo, gritó hacia el cielo:

-¡Padre, Padre, una prórroga!

Y, a través del espacio, Padre e Hijo se comprendieron sin necesidad de nuevas palabras.

***

Había llegado a este punto de su relato el padre Bataillet y los oyentes, silenciosos, permanecían inmóviles en sus puestos, cuando, de pronto, desde lo más alto del puente del Tutu-panpan, el capitán Scrapouchinat gritó:

-¡La isla de Port-Tarascón a la vista, señor gobernador! Antes de una hora estaremos en la rada.

Entonces todo el mundo se levantó y estalló en un júbilo inenarrable.

VI

LA LLEGADA A PORT-TARASCON. - NADIE. - DESEMBARCO DE LAS MILICIAS. - «FARMA... BEZU...». - BRAVIDA ESTABLECE CONTACTO. - TERRIBLE CATASTROFE. - UN FARMACEUTICO TATUADO

-¿Qué es esto?. . . ¿No hay nadie? -exclamó Tartarín una vez calmado el escándalo de los primeros gritos de alegría. Sin duda, el barco no había sido visto aun desde tierra. Era menester anunciarse. Tres cañonazos retumbaron a lo largo de las dos islas de color verde oscuro, entre las que el buque acababa de penetrar. Todas las miradas se había vuelto hacia la orilla más cercana, que era una estrecha faja de arena, de muy pocos metros de extensión; más allá, se veían unas montañas abruptas, cubiertas desde la cúspide al mar por una masa sombría de vegetación.

Cuando el eco de los cañonazos se extinguió, un gran silencio envolvió de nuevo las siniestras islas. Ni un alma todavía. Y lo más inexplicable del caso era que no se veían ni el puerto, ni la ciudad, ni el fuerte, ni los muelles, ni las diques... ¡Nada!

Tartarín se volvió hacia Scrapouchinat, que daba ya las órdenes para arrojar el ancla.

-¿Está usted seguro, capitán? -le preguntó.

El irascible marino respondió con una salva de juramentos. ¿Que si estaba seguro, suerte perra? ¡Conocía sin duda su oficio, por todos los demonios! ¡Sabía muy bien conducir su nave! ...

-Pascalón, vaya a buscarme el mapa de la isla -dijo Tartarín, sin perder la serenidad.

Afortunadamente, poseía un mapa de la colonia, dibujado a una escala muy grande y en que estaban minuciosamente detallados cabos, golfos, ríos, montañas y hasta el emplazamiento de los principales monumentos de la ciudad.

Lo desplegó rápidamente y Tartarín, rodeado de todos, se puso a estudiarlo señalando con el dedo.

-Vemos... Aquí la isla de Port-Tarascón, la otra isla en frente, allá el promontorio, muy bien... A izquierda los arrecifes de coral, perfectamente... ¿Pero, y lo demás? ¿Qué se ha hecho del puerto, de la ciudad, y de los habitantes?

Tímidamente, tartamudeando un poco, Pascalón sugirió que quizá había en todo aquello una farsa de Bompard, a quien se conocía bien en Tarascón por sus bromas de todo género.

-Bompard tal vez -opinó Tartarín-, pero Bézuquet, un hombre tan prudente, tan serio... Pero además, por muy farsante que se sea, no se escamotea así como así una ciudad, un puerto y un dique...

Con los anteojos de larga vista se divisaba en la costa algo así como una barraca, pero los arrecifes de coral no permitían al buque acercarse más, y a tal distancia todo se perdía en el verde oscuro del follaje.

Muy perplejos, los viajeros contemplaban el panorama. Estaban ya listos para el desembarco, con las maletas en la mano, y entre ellos la marquesa viuda de Aigueboulide con su calentapiés.

El gobernador murmuraba confundido:

-¡Es extraordinario!

Súbitamente, adoptó un aire de mando.

-¡Capitán! -ordenó-. ¡Haga botar al agua la canoa grande! ¡Comandante Bravida, que la milicia forme inmediatamente en cubierta!

Mientras el clarín trasmitía la orden, Tartarín, muy dueño de sí mismo, decía a las damas:

-No teman. Todo se explicará satisfactoriamente. Y luego a los hombres que no bajaban a tierra:

-Dentro de una hora estaremos de vuelta. Aguárdennos aquí... ¡Que nadie se mueva!

Desoyendo la orden de estar quietos, lo rodearon y repitieron su misma frase:

-Sí, señor gobernador; todo se arreglará satisfactoriamente...

En aquel momento, Tartarín les parecía inmenso.

Se trasladó a la canoa con su secretario Pascalón, su capellán el padre Bataillet, Bravida, Tournatoire, Excourbaniés y la milicia, todos armados hasta los dientes con sables, hachas, revólveres y carabinas, y sin olvidar el famoso winchester de treinta y dos tiros.

A medida que se acercaban a la silenciosa orilla donde todo era quietud, se distinguía mejor un viejo puentecillo de maderos y planchas, roído por el musgo y casi caído en el agua encharcada. ¡Y era ése el malecón por donde llegaron un día los indígenas para recibir triunfalmente a los pasajeros del Farandole!. . . ¡Increíble! Algo más lejos, se veía una vieja barraca, con ventanas de hierro cerradas y pintadas de rojo, que proyectaban un reflejo sangriento sobre el agua muerta. Tenía un techo de planchas rotas y mal ajustadas.

En cuanto desembarcaron, los expedicionarios se dirigieron a ella apresuradamente. Una ruina por todas partes. Grandes trozos de cielo se veían a través del techo y el piso de maderas carcomidas crujía y se desgajaba. Enormes lagartos desaparecían por las hendiduras, toda clase de bichos negros, correteaban por las paredes y sapos viscosos croaban en los rincones. Tartarín, que entró el primero, estuvo a punto de pisar una serpiente gruesa como el brazo. Y en el ambiente un hedor de humedad y de moho, que causaba hondo malestar.

Por los restos de algunos tabiques, todavía en pie, se deducía que la barraca había sido dividida en estrechos compartimientos, a modo de establos o de cabinas. Sobre uno de ellos se leía, en letras de un pie de alto, estas palabras: «FARMA.. BEZU...» El resto había desaparecido, devorado por la herrumbre, pero no era necesaria una gran sagacidad para adivinar que debió decir «Farmacia Bézuquet».

-Ahora me lo explico todo -dijo Tartarín-; esta zona de la isla era malsana, y después de un ensayo de colonización han ido a instalarse al otro lado.

Luego, con voz resuelta, ordenó al comandante Bravida que a la cabeza de sus milicianos practicase un reconocimiento. Debería subir a la cima de la montaña y, desde allí explorar la comarca: y vería seguramente el humo de las chimeneas de la ciudad.

-En cuanto establezca contacto con ellos, avísenos con una descarga de fusilería.

Tartarín quedaría a la espera en el cuartel general, con su secretario, su capellán y otros personajes.

Bravida y el teniente Excourbaniés organizaron sus hombres y se pusieron en marcha. Los milicianos avanzaron en buen orden, pero el terreno escarpado, y cubierto de un musgo viscoso y resbaladizo, hacía la marcha tan difícil que las filas no tardaron en dividirse.

Atravesaron un arroyo, en cuyas orillas había algunos vestigios de lavadero y varias palas olvidadas, pero todo verduzco, comido por el fango voraz que lo invadía todo. Algo más lejos, las huellas de otra construcción que parecía haber sido un fuerte.

El buen orden de los milicianos llegó a desaparecer definitivamente por la acción de centenares de hoyos muy próximos entre sí y traidoramente ocultos por una vegetación de lianas y helechos.

Varios hombres hundiéronse en ellos con gran estrépito de armas y bagajes, poniendo en fuga con su caída a los grandes lagartos que habían conocido con tanta abundancia en la barraca. Los hoyos, poco profundos, eran ligeras excavaciones, de medidas análogas y alineadas.

-Diríase que es un antiguo cementerio -dijo el teniente Excourbaniés.

Le sugerían esta idea unas vagas apariencias de cruces, hechas con ramas entrelazadas, ahora ya reverdecidas y vueltas a la naturaleza, en forma de cepas silvestres. En todo caso, si era un cementerio había sido evacuado, porque no se veían rastros de esqueletos.

Después de una penosa escalada a través de espesos matorrales, llegaron por fin a la cima. Respirábase allí un aire más sano, renovado por la brisa y cargado de efluvios marinos. A lo lejos se extendía una gran llanura, tras de la cual la tierra descendía otra vez suavemente hacia el mar. La ciudad debía de estar por allí.

Un miliciano, extendiendo el dedo, mostró unas humaredas mientras Excourbaniés gritaba en tono jubiloso: «¡Escuchen... los tambores... la farándula!... »

No había lugar a dudas; era la vibración saltarina de un motivo farandulesco. Port-Tarascón acudía a su encuentro. Divisábanse ya los habitantes, una multitud que surgía de la pendiente, a un extremo de la meseta.

-¡Alto! -ordenó de pronto Bravida-. Parecen salvajes. A la cabeza de la banda, delante de los tamborileros, danzaba un negro gigantesco y delgado, con jersey de marinero y gafas azules, y que blandía un hacha de guerra.

Estaban las dos fuerzas detenidas y se observaban a distancia, cuando soltó una carcajada.

-¡Esta sí que es buena! ¡Ah, farsante! ... »

Y, volviendo el sable a la vaina, abandonó a la tropa y echó a correr. Los milicianos lo llamaban: «¡Comandante... comandante!», pero él no los escuchaba, seguía corriendo y, creyendo dirigirse a Bompard, gritaba al acercarse al bailarín: «¡No me la pegas, querido!... ¡Demasiado, salvaje y demasiada naturalidad!»

El otro continuaba el baile, dándole vueltas al arma, y, cuando el desventurado Bravida advirtió que tenía enfrente a un verdadero canaco, era demasiado tarde para evitar el golpe del rompecabezas, que le destrozó el casco de corcho, hizo saltar sus pobres y menudos sesos y lo dejó tendido.

Al mismo tiempo estallaba un huracán de alaridos, flechas y balas. Al ver caer a su comandante, los milicianos hicieron fuego instintivamente y en seguida huyeron, sin darse cuenta de que los salvajes huían también.

Desde el cuartel general, Tartarín oyó el fuego de fusilería.

-Ya han establecido contacto -dijo alegremente.

Pero su júbilo se tornó en estupor cuando vio volver a su pequeño ejército en retirada, saltando sobre la maleza, unos sin sombrero y otros sin zapatos, y profiriendo todos el mismo grito aterrador:

-¡Los salvajes!... ¡Los salvajes!

Hubo un momento de pánico espantoso. La canoa se puso en marcha y se escapó a toda velocidad de sus remos. El gobernador corría por la playa clamando:

-¡Tengan sangre fría... sangre fría!

Y su voz, tan desfallecida como la de una gaviota acorralada, redoblaba el miedo de sus huestes.

El desorden del «sálvese quien pueda» se prolongó algunos instantes en la estrecha faja de arena, pero como no se sabía de qué lado huir volviéronse a reunir todos. Como, por otra parte, no se veía ningún salvaje, pudieron reconocerse, al fin, y cambiar impresiones.

-¿Y el comandante? -Muerto.

Cuando Excourbaniés hubo relatado la funesta equivocación de Bravida, Tartarín exclamó:

-¡Infortunado Plácido! ¡Qué imprudencia la suya en un país enemigo!

En seguida impartió la orden de apostar centinelas que, una vez designados, se alejaron lentamente de dos en dos, absolutamente decididos a no separarse demasiado del grueso del ejército. Luego se celebró consejo, mientras Tournatoire se ocupaba en restañar la herida de un miliciano que había recibido una flecha envenenada y se hinchaba visiblemente de un modo extraordinario.

Tartarín tomó la palabra.

-Ante todo, evitemos la efusión de sangre.

Y para ello propuso enviar como parlamentario al Padre Bataillet con una palma que agitaría desde lejos, a fin de saber lo que se proponía el enemigo y que se había hecho de los primeros ocupantes de la isla.

El Padre Bataillet exclamó:

-¡Ah, va¡... una palma! Preferiría llevar su winchester de treinta y dos tiros.

-Pues bien; si el Reverendo no quiere ir, iré yo mismo -repuso el gobernador-. De todas maneras deseo que usted me acompañe, señor capellán, porque yo no sé bastante el papua... -Yo tampoco lo sé, señor gobernador.

-¿Cómo que no lo sabe?... Entonces, ¿qué me ha estado enseñando desde hace tres meses? Las lecciones que he aprendido durante la travesía, ¿de qué lengua eran?

El Padre Bataillet, a fuer de buen tarasconés, se zafó del compromiso diciendo que 'él no sabía el papua de allí, sino el que se hablaba más abajo.

Durante la discusión se produjo un nuevo pánico. Sonaron tiros del lado de los centinelas, y de la profundidad del bosque surgió una voz desesperada, que gritaba en perfecto acento de Tarascón:

-¡No tiren, por todos los diablos! ¡No tiren!

Instantes después salió brincando del matorral un ser extraño, repulsivo, un clown cubierto de tatuajes negros y bermellón desde la cabeza a los pies.

-Té, Bézuquet! -¿Cómo te ha ido?...

-¿Qué ha pasado?

-¿Dónde están los demás?

-¿Y la ciudad, el puerto, y el dique?...

-De la ciudad -respondió el farmacéutico mostrando la barraca en ruinas- ahí está lo que resta. En cuanto a los habitantes, helos aquí -y se designaba a sí mismo-. Pero, ante todo, échenme algo sobre el cuerpo para ocultar las abominaciones con que me han cubierto esos miserables.

En efecto, las fantasías más inmundas de una imaginación salvaje en delirio, le habían sido dibujadas en la piel con un punzón y tintes colorantes.

Excourbaniés le prestó su manto de grande de primera clase y, después de haberse reconfortado con un trago de

aguardiente, el infortunado Bézuquet comenzó su relato con el buen acento tarasconés que no había perdido.

-Si ustedes se sorprendieron dolorosamente esta mañana al ver que la ciudad de Port-Tarascón no existía más que en el mapa, piensen lo que nosotros, los del Farandole y el Lucifer, sentimos cuando...

-Disculpe que le interrumpa -dijo Tartarín viendo que los centinelas del bosque daban señales de inquietud-. Me parece más prudente que haga usted su relato a bordo. Aquí, los caníbales pueden sorprendernos.

-No hay cuidado. Los tiros los han puesto en fuga. Abandonaron la isla, y yo me he aprovechado de ello para evadirme.

Tartarín insistió. Prefería la información de Bézuquet a bordo, ante todo el Consejo reunido. La situación era demasiado grave.

Tiraron de los cabos para atraer la canoa, que desde el comienzo de los sucesos se mantuvo a prudente distancia, y regresaron al buque, donde se les esperaba con angustia por saber el resultado del primer reconocimiento.

VII

CONTINUE, BEZUQUET. - ¿ES UN IMPOSTOR EL DUQUE DE MONS? - EL ABOGADO BRANQUEBALME. - «VERUM ENIM VERO». - UN PLEBISCITO. - EL «TUTUPANPAN» SE VA.

En un salón del Tutu-panpan, Bézuquet relató la siniestra odisea de los primeros ocupantes de Port-Tarascón ante el Consejo de la colonia, en el que figuraban los decanos, el gobernador, los directores, los grandes de primera y de segunda clase, y el capitán Scrapouchinat y sus oficiales.

Arriba, en cubierta, los pasajeros, febriles de impaciencia y de curiosidad, sólo oían el ronco rumor de las palabras del farmacéutico y las violentas interrupciones de sus oyentes.

Apenas verificado el embarque y cuando el Farandole acababa de dejar el puerto de Marsella, Bompard, gobernador interino y jefe de la expedición, se sintió bruscamente acometido por un mal extraño, de índole contagiosa, según él, y se hizo bajar a tierra, delegando sus funciones en Bézuquet. ¡Feliz Bompard! Diríase que adivinaba cuanto les iba a ocurrir allá, en la colonia.

En Suez encontraron al Lucifer en tan mal estado para

continuar el viaje que fue necesario transbordar carga y pasaje al Farandole, excesivamente cargado ya.

¡Cómo sufrieron por el calor en el maldito buque! En cubierta, se asaban al sol y si bajaban a las cámaras, se asfixiaban en el apretujamiento.

Por eso, al llegar a Port-Tarascón, y no obstante la decepción de no encontrar nada, ni ciudad, ni puerto, ni factorías de ninguna clase, sentíase tal necesidad de expansión y desahogo, que el desembarco en la isla desierta significó un alivio, una suprema delicia. El notario Cambalalette, jefe del catastro, los había divertido mucho con una canción humorística sobre el catastro oceánico. En seguida se impusieron las reflexiones serias.

-Decidimos entonces -siguió Bézuquet- enviar el barco a Sidney para traer material de construcción y transmitirles el telegrama desesperado que seguramente recibieron. De todas partes llovían preguntas.

-¿Un telegrama desesperado?

-¿Qué telegrama?

-No recibimos ningún telegrama.

La voz de Tartarín dominó el tumulto:

-En lo que se refiere a telegramas, querido Bézuquet, sólo recibimos uno en el que se nos explicaba la espléndida recepción que les habían dispensado los indígenas y el Te Deum cantado en la catedral.

Los ojos del farmacéutico se dilataron de estupor:

-¡Un Te Deum en la catedral! ¿Qué catedral?

-Todo se explicará... Continúe, Fernando -dijo Tartarín.

-Está bien, continuaré -respondió Bézuquet.

Su relato se hacía cada vez más lúgubre.

Los colonos pusieron manos a la obra valientemente. Dueños de abundantes instrumentos agrícolas, se dedicaron a desbrozar la tierra, pero era de calidad tan execrable, que nada producía. Luego vinieron las lluvias.

Un grito del auditorio interrumpió al orador:

-¡Cómo! ¿Llueve en la isla?

-¿Que si llueve!... Más que en Lyón, más que en Suiza. Diez meses al año sin interrupción.

Estas palabras produjeron una consternación general. Las miradas se volvieron hacia los ojos de buey, a través de los que se divisaban espesas brumas y grandes nubarrones inmóviles sobre el verde oscuro de la costa.

-Continúe, Fernando -dijo Tartarín. Y Bézuquet continuó:

-Con las lluvias perpetuas, las aguas estancadas, las fiebres y la malaria, el cementerio no tardó en ser inaugurado. A las enfermedades se agregaban el aburrimiento y la nostalgia. Los más fuertes no tenían siquiera energías para trabajar, que a tal punto se reblandecía el cuerpo en aquel clima humedísimo.

Se alimentaban de conservas, y también de lagartos y serpientes que traían los papuas acampados al otro lado de la isla, y quiénes, con el pretexto de vender el producto de la pesca y la caza, se deslizaban ladinamente en la colonia, sin que nadie desconfiara de ellos.

Y así una noche los salvajes invadieron las barracas, penetrando como diablos por puertas, ventanas y agujeros de los techos, se apoderaron de las armas, mataron a cuantos intentaron oponer resistencia y se llevaron los supervivientes a su campamento.

Durante un mes hubo una serie ininterrumpida de horribles festines. Los prisioneros eran abatidos con los rompecabezas, puestos a asar sobre piedras, como lechones, y devorados por los caníbales.

El grito de horror lanzado por el consejo transmitió un escalofrío hasta la cubierta, y el gobernador tuvo apenas fuerzas para murmurar aún:

-Continúe, Fernando.

El farmacéutico había visto desaparecer de esta manera, uno por uno, a todos sus compañeros, entre ellos al dulce padre Vezole, sonriente y resignado, que dijo «¡Bendito sea Dios!» hasta el fin; y al notario Cambalalette, el festivo jefe

del catastro, que no perdió las ganas de reír ni siquiera en la parrilla.

-¡Y los monstruos me obligaron a comer un trozo del pobre Cambalalette! -agregó Bézuquet, estremecido ante el recuerdo.

En el silencio que siguió, el bilioso Costecalde, amarillo de rabia, convulsa la boca, se encaró con el gobernador:

-Sin embargo, usted nos dijo y usted escribió e hizo escribir que no había antropófagos.

Y como el gobernador, abrumado, bajase la cabeza, Bézuquet agregó:

-¡Que no hay antropófagos! ¡Pero si lo son todos! No conocen mayor placer que la carne humana, sobre todo la nuestra, la de los blancos de Tarascón, a tal punto que tras de comerse a los vivos pasaron a los muertos. ¿Han visto ustedes el cementerio? No queda allí nada, ni un hueso; lo limpiaron del todo y lo rebañaron como nosotros los platos, cuando hay una buena sopa o nos sirven una ración de aïoli.

-Si es así, Bézuquet -preguntó un grande de primera clase-, ¿cómo le han perdonado a usted?

El farmacéutico alegó que el vivir entre los ácidos y el frecuente manejo de los productos farmacéuticos, la menta, el árnica, el arsénico y la ipecácuana, habían dado a su carne, a la larga, un cierto gusto de herbáceas que tal vez

no les gustaba; o acaso, precisamente por su sabor a farmacia, lo hubiesen conservado como un manjar especial.

El relato había terminado.

-Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora? -preguntó el marqués de Espazettes.

-Sí, ¿qué van a hacer ustedes? -inquirió Scrapouchinat con voz huraña-. Supongo que no pensarán quedarse aquí toda la vida.

Se oyeron gritos a granel.

-¡Oh, no! ¿Qué haríamos aquí?... ¿Para qué queremos saber más?...

-Aunque a mí me pagaron sólo por traerlos -continuó el capitán-, estoy dispuesto a repatriar a cuantos lo deseen. En aquel instante todos los defectos de su carácter le fueron perdonados. Los emigrantes se olvidaron de que habían sido para él unos «monos verdes», buenos únicamente para ser fusilados. Lo rodearon y lo felicitaron, con las manos tendidas hacia él. Dominando el bullicio, la voz de Tartarín se hizo oír bruscamente, con un tono de gran dignidad:

-Ustedes, señores, harán lo que les parezca. En cuanto a mí, me quedo. Tengo mis deberes de gobernador, y es preciso que los cumpla.

Scrapouchinat vociferó:

-¿Gobernador de qué, si no hay aquí nada que gobernar? Y otros:

-El capitán tiene razón. Puesto que no hay nada... Tartarín, impávido, agregó:

-El duque de Mons tiene mi palabra, señores.

-Es un granuja vuestro duque de Mons -dijo Bézuquet-. Siempre lo supuse, aun antes de tener la prueba.

-¿A qué prueba se refiere? ¿Dónde está?

-¡No la tengo en el bolsillo!-. Y con un pudoroso ademán el farmacéutico se ajustaba al cuerpo el manto de grande de primera clase que cubría su tatuada desnudez -. Lo que puedo asegurarles es que Bompard, agonizante, me dijo al ser desembarcado del Farandole: «Desconfíe del belga, es un farsante». Si hubiera podido hablar me hubiera contado algo más, pero la enfermedad lo había dejado sin fuerzas.

¿Qué mejor prueba, por otra parte, que esta misma isla infecunda y malsana, a donde el duque los había enviado para colonizar, y los falsos telegramas recibidos?

Una gran nerviosidad se apoderó del consejo.

Todos hablaban a la vez para aprobar las declaraciones de Bézuquet y cubrir al duque de maldiciones y epítetos: «mentiroso, farsante, belga ruin... »

Tartarín, heroico, hacía frente a todos:

-Hasta que posea una prueba en contrario, yo me reservo mi opinión sobre el señor de Mons...

-Nuestra opinión ya está formada: ¡es un ladrón! -Puede haber sido un imprudente, un mal aconsejado tal vez...

-No lo defienda; si lo pillamos algún día le daremos un buen remojón.

-Señores, ratifico mi actitud: por él fui nombrado gobernador de Port-Tarascón, y en Port-Tarascón me quedaré.

-Quédese solo, entonces.

-Pues bien, solo, si ustedes me abandonan. Déjenme algunos instrumentos de trabajo.

-¡Pero si ya le he dicho que la tierra no produce nada! -le gritó Bézuquet.

-Tal vez cultivasteis mal, Fernando.

Ante esta obstinación, Scrapouchinat se enfureció y golpeó la mesa del consejo con el puño:

-¡Está loco! ¡No sé que me impide llevarlo a la fuerza, y si se resiste fusilarlo como a un mono verde!

-¡Hágalo si se atreve, por los clavos de Cristo! Resollando de cólera, y con un gesto amenazador, el padre Bataillet se erguía al lado de Tartarín. Hubo un cambio de invectivas y de locuciones tarasconesas, como si la trifulca se ventilara en uno de los lugares más típicos de la Provenza, Dios sabe cómo habría terminado el incidente sin la intervención del abogado Branquebalme, director de justicia. Era el tal Branquebalme un abogado de gran competencia y muy fecundo en alegatos llenos de considerandos y resultandos con los cuales construía discursos' inobjetables, cimentados a la romana y sólidos como el acueducto del Gard. Prototipo del homo sapiens latino y atiborrado de elocuencia y lógica ciceronianas, deducía siempre por el verum enim vero, el porqué y el para qué de todo. Aprovechó un momento de calma para tomar la palabra y, en largos y bellos períodos interminables, propuso un plebiscito.

Los emigrantes votarían sí o no; por una parte, los que quisieran quedarse se quedarían en Port-Tarascón; por otra, los que desearan irse se irían en el Tutu-panpan, después de que los carpinteros de a bordo hubieran reconstruído la barcaza y el fuerte.

La moción de Branquebalme fue aceptada por unanimidad e inmediatamente se hicieron los preparativos para la votación.

En cubierta y en los camarotes hubo una gran agitación al recibirse la noticia del plebiscito. No se oían más que lamentos y gemidos. Las pobres gentes que habían invertido todos sus ahorros en la compra de las famosas hectáreas, ¿iban a perderlo todo, a renunciar a las tierras que habían pagado y a sus esperanzas de colonización? Razones interesadas los impulsaban a quedarse, pero una simple mirada al siniestro paisaje de la isla los sumía en la duda. La barraca en ruinas, el verdor oscuro y húmedo detrás del cual se imaginaban el desierto, y los caníbales, con la perspectiva de ser devorados como Cambalalette, integraban

Librodot

un cuadro nada alentador que provocaba los más encendidos deseos de volver a la Provenza, tan imprudentemente abandonada.

La multitud de emigrantes recorría el buque con un vaivén de hormiguero devastado. La vieja marquesa de Aigueboulide erraba por cubierta, sin abandonar su calientapiés y su cotorra.

En medio del rumor de las discusiones que precedían al plebiscito, no se oían otra cosa que feroces denuestos contra el belga, el puerco del belga. ¡Ah, ya no era el señor duque de Mons, sino el puerco del belga! Se le llamaba así blandiendo el puño y apretando los dientes.

A pesar de todo, de un millar de tarasconeses, ciento cincuenta votaron por quedarse con Tartarín. Importa decir que la mayor parte eran los altos dignatarios, a los que el gobernador había prometido respetar sus funciones y sus títulos.

Nuevas discusiones suscitó la partición de los víveres entre los que se iban y los que se quedaban.

-Ustedes podrán reabastecerse en Sidney -decían los de la isla a los del navío.

-Ustedes pueden cazar y pescar -respondían éstos-. ¿Para qué quieren tantas conservas?

La Tarasca dio motivo también a terribles debates. ¿Regresaría a Tarascón? ¿Debía quedarse en la colonia?

La disputa fue muy acalorada. Varias veces Scrapouchinat amenazó al padre Bataillet con hacerlo pasar por las armas.

Para mantener la paz, el abogado Branquebalme tuvo que emplear nuevamente todos los recursos de su sabiduría de Néstor y movilizar sus juiciosos verum enim vero. Costóle gran trabajo, sin embargo, llevar la calma a los espíritus, sobreexcitados traidoramente por el hipócrita de Excourbaniés, que no hacía otra cosa que fomentar la discordia.

Velludo, hirsuto y vocinglero, fiel a su divisa de Fen dé brut! (Hagamos bulla), el teniente de la milicia era tan del Mediodía que casi llegaba a negro, y era negro no sólo por la oscuridad de su piel y lo ensortijado de su cabello, sino también por su cobardía y su espíritu adulador. Bailaba el agua a los más fuertes: al capitán Scrapouchinat, rodeado de su gente, a bordo, y a Tartarín en medio de la milicia, en tierra. A cada uno de ellos explicaba de modo diferente las razones que le decidían a optar por Port-Tarascón. A Scrapouchinat le decía:

-Me quedo en la isla porque mi mujer va a dar a luz, si no...

Y a Tartarín:

-Por nada del mundo haría otro viaje con ese ostrogodo. Al fin, entre tiras y aflojas, se hizo la partición. La Tarasca quedaría con los del barco, a cambio de un cañón y una chalupa.

Tartarín había conseguido, pieza a pieza, víveres, armas y cajas de herramientas.

Durante varios días hubo un constante ajetreo de botes cargados de millares de artículos, fusiles, conservas, cajas de atún, de sardinas y de bizcochos, provisiones de pasteles de golondrina y pains-poires, etc.

Al mismo tiempo el hacha sonaba en el bosque, donde se trabajaba activamente para reconstruir la barraca y el fuerte. Los toques del clarín se mezclaban con el ruido de las piquetas y los martillos. Durante el día, los milicianos armados protegían a los obreros contra un posible ataque de los salvajes, y por la noche acampaban en la playa, en torno al vivac. «Para ejercitarse en el servicio de campaña», decía Tartarín.

Cuando todo estuvo listo, se despidieron con alguna tirantez. Los viajeros se sentían algo celosos de los colonos a los que decían con un tonillo de burla:

-Si la cosa marcha, escríbannos, que volveremos.

Por otra parte, pese a su aparente confianza, muchos colonos habrían preferido hallarse a bordo.

Al levar anclas, el buque disparó una salva, a la que contestó el cañón de los colonos servido por el padre Bataillet, mientras Excourbaniés tocaba con el clarinete Buen viaje, querido Dumollet.

Librodot

Cuando el Tutu-panpan hubo doblado e1 promontorio y desapareció definitivamente, muchos ojos que siguieron su marcha desde la orilla se empaparon de lágrimas y la rada de Port-Tarascón se hizo repentinamente inmensa.

LIBRO SEGUNDO

I

MEMORIAS DE PORT-TARASCON
DIARIO REDACTADO POR EL SECRETARIO PASCALON. DONDE SE DESCRIBE TODO LO QUE SE DIJO E HIZO EN LA COLONIA LIBRE, BAJO EL GOBIERNO DE TARTARIN

20 de septiembre de 1881. - Propóngome relatar en estas páginas los principales sucesos de la colonia.

Será una ardua tarea, dadas las muchas responsabilidades de que estoy investido. Soy director de la secretaría, copiosísima en papeluchos administrativos, y además, en los ratos de ocio, garabateo a toda prisa algunos versos provenzales, pues debo evitar que las funciones oficiales maten el Felibre[4] que hay en mí.

Trataré, sin embargo, de hacerlo lo mejor posible y creo que será curioso, algún día, leer los comienzos de la historia de un gran pueblo. No he hablado a nadie de este trabajo, ni siquiera al Gobernador.

Debo subrayar ante todo el favorable cariz que han tomado los acontecimientos desde que partió el Tutu-panpan, hace ocho días. Ya tenemos nuestra casa. La bandera de Port-Tarascón, que exhibe la Tarasca sobre un fondo de los colores franceses, ondea en lo más alto del fuerte.

Aquí, en el fuerte, ha fijado su residencia el Gobierno, es decir, nuestro Tartarín, los directores y las oficinas. Los directores célibes, como yo, M. Tournatoire, director de higiene, y el padre Bataillet, comandante supremo de la artillería y de la armada, estamos alojados en el Gobierno y comemos con Tartarín. Los señores Costecalde y Excourbaniés, que son casados, comen y duermen en la ciudad.

Aquí llamamos «la ciudad» a la gran barraca que los carpinteros del Tutu-panpan repararon e hicieron habitable.

Alrededor de ella se ha trazado un paseo, al que se ha dado pomposamente el nombre de Paseo de Circunvalación, como en Tarascón. Nos hemos acostumbrado ya. Solemos decir: «Esta noche iremos a la ciudad... ¿fue usted a la ciudad esta mañana? ¿Si fuésemos a la ciudad?» La cosa nos parece naturalísima.

El fuerte está separado de la ciudad por un arroyo que llamamos el Pequeño Ródano. Desde mi despacho, cuando la ventana está abierta, oigo el palear de las lavanderas, arrodilladas a la orilla del río, y sus cantos, sus gritos y su charla provenzal, viva y colorista, me hacen pensar que estoy aún en el terruño.

Una sola cosa entenebrece mi alojamiento en el Gobierno: el polvorín. Nos han dejado una gran cantidad de pólvora que ha sido colocada en el subsuelo con provisiones de diversa

[4] Célebre poeta provenzal.

índole: ajos, conservas, líquidos y reservas de armas, instrumentos y herramientas. Todo está cuidadosamente guardado bajo llave, es verdad, pero sólo de pensar que hay allí, bajo mis plantas, tal cantidad de combustibles y explosivos, se me pone la carne de gallina, sobre todo de noche.

25 de septiembre. - Ayer, la señora de Excourbaniés ha dado felizmente a luz un hermoso niño, primer ciudadano inscrito en el registro civil de Port-Tarascón. fue bautizado solemnemente en Santa Marta de las Palmeras, nuestra pequeña iglesia provisional, hecha de bombúes y hojas grandes.

Estoy muy orgulloso de haber sido el padrino y de haber tenido a mi lado, como madrina, a la señorita Clorinda de Espazettes, quizá demasiado alta para mí, pero ¡tan linda y tan bondadosa, bajo los rayos de luz que se filtraban a través del enrejado de bambúes y las hojas mal ajustadas del techo!

Toda la ciudad ha estado presente. Nuestro buen Gobernador ha pronunciado algunas palabras que nos han conmovido, y el padre Bataillet ha contado una de sus más bellas leyendas. Fueron suspendidos los trabajos, como en un día de fiesta. Después del bautizo, dimos unas vueltas por el Paseo de Circunvalación. Estábamos muy contentos y nos parecía que el recién nacido había traído esperanza y ventura a la colonia. El Gobierno hizo distribuir doble ración de atún y pains-poires, y en todas las mesas, por la noche, humeó un plato extra. Nosotros pusimos a asar un puercoespín cazado por el marqués, que es el primer tirador de la isla después de Tartarín.

Terminada la comida, quedéme solo con mi buen patrón y, como lo viera muy afectuoso y paternal, me atreví a revelarle mi amor por la señorita Clorinda. Sonrió, me dijo que

la conocía bien, y con palabras alentadoras, me prometió que hará todo lo posible en mi favor.

Desgraciadamente, la marquesa es una Escudelle de Lambesc, muy orgullosa de su origen, y yo un empleaducho. De buena familia desde luego, y sin nada que se nos pueda reprochar, pero de vida muy modesta. Están también en contra mía mi timidez y un ligero tartamudeo. He mejorado algo de estos defectos porque me dan mucha firmeza mis altas funciones. ¡No es frecuente que a mi edad se ejerza la dirección de una secretaría de tal jerarquía!

¡Ah, si no hubiera más que el marqués! El es un bonachón a quien no importa otra cosa que la caza. Es el reverso de la marquesa, que está siempre a vueltas con sus escudos y su abolengo. Para dar una idea del orgullo de esa mujer, recordaré que la gente de la ciudad se reúne por la noche en la sala común. Reina un ambiente amable: las señoras hacen ganchillo y los' hombres juegan a los naipes. Pues bien, la marquesa de Espazettes, demasiado altiva, permanece con sus hijas en su pieza, que es de tan exiguas proporciones, que cuando quieren cambiar de ropa, han de hacerlo una detrás de otra. La ilustre dama prefiere pasar las veladas allí, recibir las visitas y ofrecer a sus invitados, que no saben dónde sentarse, infusiones de tilo o manzanilla, a tener que mezclarse con los demás por un santo horror a la abominable rafataille. No es por hablar mal...

En fin, a pesar de todo, no pierdo las esperanzas.

29 de septiembre. - Ayer, el Gobernador bajó a la ciudad. Me prometió que hablaría de mi asunto y que al volver tal vez me diría algo. ¡Se supondrá la impaciencia con que lo esperaba! Pero, a la vuelta, no me ha dicho una sola palabra.

Durante el almuerzo lo noté nervioso, y en la conversación con su capellán, se le escapó esta expresión:

-Creo que en Port-Tarascón debiera haber un poco más de gentuza.

Como la señora Espazettes de Lambesc tiene frecuentemente esta palabra despreciativa en los labios, supuse que la había visto y que mi petición no había sido bien recibida, pero no pude saber la verdad porque el Gobernador se puso a hablar en seguida del informe del director Costecalde acerca de los cultivos.

Librodot

Era desastroso. Los ensayos habían resultado infructuosos: ni el maíz, ni el trigo, ni las papas, ni las zanahorias, germinaban debidamente. Falta de abonos, falta de sol, exceso de agua, un subsuelo impermeable; las simientes se ahogan. En suma, lo que había anunciado Bézuquet, y más siniestro todavía.

Es justo declarar que el director de agricultura trata deliberadamente, a mi juicio, de exagerar la realidad y de exponerla bajo los más lúgubres aspectos. ¡Mal sujeto este Costecalde! Está siempre celoso de la gloria de Tartarín, y siente por él un odio disimulado.

El reverendo padre Bataillet, que no tiene pelos en la lengua, pidió lisa y llanamente su destitución, pero el Gobernador le contestó con su argumento preferido y su moderación habitual:

-Nada de apresuramientos...

Luego, después de comer, entró en el despacho de Costecalde y le habló como siempre, con toda calma:

-Y bien, señor Director, ¿esos cultivos?

El otro contestó sin moverse, con aspereza:

-Ya he elevado mi informe al señor Gobernador. -Vamos, vamos, Costecalde; es bastante severo su informe.

Costecalde se puso lívido.

-¿Qué quiere que le haga? Es como es, y si ello le molesta...

Su tono revelaba insolencia, pero Tartarín se reprimió porque había gente alrededor.

-Costecalde - dijo suavemente, pero con dos chispas en sus ojillos grises -. Cuando estemos solos le diré dos palabras.

Era terrible. Sentí que el sudor me corría por la frente.

30 de septiembre. - Ocurrió como me lo imaginaba: mi petición ha sido rechazada por los Espazettes de Lambesc. Soy de origen demasiado humilde. Se me consiente ir a visitarlos como de ordinario, pero nada debo esperar.

¿Qué esperan ellos a su vez? Son los únicos nobles de la colonia. ¿A quién piensan entregar su hija? ¡Ah, señor marqués, que mal se porta usted conmigo!

¡Triste situación la mía! ¿Qué partido tomaré? Clorinda me ama, me consta, pero es demasiado honesta para fugarse con un hombre e irse a casar a cualquier país lejano. Y además no hay posibilidad alguna, porque estamos en una isla sin comunicaciones con el exterior.

Me explicaría la negativa si sólo fuera yo un meritorio de farmacia, como antes. Pero hoy, con mi posición, mi porvenir...

¡Cuántas se considerarían felices con mi petición! Sin ir más lejos, esta pequeña Branquebalme, buena artista, que toca el piano, y enseña a sus hermanas, podría conseguirla con sólo levantar un dedo, y sus padres estarían encantados.

¡Oh, Clorinda, Clorinda! ¡Han terminado los días de ventura! Y, por si fuera poco, llueve desde esta mañana, cae la lluvia sin cesar, anegándolo todo y poniendo un velo gris sobre las cosas.

Bézuquet no nos engañó. Llueve en Port-Tarascón, y cómo llueve... La lluvia nos envuelve y nos encierra como en una jaula de cigarras. No hay horizontes: Lluvia, sólo lluvia. Inunda la tierra y acribilla el mar, que mezcla el agua que cae con otra que surge de sus olas y de su espuma.

3 de octubre. - La observación del Gobernador era justa: nos hace falta un poco más de plebe. Sin tantos cuarteles hidalgos y algunos grandes dignatarios menos, y con algunos plomeros, albañiles y carpinteros más, la colonia iría mucho mejor.

Esta noche, con la lluvia interminable y esas trombas irresistibles de agua, el techo de la casa se ha hundido y se ha inundado la residencia del Gobierno.

Las reparticiones públicas se achacan la responsabilidad mutuamente. La dirección de arquitectura dice que el asunto compete a la secretaría; la secretaría sostiene que es una cuestión que afecta a la dirección de higiene; y ésta ha remitido los damnificados a la marina porque, según dice, se trata de trabajos de defensa que están dentro de su especialidad.

En la ciudad, atribuyeron la falta al estado de cosas, y no hubo forma de disuadirlos.

Mientras, las grietas se ensanchaban, el agua caía a torrentes del techo, y en las cabinas no se veía otra cosa que gentes mojadas y furiosas, con los paraguas abiertos, que gritaban y acusaban duramente al Gobierno.

¡Afortunadamente no nos faltan paraguas! En nuestra pacotilla de objetos para los salvajes, incluímos una gran cantidad, casi tantos como collares para perros.

Para terminar con la inundación, diré que la joven Alric, doncella de la señorita Tournatoire, ha escalado el techo y ha clavado una plancha de zinc, solicitada a la administración. El Gobierno me encargó que le escribiera una carta felicitándola cordialmente.

Si hago constar aquí el incidente es porque me ha dado ocasión de descubrir la falla de la colonia.

Administración excelente, celosa, tal vez algo complicada y muy francesa, pero para colonizar, faltan energías: hay más papelotes que braceros.

Me ha sorprendido también una cosa, y es que cada uno de nuestros grandes funcionarios está encargado de tareas para las cuales no tiene la menor aptitud. Ahí está el armero Costecalde, que se ha pasado la vida entre pistolas y armas de caza, y que ahora dirige los trabajos agrícolas. Excourbaniés no tenía rival en la fabricación de salchichones de Arlés, y ahora, por causa del accidente de Bravida, lo tenemos de director de la guerra y jefe de las milicias. Y el padre Bataillet tiene a su cargo la artillería y la marina, quizá

por su espíritu belicoso, cuando lo que en realidad le cumple es decir misa y contar historias.

En la ciudad, otro tanto. Tenemos una porción de excelentes personas, pequeños rentistas, almaceneros, panaderos y comerciantes, que se han hecho propietarios de hectáreas de tierra y que no saben que hacer con ellas, pues carecen de la menor noción de agricultura.

Creo que únicamente el Gobernador sabe lo que tiene entre manos. ¡Oh, lo sabe todo, lo ha visto todo, lo ha leído todo, y obra con una claridad y una rapidez verdaderamente asombrosas! Desgraciadamente, es demasiado bueno y no quiere creer en el mal. ¡Imagínense que aun tiene confianza en el belga, en ese bribón, en ese impostor del duque de Mons! Confía en que ha de verle llegar con colonos y provisiones, y todos los días, cuando entro en su cuarto, lo primero que me pregunta es:

-¿Algún navío a la vista, Pascalón?

¡Y pensar que un hombre tan bondadoso, y tan excelente Gobernador, tiene enemigos! Sí, bastantes enemigos ya. El lo sabe y se ríe.

-Es natural que me odien - me dice -, porque yo soy el Estado de cosas.

8 de octubre. - Me pasé la mañana redactando el cuadro estadístico que acompaño. Este documento sobre el origen de la colonia tendrá al menos el interés de haber sido hecho por uno de sus fundadores, por un obrero de la primera hora.

Frente a cada nombre, he puesto una notita a fin de recordar quienes están en pro o en contra del Gobierno. No figuran en esta lista las mujeres ni los niños, puesto que no tienen derecho al voto.

Librodot

COLONIA DE PORT-TARASCON CUADRO DEMOGRAFICO

NOMBRES	TÍTULOS Y DIGNIDADES	OBSERVACIONES
S. E. Tartarín	Director de la Secretaría, gran orden	
Testaniere Pascal (Pascalón)	Director de la Secretaría, grande de 2ª clase.	Excelente, me atrevo a afirmarlo.
R. P. Bataillet	Director de la artillería y de la marina, capellán del Gobernador y grande de 1ª clase	Piensa bien pero es muy exaltado.
Excourbaniés, Spiridion	Director de guerra, jefe de las milicias y del orfeón, grande 1ª clase.	En observación.
Dr. Tournatoire	Director de higiene, médico jefe de la colonia, grande de 1ª clase.	Excelente.
Costecalde, Fabio	Director de agricultura, grande de 1ª clase.	Execrable.
Branquebalme, Cicerón	Director de la justicia, grande de 1ª clase.	Muy bueno, pero fastidioso.
Torquebiau, Mario	Subdirector de la secretaría, grande 2ª clase.	Bueno.
Bézuquet, Fernando	Subdirector de higiene, médico adjunto y farmacéutico de la colonia.	Id.
Galoffre	Sacristán y guardia de artillería.	Muy bueno.
Rugimbaud, Antonín	Agregado a los servicios de agricultura.	Muy malo.
Barbán, Séneca	Agregado a los servicios de agricultura.	Id.
Marqués de Espazzettes	Teniente de milicia.	Bueno.
Baumevieille, Dositeo	Colono.	Id.
Caussemille, Timote	Id.	Id.
Escaras	Id.	Id.
Barafort, Alfonso	Id.	Dudoso.
Rabinat (marino)	Id.	Bueno.
Coudognan (id.)	Id.	Dudoso.
Roumengas (id.)	Id.	Id.
Douladour (id.)	Id.	Bueno.
Miégeville (id.)	Id.	Id.
Mainfort (id.)	Id.	Id
Bosuquet (id.)	Id.	Id.
Lafranque(id.)	Id.	Id.
Traversiere (id.)	Id.	Id.

Bouffartigue, Nerón	Pastelero	Id.
Pertus	Cafetero	Muy malo.
Rebuffat	Confitero.	Bueno.
Berdoulat, Marcos	Tambor.	Id.
Fourcade	Clarín.	Id.
Bécoulet	Id.	Malo.
Bezanet	Miliciano.	Dudoso.
Malbos	Id.	Bueno.
Caissargue	Id.	Muy malo.
Bouillargue	Id.	Id.
Habidos	Id.	Bueno.
Trohias	Id.	Id.
Reyranglade	Id.	Id.
Tolozan	Id.	Id.
Margouty	Id.	Dudoso.
Prou	Id.	Id.
Trouche	Id.	Bueno.
Seve	Id.	Dudoso.
Sorgue	Id.	Bueno.
Cade	Id.	Muy bueno.
Puech	Id.	Id.
Bosc	Id.	Id.
Jouve	Id.	Bueno.
Truphenus	Id.	Execrable.
Roquetaillade	Id.	Id.
Barbusse	Id.	Id.
Barbouin	Id.	Malo.
Rougnonas	Id.	Muy bueno.
Saucine	Id.	Id.
Sauze	Id.	Bueno.
Roure	Id.	Id.
Bardical	Id.	Id.
Merinjane	Id.	Dudoso.
Ventebren	Id.	Bueno.
Gavot	Id.	Malo.
Marco Aurelio	Id.	Muy bueno.
Coq-de-Mer	Orfeonista.	Bueno.
Ponge (padre)	Id.	Id.
Gargas	Id.	Id.
Lapalud	Id.	Id.
Bezouge	Id.	Id.
Ponge (hijo)	Id.	Malo.
Picheral	Id.	Bueno.
Mezoule	Cazador.	Id.
Oustalet	Id.	Id.
Terrón (M-A)	Id.	Id.

10 de octubre. - El marqués de Espazettes y otros hábiles tiradores, que no han podido salir por causa de la lluvia, resolvieron instalar una serie de blancos con latas vacías de atún, sardinas y otras conservas, y se han pasado todo el día disparando desde las ventanas.

Nuestros viejos cazadores de gorras, en vista de que las gorras son ahora difíciles de renovar, se han convertido en cazadores de conservas. Excelente ejercicio, es verdad, mas como Costecalde consiguiera persuadir al Gobernador de que ocasionaba un excesivo derroche de pólvora, se dictó un decreto, que ya ha aparecido, por el cual se prohibe el tiro al blanco. Los cazadores de conservas están furiosos y la nobleza refunfuña; únicamente Costecalde y su banda se frotan las manos.

Pero, veamos: ¿qué se le puede reprochar a nuestro pobre Gobernador? Recuérdese que ese belga impostor lo engañó a él como a nosotros. ¿Es suya la culpa si llueve siempre, y si a causa del mal tiempo no se puede organizar corridas de toros?

Precisamente por las malditas corridas nuestros tarasconeses se felicitaban de encontrarse aquí. Para celebrarlas se trajeron algunas vacas y un toro de Camargo, el Romano, famoso en las fiestas votivas del Mediodía.

La lluvia incesante que no permitía largarlas a pastar, retuvo a las bestias en una cuadra, pero el caso es que, sin que se sepa cómo-no me extrañaría que anduviera en ello la mano de Costecalde - el Romano se ha escapado.

Ahora anda por la selva, hecho un salvaje, convertido en un verdadero bisonte. Y es él quien hace correr a los tarasconeses en vez de dejarse correr.

¿Tiene también la culpa nuestro Tartarín?

II

CORRIDAS DE TOROS EN PORT-TARASCON. - AVENTURAS Y COMBATES. - LLEGADA DEL REY NEGONKO Y SU HIJA LIKIRIKI. - TARTARIN FROTA SU NARIZ CON LA DEL REY. - UN GRAN DIPLOMATICO.

Día por día, página tras página, y hablándonos siempre de la lluvia gris y de su monótona precipitación en la rada, las memorias que tenemos ante nuestros ojos prosiguen la crónica de la colonia; pero tememos fatigar al lector y vamos a resumir lo que el amigo Pascalón ha escrito en su diario.

Como cada día eran más tensas las relaciones entre el Gobierno y la ciudad, Tartarín intentó recuperar su popularidad organizando, por fin, corridas de toros, sin Romano, claro está, pues continuaba huido por los bosques, pero sí con las tres vacas que quedaban.

Mustias y enflaquecidas, las tres desventuradas camarguenses, acostumbradas al aire libre y al sol, habían sido recluidas en un húmedo y lóbrego corral desde su llegada a Port-Tarascón. ¡No importa! Más valía esto que nada.

Previamente, en un terreno arenoso contiguo al mar y donde habitualmente se ejercitaba la milicia, se levantó un estrado, y el circo quedó formado por una serie de cuerdas y estacas.

Aprovechóse para la fiesta un día despejado, y el Estado de cosas, de uniforme y rodeado de sus dignatarios en traje de gala, tomó asiento en el estrado, mientras colonos, milicianos, señoras, señoritas y criadas, se acomodaban junto a las cuerdas y los niños correteaban por el ruedo gritando: -«Té, té!... ¡Los bueyes!»

Olvidados en aquel momento del fastidio de los largos días lluviosos y de su rencor contra el belga, el puerco del belga, sentíanse electrizados de gozo con sólo gritar: «Té!... Té!... ¡Los bueyes!»

De pronto, un redoble de tambores.

Era la señal. El circo invadido fue evacuado en un abrir y cerrar de ojos, y una de las bestias entró en la liza y fue acogida con frenéticos hurras.

Nada tenía el animal de terrible. Una pobre vaca, flaca y espantada, que miraba en derredor con unos grandes ojos deslumbrados. Plantóse en mitad del redondel, con la divisa de colores entre los cuernos, lanzó un mugido plañidero y no se movió más, hasta que la concurrencia indignada la arrojó del circo a garrotazos y pedradas.

La segunda res fue otro cantar. Por nada ni con nada se consiguió que saliera del establo. En vano la empujaron, la tironearon de los cuernos y del rabo, y le pincharon en los hocicos con la punta de un tridente. Imposible obligarla a pasar la puerta.

Veamos, pues, la tercera. Decíase que era muy mala, sumamente irritable. En efecto, entró en el circo al galope, escarbando la arena con las pezuñas, azotándose los costados con el rabo y tirando cornadas a diestro y siniestro. ¡Por fin, iban a tener una buena corrida!

Pero desgraciadamente no fue así. La vaca tomó impulso, franqueó la cuerda, apartó a la multitud con los cuernos y corrió en derechura a la playa para arrojarse al mar.

Con el agua hasta el jarrete y luego hasta las corvas, avanzaba, avanzaba sin cesar. Instantes después sólo sobresalían de la superficie el hocico y los cuernos. Así permaneció hasta la noche, siniestra y silenciosa, mientras toda la colonia, desde la orilla, la injuriaba, la silbaba y le tiraba piedras. En estas demostraciones el pobre Estado de cosas, que había bajado del estrado, tuvo una participación activa.

Malograda la corrida, era imprescindible buscar una distracción al malhumor general. La mejor fue la guerra, una expedición contra el rey Negonko. El miserable, después de la muerte de Cambalalette, del padre Vezole, de Bravida y de tantos otros bravos tarasconeses, dióse a la fuga con sus papuas, y no se había sabido de él desde entonces. Habitaba - decíase - en una isla vecina, a dos o tres leguas de distancia; sus costas se distinguían a lo lejos, en los días claros, pero eran invisibles la mayor parte del año en el horizonte constantemente ensombrecido por las lluvias.

Tartarín, de naturaleza pacífica, resistió largo tiempo a la idea de una expedición, pero al fin la aceptó por poderosas razones políticas'.

Puesta la chalupa en condiciones, reparada y abastecida, ornada en la proa por el cañón que servían el padre Bataillet y el sacristán Galoffre, veinte milicianos bien armados se embarcaron una mañana a las órdenes de Excourbaniés y del marqués de Espazettes, y se hicieron a la mar.

La ausencia duró tres días que parecieron muy largos a la colonia. Luego, hacia el fin del tercer día, un cañonazo que sonó a lo lejos atrajo a todo el mundo a la playa, y se vio llegar la chalupa con las velas desplegadas, la proa en alto y a gran velocidad, como empujada por un viento de gloria.

Mucho antes de que llegara a la playa, los gritos jubilosos de los que la tripulación y el fen dé brut de Excourbaniés, anunciaban el éxito de la expedición.

Habíase tomado una venganza ejemplar de los caníbales, incendiando gran número de aldeas, y matando, según decían, algunos miles de papuas. La cifra variaba, pero era siempre enorme. También los relatos diferían. Lo cierto era que traían a cinco o seis prisioneros de categoría, entre los cuales figuraban el rey Negonko en persona y su hija Likiriki, que fueron conducidos al Gobierno, en medio de las aclamaciones que la multitud dispensaba a los vencedores.

Librodot

Los milicianos desfilaban, y como los soldados de Cristóbal Colón al volver del descubrimiento del Nuevo Mundo, ostentaban una gran diversidad de objetos extraños, plumas brillantísimas, pieles de animales, armas y utensilios de los salvajes.

Todos ansiaban presenciar el paso de los prisioneros. Los buenos tarasconeses los examinaron con una rencorosa curiosidad. El padre Bataillet había hecho arrojar sobre su desnudez algunas mantas con las cuales se envolvían a medias y, al verlos así, tan grotescamente ataviados, y pensar que se habían comido al padre Vezole, al notario Cambalalette y a tantos otros, se sentía el mismo estremecimiento de repulsión que se experimenta frente a las boas de los Zoológicos cuando digieren la presa que acaban de engullir.

El rey Negonko marchaba al frente. Era un negro viejo y alto, de panza prominente como la de un niño de pecho, de cabellera crespa y blanca ya, y lucía una pipa de tierra roja de Marsella que le colgaba del brazo izquierdo por un bramante. Cerca de él, iba la pequeña Likiriki, de ojos brillantes y vivarachos, y adornada con collares de coral y brazaletes de conchitas rosa. Tras ellos, varios negros, de largos brazos' y sonrisas espantosas que ponían al descubierto sus dientes afilados.

Inspirados al principio por un espíritu de socarronería, decíanse los tarasconeses entre sí:

-Hay trabajo abundante para la señorita Tournatoire.

Y, en efecto, la buena solterona, acosada de nuevo por su idea fija, pensaba que sería necesario vestir decentemente a todos aquellos salvajes. La curiosidad, sin embargo, se trocó bien pronto en rabia al recuerdo de los compatriotas devorados por los caníbales.

Clamores de «¡A muerte, a muerte!» partieron de la multitud. Excourbaniés, para darse un mayor aire militar, apropióse la frase de Scrapouchinat y gritaba que había que fusilarlos como a monos verdes.

Tartarín se volvió hacia él, y con un gesto severo trató de contener su furor.

-Spiridión - le dijo-, respetemos las leyes de la guerra. No se entusiasme demasiado el lector, pues la bella frase encubría un pensamiento político.

Aunque defensor inconmovible del duque de Mons, Tar-

tarín tenía sus dudas. ¡Si, en efecto, fuera el belga un impostor! Si el tratado que el duque decía haber concertado con el rey Negonko para la compra de la isla, era tan falso como todo, el territorio dejaría de pertenecerles y los bonos por las hectáreas no serían otra cosa que papel mojado.

El Gobernador, lejos de pensar en fusilar a sus prisioneros como a «monos verdes», hizo al rey papua una solemne recepción.

Eranle familiares las ceremonias propias de estos casos porque había leído los relatos de Cook, Bougainville y Entrecasteaux.

Con todo respeto, se acercó al rey y frotó su nariz con la suya. El salvaje se quedó muy sorprendido, porque esa costumbre había desaparecido mucho tiempo antes en sus tribus. Sin embargo, aceptó el rito creyéndolo seguramente una tradición tarasconesa. Los demás prisioneros, e incluso la pequeña Likiriki que tenía una naricilla de gato, quisieron realizar también la misma ceremonia con Tartarín.

Cuando se hubieron frotado bien la nariz, intentóse entrar en comunicación verbal con los salvajes. El padre Bataillet les habló primero en su papua, pero como no era el papua de aquella región, quedáronse en ayunas de lo que les decía. Cicerón Branquebalme, que sabía algo de inglés, ensayó esta lengua y Excourbaniés chapurreó algunas palabras en español, pero sin mayor éxito uno y otro.

-Hagamos que coman algo-dijo entonces Tartarín. Fueron abiertas algunas latas de atún. Los salvajes comprendieron bien ahora y se precipitaron sobre las conservas y las devoraron glotonamente, vaciando las latas y limpiándolas hasta el fondo con sus dedos lucientes de aceite. Luego, tras largos tragos de aguardiente que bebió con delicia, el rey Negonko, con gran estupor de Tartarín y de los colonos, entonó con una voz ronca:

Librodot

Dé brin o dé tiran Cabussaran
Dou fenestroun De Tarascoun Dedins lou Rose.

Esta canción tarasconesa, eructada por un salvaje de labios hinchados y dientes negros de betel, adquiría una expresión fantástica y feroz. Pero, ¿cómo Negonko sabía el tarasconés? Después de un instante de sorpresa, se lo explicaron.

Durante los meses de vecindad con los infortunados pasajeros del Farandole y del Lucifer, los papuas habían aprendido el habla de las orillas del Ródano. Naturalmente, la

desfiguraban algo, pero con ayuda de gestos podían llegar a entenderse.

Y se entendieron.

Interrogado acerca del duque de Mons, el rey Negonko dijo que en su vida había oído hablar de aquel tipo, ni de cosa que se le pareciera.

Igualmente afirmó que la isla nunca había sido vendida y que jamás se firmó tratado alguno.

¡Ningún tratado! Tartarín, sin conmoverse, hizo preparar uno inmediatamente. El erudito Branquebalme colaboró en buena parte de la redacción severa y minuciosa de este documento. Puso en ello todo su conocimiento de la ley, aplicó numerosos resultandos y considerandos y con su sólida cultura romana, formó un todo compacto y inobjetable.

El rey Negonko cedía la isla de Port-Tarascón a cambio de un barril de ron, diez libras de tabaco, dos paraguas de algodón y una docena de collares para perros.

Un codicilo agregado al tratado autorizaba a Negonko, a su hija y a sus súbditos a instalarse en la parte occidental de la isla, aquella parte a dónde no se iba nunca por culpa del Romano, el toro famoso convertido en bisonte, y la única fiera peligrosa de la colonia.

Todo ello fue concertado en una conferencia secreta y concluído en pocas horas.

De este modo, gracias a la habilidad diplomática de Tartarín, los bonos de las hectáreas conservaban validez y representaban realmente algo . que, por otra parte, nunca se hizo efectivo.

III

SIGUE LLOVIENDO. - INVASION DE ENFERMEDADES ACUATICAS. - LA SOPA DE AJO. - ORDEN DEL GOBERNADOR. - ¡VA A FALTAR EL AJO! - EL AJO NO FALTARA. - EL BAUTIZO DE LIKIRIKI.

Y otra vez la lluvia, el cielo uniformemente gris y el agua que cae sin cesar. Por la mañana, en la ciudad, se abrían las ventanas y veíanse cien manos tendidas hacia afuera. - ¡Llueve! ¡Sigue lloviendo!

Llovía incesantemente, tal como lo anunciara Bézuquet. ¡Pobre Bézuquet! A pesar de las penurias soportadas con los del Farandole y el Lucifer, optó por quedarse en Port-Tarascón porque no se atrevía a volver a tierra cristiana con

los tatuajes. Reincorporado a la farmacia y nombrado ayudante de ínfima categoría a las órdenes de Tournatoire, el ex gobernador interino prefería quedarse aquí a exhibir en los países civilizados su cara monstruosa y sus manos rojas llenas de agujeros. Para vengarse de

sus infortunios brindaba a sus compañeros las profecías más siniestras. Si se quejaban de la lluvia, del barro y de la humedad se encogía de hombros y decía:

-Esperen un poco... Ya verán lo que es bueno.

Y no se equivocaba. De vivir así, siempre empapados, y por la falta de alimentos frescos, muchos colonos enfermaron. Las vacas habían sido comidas hacía tiempo. No se contaba ya para nada con los cazadores, aunque hubiera entre ellos excelentes tiradores, como el marqués de Espazettes, y todos se hallasen bien penetrados de los principios de Tartarín: dos tiempos para la codorniz y tres tiempos para la perdiz. Es que no había ni perdices ni codornices, ni siquiera gaviotas, porque ningún pájaro de mar abordaba jamás esta parte de la isla.

Unicamente se encontraban en las expediciones de caza algunos' cerdos salvajes, ¡pero tan raros!; o canguros de blanco muy difícil, a causa de sus saltos desconcertantes.

Tartarín no sabía decir exactamente cuanto debía contarse para este animal. Cierto día en que el marqués de Espazettes le interrogaba sobre el particular, contestó como al azar: - Cuente seis, señor marqués.

El de Espazettes contó hasta seis y no cazó otra cosa que un fuerte resfrío bajo la lluvia torrencial e ininterrumpida.

-Convendrá que vaya yo mismo - decía Tartarín, pero aplazaba la partida por culpa del mal tiempo, y entretanto la carne era cada día más escasa. Ciertamente, los grandes lagartos no eran del todo malos, pero de tanto comerlos llegó a inspirar horror su carne fofa y blanca, con la que el pastelero Bouffartigue hacía conservas, de acuerdo con los métodos de los Padres Blancos.

A esta falta de carne fresca se agregaba la ausencia de ejercicio. ¿Cómo salir de casa, bajo aquella lluvia, sobre la alfombra de fango que los rodeaba?

El Paseo de Circunvalación estaba anegado y sombrío. Algunos colonos valientes, tales como Escarras, Douladour, Mainfort y Roquetaillade, salían a pesar del aguacero para ir a cavar la tierra y remover sus hectáreas que producían las. cosas más estupendas: en el calor húmedo de esta tierra siempre empapada, el perejil se convertía, en una noche, en un árbol gigantesco, ¡y de una dureza! Los repollos adquirían también un desarrollo fenomenal. En cuanto a las papas y a las zanahorias, no había nada que hacer. Bézuquet había dicho la verdad.

A estas múltiples causas de desmoralización, agréguese el aburrimiento, el recuerdo de la patria lejana y la privación de los confortables cagnards[5] tarasconeses, y de las murallas doradas de luz, y no sorprenderá que el numero de los enfermos aumentara día a día.

Felizmente para ellos, el director de higiene no creía en la farmacopea, y en vez de atracar con drogas a sus enfermos, como Bézuquet, les recetaba «una buena sopita de ajo».

Y no es preciso decirlo: jamás le fallaba el golpe. Había gentes abotagadas, sin voz ni aliento, que pedían ya el notario y el sacerdote, llegaba la sopita en la cazuela, con tres dientes de ajo, tres cucharadas de buen aceite de oliva y un trozo de asado, y los enfermos que apenas podían hablar comenzaban por decir:

-Outre!... ¡Qué cosa más rica! Sólo el olor les devolvía la vida.

Comían un plato, luego otro, y al tercero estaban de pie, restablecidos, con su voz natural, y luego a la noche, en el salón, echaban su partida de naipes. Apresurémonos a recordar que todos eran tarasconeses.

Una sola enferma, y enferma de categoría, la muy ilustre señora de Espazettes, había rehusado el remedio de Tournatoire. ¡Buena sería para la chusma la sopa de ajo, pero cuando se desciende de los caballeros cruzados! ... No quería que se le hablara de ello, como tampoco quería hablar del casamiento de Clorinda con Pascalón. La infortunada dama estaba en un

[5] Abrigos contra el viento.

estado deplorable. Esa sí que tenía el mal. Entiéndase por ese nombre vago la extraña enfermedad acuática que se había abatido sobre aquella colonia de meridionales. Los que la sufrían volvíanse rápidamente de una gran fealdad, con los ojos llorosos e hinchados el vientre y las piernas. Los síntomas hacían pensar en el terrible «mal de Mauve» que el Padre Bataillet mencionó en la leyenda del Hijo del hombre.

La pobre marquesa estaba horrible. Todas las tardes, cuando el dulce y desesperado Pascalón bajaba a la ciudad, veía a la infeliz mujer en el lecho, con un gran paraguas de algodón azul desplegado sobre la cabecera, gimiendo y obstinándose en rechazar la sopa de ajo, mientras la suave y corpulenta Clorinda preparaba una cafetera de tilo y el marqués, en un rincón, cargaba filosóficamente unos cartuchos para su problemática caza futura.

En los compartimientos vecinos, el agua goteaba sobre los paraguas abiertos, alborotaban los niños y del salón llegaba un escándalo de disputas y de discusiones políticas. Y constantemente el tamborileo de la lluvia en los cristales o en el techo de zinc.

Entre tanto, Costecalde continuaba sus sordas maquinaciones, por el día en su despacho de director de agricultura, y por la noche en la ciudad, en el salón, con sus dos amigotes Barbán y Rugimabaud, que le ayudaban a difundir los rumores más espeluznantes, y entre otros éste: «¡El ajo está a punto de agotarse! ... »

La consternación se apoderó de los colonos que en un día cercano se verían privados de ese bulbo bienhechor, de aquella panacea universal guardada celosamente en los almacenes del Gobierno, al que Costecalde acusaba de acaparador.

Excourbaniés, con grandes espavientos, apoyaba la calumnia del director de agricultura. Existe un viejo proverbio tarasconés que dice: «Los ladrones de Pisa, de día se acuchillan y por la noche roban juntos.» Era exactamente el caso de la doble cara de Excourbaniés, quien ante Tartarín, en el Gobierno, hablaba contra Costecalde, mientras en la ciudad, por la noche, hacía coro con los peores enemigos del gobernador.

Tartarín, cuya bondad y cuya paciencia nos son bien conocidas, distaba mucho de ignorar esta miserable conducta. Por la noche, cuando fumaba la pipa acodado a la ventana abierta, entre los ruidos nocturnos y el murmullo del Pequeño Ródano y de los arroyos que las lluvias torrenciales formaban en las laderas, alcanzaba a oír las discusiones lejanas y los ecos de las voces furiosas, y descubría, a través del aire enturbiado por la cortina de agua, las luces temblorosas tras los vidrios de la casa; y ante la idea de que tal agitación se debía a Costecalde, sus manos se crispaban convulsas y sus ojos despedían fuego en la sombra. Pero, como después de todo, estas emociones y la humedad del ambiente, podían hacerle contraer el mal, se frenaba, cerraba la ventana y se acostaba tranquilamente.

No obstante, la situación se envenenó de tal forma, que optó por asumir una actitud decisiva, destituyendo de sus cargos a Costecalde y a sus dos acólitos y despojando al director de su manto de noble de primera clase. Para sustituirlos nombró a Beaumevieille, antiguo relojero, quizá no más fuerte que su predecesor en materia de agricultura, pero sí un hombre muy honesto, a quien secundarían maravillosamente Labranque, ex fabricante de telas enceradas, y Rebuffat, cafetero, elegidos subdirectores en lugar de Rugimabaud y Barbán.

El decreto fue fijado muy temprano en la puerta de la casa, de manera que Costecalde, al salir para encaminarse a su oficina, recibiera el ultraje en pleno rostro. Vióse entonces cuánta razón había tenido Tartarín para proceder con tamaño rigor.

En el término de una o dos horas se reunieron y marcharon hacia la Residencia una veintena de descontentos, armados hasta los dientes, que gritaban:

-¡Abajo el Gobernador! ¡Muera! ¡Al Ródano! ¡Zou, Zou! ¡Dimisión, dimisión!...

Tras de la banda iba Excourbaniés, que gritaba más fuerte que los demás:

-¡Dimisión! ... Fen dé brut! ¡Dimisión! Desgraciadamente llovía, y a torrentes, lo que les obligaba a tener el paraguas en una mano y el fusil en la otra. Por 1o demás, el Gobierno

había tomado las medidas de rigor. Pasado el Pequeño Ródano, los insurgentes llegaron frente al fuerte y vieron lo siguiente:

En el primer piso, Tartarín se asomaba a la ventana abierta de par en par, con el winchester de treinta y dos tiros, y detrás de él sus fieles cazadores de gorras o conservas, el marqués de Espazettes en primera fila, tiradores que contaban cuatro y a trescientos pasos colocaban sus balas en el centro de la etiqueta de una lata de sardinas.

Abajo, en el portalón, el padre Bataillet, inclinado sobre su cañón, esperaba la orden del gobernador para hacer fuego. Tan formidable e inesperado era el aspecto de la artillería con la mecha encendida, que los insurgentes retrocedieron, y Excourbaniés, en uno de esos bruscos cambios de actitud que le caracterizaban, se puso a bailar frenéticamente lo que el llamaba cínicamente la danza del éxito al pie de la ventana de Tartarín y chillando a voz en cuello:

-¡Viva el gobernador! ¡Viva el Estado de cosas! ¡Metamos bulla!... ¡Ah, ah, ah!

Tartarín, desde su puesto, con el arma siempre al brazo, ordenó con voz vibrante:

-Vuelvan a casa, señores descontentos. Llueve a cántaros y no quisiera retenerlos por más tiempo bajo el agua. Mañana convocaremos a comicios a nuestro buen pueblo para preguntarle si quiere que continuemos en nuestro cargo. Hasta entonces, cuidado con lo que se hace, si no...

Al día siguiente se celebró el plebiscito y el antiguo Estado de cosas fue reelegido por una mayoría aplastante.

Unos días después, en contraste con esta agitación, se verificó el bautizo de la joven Likiriki, la princesita papua, hija del rey Negonko. Había sido instruida en el catecismo por el padre Bataillet, que concluyó así la obra de conversión comenzada por el padre Vezole. «¡Bendito sea Dios!»

La princesa, de piel amarilla, alhajada con sus collares de coral y cubierta ahora con un vestido de rayas azules confeccionado por la señorita Tournatoire, resultaba una monita deliciosa, bien moldeada, flexible y gordezuela.

Actuó de padrino el gobernador; y de madrina hizo la señora de Branquebalme.

Se le bautizó con los nombres de Marta María Tartarina. A causa del día espantoso, igual desde luego al anterior y a los siguientes, la ceremonia no pudo, realizarse en Santa María de las Palmeras, inundada por el agua y destrozado su techo de follaje desde hacía tiempo.

Reuniéronse para la fiesta en la sala de la ciudad, y puede suponerse los recuerdos que despertaría en el tierno corazón de Pascalón, que evocaba su padrinazgo junto con Clorinda de Espazettes.

En este pasaje de su diario, que nos limitamos a extractar, hay una huella de lágrimas y estas palabras casi invisibles: -¡Pobre de mí y pobre de ella!

fue al día siguiente del bautizo de Likiriki cuando se registró la espantosa catástrofe que... Pero los hechos revisten demasiada gravedad; dejemos otra vez la palabra a las memorias del director de la secretaría.

IV

CONTINUAN LAS MEMORIAS DE PASCALON.

4 de diciembre.-Hoy, segundo domingo de Adviento, el sacristán Galoffre, inspector de la marina, al girar su acostumbrada visita matinal a la chalupa, se encontró con que había desaparecido.

La argolla y la cadena habían sido arrancadas, y de la nave, ni rastro.

Al principio creyó que se trataba de alguna nueva fechoría de Negonko y su banda, de los que seguimos desconfiando, pero en el hoyo de la argolla arrancada descubrió, mojado por el agua y manchado de barro, un grueso sobre dirigido al Gobernador.

El citado sobre contenía las tarjetas de Costecalde, Barbán y Rugimabaud; en la tarjeta de Barbán habían firmado y se despedían cuatro milicianos: Casenigne, Bouillargue; Truphenus y Roquetaillade.

Desde hacía algunos días la chalupa estaba preparada y llena de provisiones para emprender una nueva expedición proyectada por el padre Bataillet. Los miserables se aprovecharon de esta oportunidad. Se lo llevaron todo, inclusive la brújula y sus fusiles.

¡y pensar que los tres primeros son casados, y dejan abandonadas a sus esposas y a una colección de hijos! ¡Pase que abandonaran así a las mujeres, pero a los niños!...

El sentimiento general de la colonia a raíz de este acontecimiento, fue el de un profundo estupor. Mientras se tuviera la chalupa, quedaba la esperanza de llegar al continente, de isla en isla, y se creía en la posibilidad de ir a buscar socorros. Ahora experimentamos la sensación de que se cortaron los puentes con el resto del mundo.

El padre Bataillet se ha encolerizado de un modo terrible, y ha invocado a todas las furias del cielo para que caigan sobre estos bandidos, ladrones, desertores. Excourbaniés iba de un lado a otro gritando que se les debió fusilar como a monos verdes y que, como represalia, convendría pasar por las armas a sus mujeres e hijos.

Únicamente el Gobernador conservaba su sangre fría.

-No exageremos -decía-. Después de todo, no dejan de ser tarasconeses. Compadezcámoslos y pensemos en los peligros que habrán de afrontar. Truphenus es el único que tiene algún conocimiento de la navegación a vela.

Luego tuvo la magnánima idea de considerar a los niños abandonados como hijos adoptivos de la colonia.

En el fondo, le creo muy feliz por haberse librado de su mortal enemigo y de sus acólitos.

Durante el día, Su Excelencia me ha dictado la orden del día siguiente, que ha sido fijada en la ciudad:

ORDEN

«Nos, Tartarín, gobernador de Port-Tarascón y sus colonias, gran cordón de la Orden, etc., etc.

«Recomendamos la mayor calma a la población.

»Los culpables serán perseguidos activamente y sometidos a todas las severidades de la ley.

«El director de la artillería y de la marina queda encargado de la ejecución del presente decreto.»

En una postdata, para replicar a ciertos malévolos rumores que circulan desde hace algún tiempo, me hizo agregar: «El ajo no faltará en ningún momento.»

6 de diciembre.-La orden del Gobernador ha producido el mejor efecto en la ciudad.

A mi juicio, cabía hacer esta reflexión: ¿perseguir a los culpables? ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿Con qué? Pero no en vano

tenemos un proverbio que dice: «El hombre por la palabra, el buey por los cuernos.» La raza tarasconesa es tan sensible a las bellas frases que nadie ha puesto en duda la palabra del Gobierno.

Un rayo de sol entre dos aguaceros ha venido a visitarnos, y ello nos ha puesto a todos contentos. En el paseo de Circunvalación hay baile y risas. ¡Ah, buen pueblo, cuán fácil eres de manejar!

10 de diciembre. -Un honor emocionante me ha sido dispensado: he sido promovido a la categoría de grande de primera clase.

Esta mañana, al ir a desayunarme, encontré el diploma bajo mi plato. El Gobernador se ha mostrado muy satisfecho de haber podido concederme esta alta distinción. Branquebalme, Beaumevieille y el Reverendo estaban tan encantados como yo por la nueva dignidad que me convierte en uno de, sus iguales.

Por la noche fui a casa de los de Espezettes, donde la nueva ya era conocida. El marqués me dio un abrazo en presencia de Clorinda, arrebolada de placer. Unicamente la marquesa pareció indiferente ante mis nuevos honores. A sus ojos, este manto de grande de primera clase no me ha realzado en lo más mínimo. ¿Qué será preciso para ello? ¡De primera clase, y a mi edad! ...

14 de diciembre.-Se ha producido algo tan extraordinario en el Gobierno, tan extraordinario que apenas me atrevo a consignarlo en mis memorias.

El Gobernador está enamorado.

¿Y de quién? No lo adivinarían jamás. ¡De su ahijadita, de la princesa Likiriki!

¡El, Tartarín, nuestro gran Tartarín, que ha rechazado tan hermosos partidos, que no quiere más esposa que la gloria, se ha enamorado de una monita! ¡Monita de sangre real, es verdad, regenerada por el agua del bautismo, pero salvaje como siempre, mentirosa, tragona y tan descocada en sus frases y costumbres! Sus vestidos son un andrajo, y si no llueve, se encarama en lo alto de un cocotero y se divierte arrojando a las cabezas desnudas de los colonos unos cocos duros como piedras. En poco estuvo que no mató así al venerable Miegeville.

Además, hay una gran diferencia en las edades. Tartarín anda por los sesenta, abunda en canas y cría abdomen. Ella tendrá quince años a lo sumo, la edad de la pequeña Fleurance de aquella canción nuestra que dice:

La tomó tan jovencita
Que aun no sabe vestirse.

¡Y a esta mocosa, a esta fierecilla isleña tendremos que aceptarla como soberana!

Hace algún tiempo que yo noté los primeros indicios. Entre otros, la indulgencia del Gobernador para con el padre, ese viejo bandido de Negonko, al que invitaba a menudo a nuestra mesa, a pesar de las cochinadas del inmundo gorila, que empleaba los dedos para comer y se atiborraba de aguardiente hasta rodar bajo la silla.

Tartarín calificaba todo esto de «alegría sencilla y cordial», y si la princesita, a imitación de su padre, hacía alguna diablura que nos dejaba fríos a todos, nuestro buen patrón sonreía, la amparaba con mirada paternal, y pedía que se la disculpara, diciendo:

-Es una criatura...

Con todo, a pesar de estos síntomas y otros más probatorios aun, me resistía a creerlo, pero la duda ya no es posible. 18 de diciembre.

-Esta mañana, en el Consejo, el Gobernador nos ha declarado su intención de casarse con la princesita papua.

Ha invocado como pretexto la política, hablando de un casamiento de conveniencias y de los intereses de la colonia: Port-Tarascón estaba aislado, perdido en el océano, y sin alianzas. Al casarse con la hija del rey Negonko, nos proporcionaba una flota y un ejército.

Ningún consejero ha hecho objeciones.

Excourbaniés, el primero como siempre, mostró en seguida un arrebatado entusiasmo.

-¡Bravo, magnífico! ¿Para cuándo la boda? ¡Ah, ah, ah! Por la noche en la ciudad, sabe Dios las infamias que irá diciendo.

Librodot

Cicerón Branquebalme, por costumbre inveterada, ha dividido sus impecables razonamientos en pro y en contra -«si de una parte la colonia, conviene decir, por otra parte... verum enim vero...»- y finalmente ha compartido la opinión del Gobernador.

Beaumavieille y Tournatoire también se han manifestado de acuerdo con Su Excelencia. Y en cuanto al Padre Bataillet, parecía estar ya al corriente del asunto, y no ha protestado.

Lo cómico, eran los semblantes hipócritas de todos nosotros que fingimos creer, con un silencio de aprobación, en los intereses coloniales invocados por Tartarín.

De pronto, sus ojos se humedecieron con lágrimas de gozo, y dulcemente nos dijo:

-Además, amigos míos, eso no es todo... Me he enamorado de la pequeña.

fue tan sencillo y tan conmovedor, que a todos nos cautivaron sus palabras.

-¡Bien, muy bien! ¡Haga lo que quiera, Gobernador!

Y lo rodeamos entrechándole calurosamente las manos. 20 de diciembre. -El proyecto del Gobernador ha sido discutido en la ciudad, y se le ha juzgado menos severamente de lo que creíamos. Los hombres lo comentan alegremente, a la tarasconesa, con esa chispa de malicia que acostumbramos a usar cuando hablamos de cosas de amor.

Las mujeres se muestran generalmente más hostiles, en especial el grupo de la señorita Tournatoire. Si deseaba casarse, ¿por qué no elegir entre las mujeres de la nación? Muchas, al hablar así, pensaban en sí mismas o en sus hijas.

Excourbaniés, que llegó a la ciudad por la noche, se puso de parte de las damas y se complació en señalar los puntos flacos del futuro matrimonio: ese suegro sin educación, borracho, caníbal; luego la prometida, tan ruda como el padre, y que, según todas las apariencias, había comido carne de tarasconés. Tartarín debió pensarlo mejor.

Al oír hablar al traidor, sentí que la indignación me sublevaba, y abandoné el salón por miedo a tener que arrojarle un plato a la cara. ¡Tenemos vivo el genio en Tarascón, outre!

Al salir de allí, entré en casa de los de Espazettes. La marquesa, muy débil aún, siempre acostada y siempre enemiga de la sopa de ajo, me ha dicho tan pronto como me vio: «Y bien, señor chambelán, ¿tendremos' damas de honor junto a la nueva reina?»

Parecía deseosa de reír, y de pronto se me ocurrió la idea de que había allí algo conveniente para nosotros. Dama de honor o dama de palacio... Clorinda habitaría en la Residencia, nos podríamos ver a todas horas... ¿Será posible tanta dicha?

A mi regreso, el Gobernador acababa de acostarse, pero no quise esperar al día siguiente para hablarle de mi proyecto, que encontró políticamente bueno. Quedéme hasta muy tarde junto al lecho, hablándole de sus amores y de los míos.

25 de diciembre. - Anoche, víspera de Navidad, toda la colonia se reunió en el gran salón, con el gobierno y los dignatarios, y celebramos nuestra bella fiesta provenzal, a cinco mil leguas de distancia de la patria.

El padre Bataillet ha dicho la misa de galio, y luego hemos realizado el cache-feu, ceremonia que consiste en pasear por el recinto un leño que empuña el más viejo de los presentes y que luego arroja al fuego de la chimenea, rociado con vino blanco.

La princesa Likiriki asistía, muy divertida, a todas estas ceremonias y mordisqueaba sin cesar los turrones, tortas, pasteles y demás golosinas locales que el ingenioso confitero Bouffartigue había distribuido sobre la mesa.

Entre animación y risas cantamos viejos villancicos:

Con sus grandes ojos negros
El Rey nuevo ha venido.
Nuestro niño Jesús llega
Y él a entrar no se ha atrevido.

Librodot

Estos cantos, los dulces, y el gran fuego en torno al cual hacíamos ruedo, nos traían recuerdos del país lejano, pese al ruido del agua que sonaba sobre el techo y los paraguas que seguían abiertos en el salón a causa de las goteras.

El padre Batillet se ha puesto al armonio y ha entonado la bella canción de Federico Mistral, Juan de Tarascán, prisionero de los corsarios, que es la historia de un tarasconés que, caído en manos de los turcos, adoptó el turbante sin escrúpulos y, cuando estaba por casarse con la hija del bajá, oyó en la orilla cantar en provenzal a los marineros de una barca tarasconesa. Entonces,

Como el agua salta al golpe del remo
Una lágrima nació en su corazón.
Tuvo rabia de estar entre turcos,
Y el sin patria en su patria pensó...

Al compás del verso «como el agua salta al golpe del remo», un sollozo nos ha sacudido a todos. El propio Gobernador tenía arrasados de lágrimas los ojos e inclinada la cabeza, y el gran cordón de la Orden subía y bajaba sobre su pecho de atleta.

Presiento que esta canción del gran Mistral hará que cambien muchas cosas...

29 de diciembre. -Hoy, a las diez de la mañana, se ha celebrado la boda de Tartarín, Gobernador de Port-Tarascón, con la princesa real Likiriki.

Han firmado el contrato S. M. Negonko, por medio de una cruz, los directores y los grandes dignatarios de la colonia, y después se ofició la misa en el salón.

Ceremonia muy sencilla, muy digna, con los milicianos de uniforme y todo el mundo en traje de gala. Negonko era la única mancha. Su conducta como rey y como padre ha sido lastimosa.

La princesa, muy linda con su vestido blanco y su adorno de corales, estuvo irreprochable.

Por la noche, gran fiesta, doble ración de víveres, cañonazos, salvas de nuestros tiradores de conservas, y vivas, y cantos y una alegría universal.

¡Y sigue lloviendo! ¡De qué modo! ...

V

APARICION DEL DUQUE DE MONS. - LA ISLA BOMBARDEADA. - NO ERA EL DUQUE DE MONS. - DOCE HORAS DE PLAZO PARA EVACUAR LA ISLA Y SIN CHALUPA. - EN LA MESA DE TARTARIN JURAN TODOS SEGUIR AL GOBERNADOR EN SU CAUTIVERIO.

-¡Vé, vé!... ¡Un barco en la rada!

A este grito lanzado una mañana por el miliciano Berdoulat, ocupado en buscar huevos de tortuga bajo una lluvia torrencial, los colonos de Port-Tarascón se asomaron por las aberturas de su cenagosa arca, y repitieron con mil gritos el aviso:

-¡Un barco!... ¡Vé, vé! ¡Un barco!

Por puertas y ventanas, y haciendo múltiples cabriolas, como en una pantomima inglesa, la multitud se precipitaba a la playa que llenaba con algo así como un mujido de lobos marinos.

El gobernador acudió inmediatamente, y mientras concluía de abotonarse la chaqueta, mostrábase muy ufano bajo aquel diluvio, entre su pueblo refugiado en los paraguas.

-Bien, amigos míos, ¿no les decía que volvería? ¡Es el duque!

-¿El duque?

-¡Claro que sí! ¿Quién ha de ser, si no? Sí, nuestro buen duque de Mons, que viene a abastecer su colonia, a traernos armas, instrumentos de trabajo y los brazos que no he cesado de reclamarle.

Era curioso ver en aquel momento las caras azoradas de los que se habían manifestado más furiosos contra el «puerco del belga», pues muy pocos tenían la desvergüenza de Ex-courbaniés, que alborotaba la playa, gritando: «¡Viva el duque de Mons! ¡Ah, ah, ah! ... ¡Viva nuestro salvador! ... »

Entre tanto, un buque de alto porte, imponente, avanzaba en la rada. Hizo sonar la sirena, largó vapor y dejó caer el ancla estrepitosamente, pero lejos de la playa, por temor, sin duda, a los bancos de coral. Luego quedó inmóvil, bajo la lluvia y el silencio.

Los colonos comenzaban a extrañarse de la poca prisa que sentían las gentes del barco por contestar a sus aclamaciones y a los saludos de paraguas y sombreros. Comenzaba a parecerles muy frío el noble duque.

-Indudablemente, no debe de estar seguro de que seamos nosotros.

-O bien nos tiene antipatía por las cosas que se han dicho de él.

-Yo nunca dije nada contra el señor duque.

-Ni yo tampoco.

-Lo mismo digo yo.

Tartarín, en medio de la confusión general, no perdió la serenidad. Impartió la orden de izar la bandera en el mástil de la Residencia y de afirmar los colores con un cañonazo.

Retumbó el cañonazo y la enseña tarasconesa ondeó en el aire.

En el mismo instante una espantosa detonación estremeció la rada y una densa humareda envolvió al buque, mientras una especie de pájaro negro pasó encima de las cabezas con un ronco silbido y fue a chocar contra el techo del almacén, que saltó en pedazos.

Hubo un momento de estupor.

-Pero... ¡Se diría que nos están ti... rando! -exclamó Pascalón.

Ante el ejemplo del Gobernador, toda la colonia se había echado de bruces en la playa.

-Entonces, no será el duque -decía por lo bajo Tartarín a Cicerón Branquebalme, que tirado sobre el barro junto a él, creyó útil pronunciar uno de sus vigorosos discursos, «que si de una parte era verosímil... de otra parte podía decirse también... »

La llegada de un nuevo obús interrumpió su razonamiento. El padre Bataillet se irguió de un salto; con voz furiosa llamó al sacristán Galoffre, su ayudante, y declaró que entre los dos iban a contestar adecuadamente a la agresión.

-Se lo prohibo terminantemente -le gritó Tartarín-. ¡Qué imprudencia! ¡Sujétenle! ¡Impídanle que haga fuego! Torquebieu y el propio Galoffre tomaron al reverendo cada uno por un brazo y lo obligaron a echarse de bruces como todo el mundo, precisamente en el momento que partía del buque un tercer cañonazo en dirección a la bandera tarasconesa. Visiblemente la tenían con los colores nacionales. Tartarín lo comprendió; comprendió también que desaparecido el pabellón cesarían de llover los obúses, y con toda la potencia de sus pulmones, rugió:

-¡Arriad la bandera!

E inmediatamente, todos gritaron como él: -¡Arríen la bandera! ¡Pronto, arríen la bandera!

Pero nadie la arriaba; ni los colonos ni los milicianos se atrevían a ir allá arriba para cumplir tan peligrosa operación. Nuevamente, la doncella Alric fue la que se ofreció. Escaló el techo y bajo del tope el malaventurado pabellón.

Desde entonces el barco cesó de hacer fuego.

Momentos después, dos chalupas llenas de soldados, cuyas armas se veían brillar a lo lejos, se desprendían del navío y marchaban hacia la playa.

A medida que se acercaban se distinguían mejor los colores ingleses, que ondeaban en la popa de las embarcaciones, rozando la estela de agua.

Como la distancia era grande, Tartarín tuvo tiempo de sacudirse las manchas de barro de su ropa, y de hacerse traer el gran cordón de la Orden, que se terció en el pecho sobre su casaca verde.

Tenía un decoroso aspecto de gobernador cuando las dos chalupas llegaron a la playa.

Un oficial inglés, altivo, y tocado con un casco de batalla, saltó a tierra y tras él se alinearon los marineros, en cuyas' gorras llevaban la inscripción Tomahawk, y una compañía de desembarco.

Tartarín, muy digno, con la severidad de los grandes días, esperaba al oficial. Tenía a su derecha al padre Bataillet y a su izquierda a Branquebalme.

Excourbaniés, por su parte, en vez -de permanecer junto a ellos, se precipitó al encuentro de los ingleses, dispuesto a bailarles una primitiva danza de homenaje.

Pero el oficial de Su Graciosa Majestad, sin parar mientes en el fantoche, marchó directamente hacia Tartarín y preguntó en inglés:

-¿Qué nacionalidad? -Tarasconesa.

El oficial abrió unos ojos grandes como platos al oír el nombre de un pueblo que jamás había visto en carta marina alguna, y preguntó con la mayor insolencia:

-¿Qué hacen ustedes en esta isla? ¿Con qué derecho la han ocupado?

Branquebalme, desconcertado, tradujo la pregunta a Tartarín, quien le ordenó:

-Dígale que la isla es nuestra, Cicerón; que el rey Negonko nos la ha cedido y que tenemos un tratado en debida forma.

Branquebalme no tuvo necesidad de continuar su papel de intérprete. El oficial se volvió hacia el Gobernador y dijo en excelente francés:

-¿Negonko?... Jamás oí ese nombre. No hay tal rey Negonko.

En seguida Tartarín dio orden de buscar por todas partes a su real suegro y de traerlo allí.

Entretanto, propuso al oficial inglés que lo acompañara hasta el Gobierno, donde le mostraría toda la documentación. El oficial aceptó y se puso en marcha, dejando de guardia en las chalupas a sus soldados, alineados arma al brazo y la bayoneta calada. ¡Y qué bayonetas! ... Brillantes y con un filo que ponía la carne de gallina.

-¡Calma, amigos míos, calma! -murmuraba Tartarín al pasar junto a los colonos.

Recomendación inútil, excepto para el padre Bataillet, que seguía rabiosísimo. Pero no se le perdía de vista.. -¡Si no se contiene, mi reverendo, lo ato de brazos y piernas! -le decía Excourbaniés, loco de terror.

Se buscó a Negonko, se le llamó vanamente por todas partes. Un miliciano lo encontró, al fin, en el fondo del almacén, roncando entre dos toneles, ebrio de ajo, de aceite de lámpara y de alcohol de quemar, cuyas reservas había absorbido casi por completo.

En tal estado, pegajoso y maloliente, lo llevaron ante el gobernador, pero fue imposible sacarle una sola palabra. Entonces Tartarín leyó el tratado en alta voz, exhibió la cruz con que había firmado Su Majestad y los sellos del Gobierno y de los grandes dignatarios de la colonia.

-Si este documento no probaba los derechos de los tarasconeses a la isla, no lo probaría nada en el mundo.

El oficial se encogió de hombros.

-Este salvaje, señor, es un vulgar ladronzuelo. Le ha vendido a usted lo que no le pertenece. La isla, desde hace tiempo, es una posesión inglesa.

Ante esta declaración, a la cual los cañones del Tomahawk y las bayonetas de los soldados de marina prestaban un valor considerable, Tartarín juzgó inútil toda discusión, y se contentó con hacerle una terrible escena a su indigno suegro.

-¡Viejo granuja! ¿Por qué nos has dicho que la isla era tuya? ¿Cómo te atreviste a vendérnosla? ¿No te avergüenza el haberte burlado de personas honradas?

Negonko continuaba mudo y embrutecido, volatilizada su corta inteligencia de salvaje en los vapores del ajo y del alcohol.

-¡Llévenselo! -dijo Tartarín a los milicianos que lo habían traído. Y volviéndose hacia el oficial inglés que había permanecido rígido e impasible en el transcurso de esta escena de familia, agregó:

-De todos modos, señor, creo que mi buena fe no está en tela de juicio.

-Los tribunales ingleses decidirán... -respondió el otro con la altanería de siempre-. Desde este momento es usted

mi prisionero. En cuanto a los habitantes, es menester que en el plazo de veinticuatro horas abandonen la isla, de lo contrario serán pasados por las armas.

-Outre!. . . ¡Pasados por las armas! -exclamó Tartarín-, Pero, ¿cómo quiere que evacúen la isla si no tenemos bote alguno? A menos que lo hagan a nado...

Al fin consiguió hacer entrar en razón al inglés, que accedió a tomar los colonos a bordo hasta Gibraltar, bajo condición expresa de que harían entrega de todas las armas, incluso las escopetas de caza, los revólveres y el winchester de treinta y dos tiros.

Después de lo cual partió para almorzar en la fragata, dejando una patrulla para custodiar al gobernador.

Era también hora de almorzar en el Gobierno, y como después de haber buscado a la princesa en todas las palmeras y cocoteros de la Residencia no se la encontrara por parte alguna, las autoridades se sentaron dejando su lugar vacío.

Estaban todos tan conmovidos que el padre Bataillet se olvidó del Benedícite.

Hacía algún rato que comían en silencio, casi pegada la nariz a los platos, cuando de pronto Pascalón se puso en pie y, levantando el vaso, habló así:

-Señores, nuestro Go... bernador es pri... pri... sionero de guerra. ¡Juremos todos seguirle en su cau... cau... cau!...

Sin esperar el fin de la palabra, los restantes consejeros se levantaron también y con los vasos en alto, gritaron entusiásticamente:

-¡De acuerdo!

-¡Que si lo seguiremos! ¡Ira de Dios! -¡Sin duda alguna! ¡Hasta el cadalso!

-¡Ah, ah, ah! ¡Viva Tartarín! -chilló Excoubraniés. Una hora después, con la excepción de Pascalón, todos habían abandonado a Tartarín, todos, hasta la propia princesita Likiriki, milagrosamente encontrada en el techo de la Residencia. Se había refugiado allí al primer cañonazo, sin darse cuenta del peligro que corría y tan locamente asustada, que sus damas de honor no pudieron decidirla a que bajase más que mostrándole una lata de sardinas abierta, como se ofrece una golosina a una cotorra escapada de la jaula.

-Mi querida niña -le dijo Tartarín solemnemente cuando estuvo a su lado-; soy un prisionero de guerra. ¿Qué prefieres, venir conmigo o quedarte en la isla? Creo que los ingleses te dejarán estar aquí, pero en ese caso no me verás más.

Sin vacilar, mirándolo fijamente, Likiriki respondió con un gorjeo claro e infantil:

-Yo quedarme isla, siempre.

-Está bien, eres libre -dijo Tartarín resignado, aun cuando en el fondo el pobre hombre se sentía infinitamente angustiado.

Por la noche, en la soledad de la Residencia, abandonado por su mujer y por sus dignatarios y sin más adhesión que la de Pascalón, permaneció largo tiempo en la ventana abierta.

A lo lejos parpadeaban las luces de la ciudad, oíanse voces irritadas, las canciones de los ingleses acampados en la playa, y el murmullo del Pequeño Ródano, muy crecido por las lluvias.

Tartarín cerró la ventana con un profundo suspiró y, mientras se ceñía la cabeza con un grueso pañuelo de algodón, dijo a su fiel secretario:

-Cuando todos han renegado de mí, ni me ha pesado ni me ha sorprendido, pero esa chiquilla... ¡ay! Pensé que me quería un poco más.

El bueno de Pascalón trató de consolarlo. Después de todo una princesa sería carga muy pesada para llevar a Tarascón... porque, en resumidas cuentas, un día u otro tendrían que llegar a Tarascón, y cuando Tartarín reanudara su existencia de antaño, su esposa papua llegaría a molestarle, a avergonzarle quizá.

-Recuerde usted, mi buen maestro, cuando regresó de Argelia, con aquel ca... ca... mello. ¡Cuántos disgustos no le dio!...

De repente, Pascalón se interrumpió y se puso muy colorado. ¡Buena idea tuvo en comparar un camello con una princesa de sangre real! Y para reparar lo que había de irreverente en sus palabras, hizo notar a Tartarín la analogía de su situación con la de Bonaparte prisionero de los ingleses y abandonado por María Luisa.

-En efecto -opinó el gobernador muy orgulloso; y la identidad de los dos destinos, le hizo pasar una noche excelente.

Al día siguiente, Port-Tarascón era evacuada con gran contento de los colonos. Los ahorros perdidos, las hectáreas ilusorias, el gran golpe de banca del «puerco del belga» que los había sacrificado inicuamente, todo les tenía sin cuidado ante el alivio de dejar, por fin, aquel infierno.

Fueron embarcados los primeros para evitar cualquier posible conflicto con el Estado de cosas, al que hacían ahora responsable de sus desventuras.

Cuando los llevaban a las chalupas, Tartarín salió un momento a la ventana, pero hubo de retirarse en seguida ante los siseos, los insultos y los puños amenazadores tendidos hacia él.

A buen seguro que en un día de sol los tarasconeses se habrían mostrado más indulgentes, pero ahora el embarque se hacía bajo una lluvia torrencial, los infelices pataleaban en el fango, arrastrando en las suelas kilos de aquella tierra maldita, y los paraguas apenas bastaban para guarecer el minúsculo bagaje que cada uno llevaba en la mano.

Cuando todos los colonos hubieron abandonado la isla, le tocó el turno a Tartarín.

Desde muy de mañana, Pascalón anduvo agitadísimo, preparándolo todo y reuniendo en legajos los archivos de la colonia.

A última hora se le ocurrió una idea genial, y preguntó a Tartarín si debía ponerse el manto de primera clase para subir a bordo.

-Creo que sí, Pascalón. Eso les impresionará -respondió el Gobernador.

El, a su vez, se puso el gran cordón de la Orden.

Abajo se oía el chocar de las culatas de los fusiles de la escolta y la voz dura del oficial:

-¡Señor Tartarín! ¡Vamos, señor gobernador!

Antes de bajar, Tartarín echó una última mirada en torno suyo, a aquella casa en la que tanto había amado y sufrido, y en la que había conocido todos los sinsabores del poder y de la pasión.

Al ver que el jefe de su secretaría escondía bajo el manto un cuaderno, inquirió de qué se trataba, quiso ver, y Pascalón tuvo que hacer a su amo la confesión de sus memorias:

-Pues bien, continúa, hijo mío -dijo dulcemente Tartarín pellizcándole la oreja como hacía Napoleón con sus granaderos-. Tú serás mi pequeño Las Cases.

La semejanza de su destino con el de Napoleón le preocupaba desde la víspera. Sí, era casi idéntico... Los ingleses, María Luisa, Las Cases... Una verdadera analogía de circunstancias y de tipos. ¡Y ambos del Mediodía, pícara suerte!

LIBRO TERCERO

I

DE LA RECEPCION QUE LOS INGLESES HICIERON A TARTARIN EN EL «TOMAHAWK». - ULTIMO ADIOS A PORTTARASCON. - CONVERSACION DEL GOBERNADOR CON SU PEQUEÑO LAS CASES. -SALVAMENTO DE COSTECALDE. -LA MUJER DEL COMODORO. - TARTARIN CAZA SU PRIMERA BALLENA

La digna actitud de Tartarín, cuando pisó la cubierta del Tomahawk, impresionó evidentemente a los ingleses, sobre todo por el gran cordón de la Orden, con la Tarasca bordada, y cruzada al pecho como un símbolo masónico. No menos impresión les produjo el manto rojo y negro de grande de primera clase que de pies a cabeza envolvía a Pascalón.

Los ingleses sienten, por encima de todo, un gran respeto por la jerarquía, el funcionarismo y el mabulismo (de maboul, en lengua árabe: el inocente, el buen chiflado).

En el portalón del barco, Tartarín fue recibido por el oficial de guardia y conducido, con la mayor deferencia, a una de las cabinas de primera clase. Pascalón lo siguió y fue bien recompensado por su fidelidad, pues se le asignó la cámara contigua a la del gobernador, en vez de sepultarlo en el entrepuente como a los demás tarasconeses, hacinados allí como simple ganado, incluso el estado mayor de la isla, que había merecido aquel castigo por su deserción y su cobardía.

Entre el camarote de Tartarín y el de su secretario había un pequeño salón adornado con divanes, panoplias y plantas exóticas, y un comedor en el cual das bloques de hielo colocados en las rinconeras mantenían el ambiente constantémente fresco.

Un mayordomo y dos o tres sirvientes atendían a la persona de Su Excelencia, que aceptaba estos honores con la más perfecta sangre fría, y a cada nueva atención contestaba «perfectamente» en un tono de monarca habituado a todos los respetos y delicadezas.

En el momento de levar anclas, Tartarín subió a cubierta, a pesar de la lluvia, para dar el último adiós a la isla.

Port-Tarascón se le apareció confusamente, en la bruma, pero bastante visible a través de la cortina gris, para que pudiera distinguir al rey Negonko y a sus bandoleros saqueando la ciudad y la Residencia, y bailando en la playa una danza desenfrenada.

Los catecúmenos del padre Bataillet, tan pronto como el misionero y los religiosos hubieron partido, volvían a sus buenos instintos primitivos.

Pascalón creyó reconocer, en medio de la danza, a la graciosa Likiriki, pero guardó el descubrimiento para sí, por temor de afligir a su buen patrón, a quien, por lo demás, todo aquello parecía no impresionarle demasiado.

Muy tranquilo, con las manos a la espalda, en una histórica y marmórea actitud, el héroe tarasconés miraba sin ver, por instantes más preocupado en realizar las analogías de su destino con el de Napoleón y sorprendido de descubrir entre el gran hombre y él mil puntos de semejanza y hasta debilidades comunes en las que convenía sin reparos.

-Vea usted -decía a su pequeño Las Cases-; Napoleón tenía terribles accesos de cólera; yo también, sobre todo en mi juventud. Recuerdo, por ejemplo, que una vez, en el café de la Comedia, discutiendo con Costecalde, partí de un puñetazo su taza y la mía en mil pedazos...

-¡Bonaparte en Leoben! -comentaba tímidamente Pascalón.

-Exactamente, hijo mío -ratificó Tartarín con afable sonrisa.

Opinaba que el Emperador y él se parecían, sobre todo, en la imaginación, en su fogosa imaginación meridional. Napoleón la tenía grandiosa, desbordante, según atestiguaban su campaña de Egipto, sus correrías por el desierto en un camello -otra semejanza curiosa el tal_ camello- su campaña de Rusia y su sueño de conquistar las Indias.

En cuanto a él, ¿no era la existencia de Tartarín un sueño ininterrumpido y fabuloso? Los leones, los nihilistas, la Jungfrau, el gobierno de una isla a cinco mil leguas de Francia... En forma alguna negaba la superioridad del Emperador, desde ciertos puntos de vista, pero él, al menos, no había hecho verter sangre, ¡ríos de sangre! El no había aterrado al mundo, como el otro...

La isla desapareció en lontananza, y Tartarín, acodado en la borda, seguía hablando en alta voz para la galería, para los marineros, y para los oficiales de guardia que se habían acercado.

A la larga, hacíase fastidioso. Pascalón solicitó su autorización para ir a la proa y mezclarse con los tarasconeses a fin, decía, de saber algo de lo que pensaban del Gobernador

y, sobre todo, con la esperanza de deslizar algunas palabras de consuelo al oído de su amada Clorinda.

Una hora después, al regresar, encontró a Tartarín tumbado en el diván del salón, luciendo sus calzoncillos de franela y con un pañuelo a la cabeza, como allá, en Tarascón, en su casita de Cours.

Se disponía a cargar la pipa junto a un delicioso sherrygobbler.

Con un humor adorable, el maestro preguntó:

-Y bien: ¿qué te han dicho de mí esas buenas gentes? Pascalón no ocultó que todos le habían parecido «muy excicitados».

Apilados en el entrepuente de proa a manera de ganado, mal nutridos, y duramente tratados, estimaban que el gobernador era el causante de todos sus infortunios.

Pero Tartarín se encogió de hombros. Conocía a su pueblo: aquello desaparecería a la primera mañana de sol. -Creo que, en realidad, no son del todo malos -dijo Pascalón-, pero es ese granuja de Costecalde quien los saca de quicio.

-¿Costecalde, dijiste? ¿De dónde deduces que Costecalde está a bordo?

Tartarín se había turbado al oír ese nombre funesto. Pascalón le explicó cómo su enemigo, encontrado y recogido en el mar por el Tomahawk en una canoa, medio muerto de hambre y de sed, había señalado traidoramente la presencia de una colonia provenzal en territorio inglés, y guiado el buque hasta la rada de Port-Tarascón.

Los ojos de Tartarín echaban chispas.

-¡Canalla! ¡Bribón!

El Gobernador se calmó al saber las siniestras aventuras del ex director y sus acólitos.

¡Truphenus ahogado! ¡Los otros tres milicianos, al bajar a tierra en busca de agua, apresados por los antropófagos! ¡Barbán muerto de inanición en el fondo de la barca! En cuanto a Rugimabaud, devorado por un tiburón.

-¡Ah, va¡, un tiburón! Di más bien que habrá sido ese infame Costecalde.

-Lo más extraordinario de todo, señor Gob...nador es que Costecalde pretende haber encontrado en alta mar, durante una tempestad, bajo los rayos... ¿Adivina qué?...

-¿Qué diablos quieres que adivine?

-¡La Tarasca, la Gran madre! -¡Qué impostura!

Después de todo, ¿quién sabe? El Tutu-panpan puede haber naufragado, o quizá un golpe de mar se llevó la Tarasca que estaba amarrada en la cubierta.

El mozo vino a presentar el menú al gobernador que se sentaba a la mesa instantes después, con su secretario, frente a una excelente comida, rociada con champaña, y en la que figuraban soberbias tajadas de salmón, un roatsbeef admirablemente asado, y para postre un

pudding muy sabroso. Tartarín lo encontró tan bueno que hizo llevar una parte al padre Bataillet y a Branquebalme; en cuanto a Pascalón, -confeccionó algunos sandwiches de salmón, que puso aparte. ¿Hace falta decir para quién?

A partir del segundo día de navegación, cuando ya la isla no estaba a la vista, apareció el buen tiempo. Diríase que Port-Tarascón era en el archipiélago un depósito aislado de nieblas y lluvia.

Por la mañana, después del almuerzo, Tartarín subía a cubierta y se instalaba en un sitio, el mismo siempre, para hablar con Pascalón. Lo propio hizo Napoleón, a bordo del Northumberland. También tenía su lugar favorito, aquel cañón en el que se apoyaba y que se llamó el cañón del Emperador.

¿Pensaba en ello el ilustre tarasconés? ¿Había premeditado esta coincidencia? Tal vez, pero aunque así sea ello, no debe disminuirlo a nuestros ojos. ¿Acaso Napoleón al entregarse a Inglaterra, no pensaba en Temístocles, sin intentar disimularlo? «Vengo aquí como Temístocles...»

¿Y quién sabe si el mismo Temístocles, cuando fue a la patria de los persas?... ¡La humanidad es tan vieja, está tan manoseada! Váyase a donde se vaya, encontramos las huellas de alguien...

Por lo demás, los detalles que Tartarín ofrecía a su pequeño Las Cases no recordaban en nada la existencia de Napoleón, y eran en un todo personales, de propiedad exclusiva, de Tartarín de Tarascón.

Rememoraba su infancia, sus precoces aventuras al regresar del círculo, por la noche, su devoción infantil por las armas y la caza de fieras, y, por encima de todo, su buen sentido latino que no le abandonaba nunca, ni aún en sus escapadas más locas, aquella voz interior que le decía: «Vuelve temprano a casa... no te resfríes.»

Evocaba también un recuerdo casi olvidado. Durante una excursión al puente del Garda, una viejísima gitana le dijo, después de examinarle las líneas de la mano: «Algún día serás rey». ¡Cuánto hizo reír este horóscopo a todo el mundo! Y, sin embargo, debía realizarse con el tiempo.

Aquí el gran hombre interrumpió el relato: -Observarás que te digo estas cosas, al azar, tal como acuden a mi memoria, pero creo que tal vez te sean útiles para tus memorias...

-¡Ya lo creo! -dijo Pascalón, pendiente de los labios de

su héroe, mientras una media docena de guardias marinas, agrupados en torno a Tartarín, escuchaban boquiabiertos su narración.

- El oyente más atento era la esposa del comodoro, una criolla muy joven, suave y delicada, que se hallaba extendida, a corta distancia, sobre una silla de tijera. Era la suya una actitud de abandono, y tenía una palidez cálida de magnolia, y unos grandes ojos negros, dulces, profundos y pensativos. Diríase que bebía una a una las palabras de Tartarín.

Orgulloso de contemplar a su maestro escuchado tan apasionadamente, Pascalón ansiaba verlo más glorioso aún, y le invitó a referir sus cacerías de leones, su ascensión a la Jungfrau y la defensa de Pamperigouste.

Y el héroe, con su bondad de siempre, se prestó de todo corazón al inocente parloteo, dejándose hojear como un libro abierto, pero un libro de imágenes, ilustrado por su expresiva mímica tarasconesa y los pan pan de sus aventuras de caza.

La criolla, acurrucada en su asiento, temblaba cuando Tartarín encrespaba la voz, y su emociones se revelaban. en un leve matiz de rosa que coloreaba su delicada tez de acuarela.

Cuando el marido, el comodoro, un Hudson Lowe de hocicos huraños, venía en su busca para acompañarla al camarote, ella suplicaba: «No, todavía no... Un momento más... », y dirigía una mirada al gran hombre de Tarascón, que no había dejado de advertir la atención de que era objeto. Entonces, como si fuera para ella, levantaba la voz y ponía algo más de gallardía en la actitud y en la entonación.

Librodot

A veces, de regreso a su camarote, después de tales sesiones, preguntaba a Pascalón con cierta negligencia: -¿Qué te ha dicho la mujer del comodoro? ¿Apostaría que se trataba de mí, eh?

Efectivamente, ma...estro. La señora me decía que ha oído hablar mucho de usted.

-No me extraña -observó simplemente Tartarín-; soy bastante popular en Inglaterra.

Otra analogía con Napoleón.

Una mañana en que subió temprano a cubierta, le sorprendió no encontrar a su criolla como de costumbre. Sin duda, el mal tiempo, la temperatura elevada y el oleaje que salpicaba la toldilla, le habrían impedido salir, dados su delicada salud y su temperamento impresionable.

La cubierta y la tripulación parecían contagiadas de la agitación del mar.

Se había visto una ballena, hecho bastante raro en aquellos parajes. No tenía fosas nasales, ni arrojaba chorros de agua, detalles por lo que unos marineros pretendían reconocer a una hembra, y otros a una ballena de especie particular. No había acuerdo.

Como seguía la estela del buque, sin alejarse, un delegado de los guardias marinas fue a solicitar permiso al comandante para pescarla. Huraño como siempre, negó el permiso alegando que no se podía perder tiempo, y únicamente dio autorización para disparar contra el cetáceo algunos tiros de fusil.

-Se encontraba a doscientos cincuenta o trescientos metros del barco, y aparecía o desaparecía, según las ondulaciones de las aguas, muy movidas y que hacían el blanco muy difícil.

Después de algunos disparos, cuyos efectos anunciaban los gavieros desde las cuerdas, no había sido aun alcanzada, y continuaba en sus cabriolas, al ras del agua, bajo la mirada atenta de todos, incluso de los tarasconeses, que tiritaban en la proa, empapados de pies a cabeza y más expuestos a los golpes de mar que los caballeros de la popa.

En medio de los jóvenes oficiales que ensayaban su puntería, Tartarín juzgaba los tiros:

-Demasiado lejos... Demasiado corto...

-¿Si tirara usted, ma...estro? -invitó Pascalón.

En seguida, con la presteza de la juventud, un guardiamarina se volvió hacia Tartarín:

-¿Quiere tirar, señor gobernador?

Y le ofreció la carabina. Resultó impresionante la elegancia con que Tartarín tomó el arma, la sopesó y se la echó a la cara, mientras Pascalón preguntaba, orgulloso y tímido:

-¿Cuántas veces contará para la ballena?

-No he tirado mucho a este género de caza -respondió el héroe-, pero creo que puede contarse hasta diez. Después de apuntar y contar hasta diez, hizo fuego y devolvió el arma al oficial.

-Creo que la ha tocado -dijo el guardiamarina.

-¡Hurrah! -gritaron los marineros.

-Me lo figuraba -asintió Tartarín, modestamente.

Pero, en ese momento, alaridos espantosos poblaron el aire, y se produjo una furiosa tremolina que hizo acudir alarmado al comandante, convencido de que el buque había sido asaltado por una banda de piratas. Los tarasconeses de la proa, agitados por una exaltación común, gritaban, gesticulaban y brincaban al unísono, ahogando el ruido del viento y de las olas.

-¡La Tarasca! ¡Ha tirado contra la Tarasca! ... ¡Ha tirado contra la Gran madre!

-Outre! ¿Qué dice esa gente? -inquirió Tartarín, muy pálido.

A diez metros tan solo del navío ahora, la Tarasca de Tarascón, el ídolo monstruoso, mostraba sobre las olas verdes su lomo escamoso, su cabeza quimérica, su risa feroz y sus ojos sangrientos.

Librodot

Hecha con madera muy dura y sólidamente construída, soportaba el embate de las olas desde el día en que, según se supo después, un golpe de mar la arrebató del buque de Scrapouchinat. Arrastrada por el capricho de todas las corrientes marinas, lustrosa por las algas adheridas a su caparazón, pero sin desperfecto alguno, había escapado a los tifones más espantosos, intacta e indestructible; y su primera, su única herida, era la que Tartarín acaba de inferirle.

¡El a ella!

¡La cicatriz, perfectamente visible, aparecía en la frente de la pobre Gran madre.

Un oficial inglés exclamó:

-Observe, teniente Shipp, ¿qué animal extraño es ése que tenemos delante?

-Es la Tarasca, oficial -dijo Tartarín, solemne-. Es la abuela, la Gran madre venerable de todos los tarasconeses. El oficial quedóse estupefacto, y motivos había, al saber que ese monstruo singular era la abuela de esa extraña masa morena y bigotuda, recogida en una isla desierta a cinco mil leguas de su patria.

Tartarín se había descubierto respetuosamente al hablar así, y a poco la Gran madre estaba lejos, arrastrada por las corrientes del Pacífico, donde estará vagando todavía, náufrago insumergible que los relatos de los viajeros, bajo el nombre de pulpo gigante o serpiente de mar, señalan ora aquí, ora allá, para terror de los pescadores de ballenas.

Mientras estuvo a la vista, el héroe la siguió con los ojos, sin decir palabra, y, cuando sólo era un punto negro en el horizonte, blanco por la espuma de las olas, se atrevió a murmurar con un acento de temor:

-Pascalón, créeme lo que te digo: ese tiro a la Tarasca me traerá mala suerte.

Y el resto del día estuvo preocupado, lleno de remordimientos y de un miedo sagrado.

II

EN LA MESA DEL COMODORO. - TARTARIN ESBOZA UN PASO DE FARANDULA. - DEFINICION DE LOS TARASCONESES POR EL TENIENTE SHIPP. - A LA VISTA DE GIBRALTAR. -LA VENGANZA DE LA TARASCA.

Al cabo de una semana de navegación estaban en las proximidades de las costas perfumadas de la India, bajo el mismo cielo lechoso, y sobre el mismo mar dulce y tranquilo que encontraron en el primer viaje. Tartarín, en una hermosa tarde de mucho calor y luz resplandeciente, dormía la siesta en calzoncillos en su camarote, envuelta la cabeza con el grueso pañuelo de lunares, cuyas puntas, largas en exceso, se alzaban como dos apacibles orejas de rumiante. Pascalón, entró de repente, como un rayo.

-¡Eh! ¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa? -preguntó bruscamente el gran hombre arrancándose el turbante, pues no gustaba de que le vieran de tal guisa.

Pascalón contestó sofocado, con los ojos desmesuradamente abiertos, y tartamudeando como nunca:

-¡Creo que esta vez no se escapa!

-¿Quién? ¿La Tarasca? ¡Ah, pícara suerte, de sobras lo sabía!

-No -susurró Pascalón con un suspiro-; la mujer del comodoro.

-Pecaïre! ¡También la pobre chica! Pero ¿que motivos tienes para suponerlo?

Por toda respuesta Pascalón tendió una cartulina impresa, en la cual el lord comodoro y Lady William Plantagenet rogaban a Su Excelencia el Gobernador Tartarín y al señor Pascalón, jefe de la secretaría, que se dignaran acompañarlos a la mesa.

-¡Oh, las mujeres, las mujeres! -exclamó Tartarín examinando la invitación, que evidentemente procedía de la esposa del comandante, pues a todas luces el marido no tenía aspecto de hacer invitaciones.

Luego, preguntó con gravedad:

-Pero, ¿crees que debo aceptar? Mi situación de prisionero de guerra...

Pascalón, que recordaba sus lecturas, le hizo saber que Napoleón comía en la mesa del almirante, a bordo del Northumberland.

-El antecedente me decide -resolvió al punto el gobernador.

-Además - añadió Pascalón -el Emperador se retiraba con las damas en cuanto se empezaba a servir los vinos.

-Perfectamente, eso reafirme mi decisión. Contesta, en tercera persona, que aceptamos la invitación.

-¿De etiqueta, maestro?

-Naturalmente.

Pascalón habría deseado también ponerse el manto de primera clase, pero su jefe no fue de la misma opinión; el mismo no llevaría el cordón de la Orden.

-No es al gobernador a quien invitan -dijo a su secretario-, sino a Tartarín. Hay una diferencia.

El pícaro estaba en todo.

La comida, verdaderamente principesca, fue servida en un vasto salón resplandeciente, ricamente amueblado. Tartarín se sentó en el sitio de honor, a la derecha de Lady William. Solamente figuraban como invitados el teniente Shipp y el médico de a bordo, que entendían el francés. Un criado de librea, silencioso y solemne, estaba de pie detrás de cada invitado. Nada tan suntuoso como el servicio de los vinos y la maciza vajilla de plata con el escudo de los Plantagenet. En medio de la mesa un magnífico búcaro contenía un gran ramo de orquídeas de las especies más raras.

Pascalón, intimidado en medio de aquel lujo, tartamudeaba sin cesar, tanto más cuanto que se encontraba con la boca llena siempre que le dirigían la palabra. Admiraba profundamente la fácil soltura con que Tartarín hacía frente al dichoso comodoro de morro huraño y ojos verdes, estriados de sangre bajo las cejas albinas. Tartarín, familiarizado con las fieras, no sentía la menor inquietud por él y hacía la corte a Lady Plantagenet con tanta gracia y asiduidad como si el comodoro hubiese estado a cien leguas de distancia. Milady, de su parte, no ocultaba su simpatía por el héroe y lo miraba tiernamente.

-¡Oh, desgraciados! El marido se va a dar cuenta de todo -se decía Pascalón.

Pues bien, no; el marido no veía nada, y hasta él mismo parecía deleitarse mucho con los relatos del gran tarasconés. A instancias de Lady William, Tartarín contó la historia de la Tarasca, Santa Marta y el lazo azul; habló de su pueblo, de la raza tarasconesa, de sus tradiciones y del éxodo reciente; luego expuso sus normas de gobierno, sus proyectos, sus reformas y el nuevo código que preparaba. Era la primera vez que revelaba el proyecto de un código: jamás le había hablado de ello a Pascalón, pero ¿es posible saber alguna vez todo lo que germina en los potentes cerebros de los conductores de pueblos?

Estuvo profundo, alegre e insinuante; entonó canciones del país, y entre ellas la de Juan Tarascón, preso por los corsarios, y enamorado de la hija del sultán.

Inclinado hacia Lady William, en una media voz vibrante y cálida, le cantó al oído los versos:

Erase un general valiente cuya testa adornaba el laurel Y la hija de un rey, hermosa y brillante, Se había enamorado de él...

Las facciones de la lánguida criolla, tan pálidas de ordinario, cubríanse de tintes ruborosos.

Terminada la canción, mostró gran interés en saber qué era la farándula de la que los tarasconeses hablaban sin cesar.

-¡Oh, pues muy sencillo! Va usted a ver -dijo el bueno de Tartarín.

Y, queriendo monopolizar para sí el efecto de la demostración, dijo a su secretario:

-Déjame a mí, Pascalón.

Púsose en pie y esbozó un paso con un motivo de farándula: Ra-pa-ta-plan, pa-ta-tin, pa-ta-tan... Desgraciadamente, el barco se balanceaba: dio un traspiés, cayó y se levantó, y siempre de buen humor, fue el primero en reírse de su desgracia.

A pesar de la disciplina, todos los comensales se desternillaban. Encontraban delicioso al Gobernador.

Llegó la hora de los vinos. Al instante, Lady William abandonó el comedor, y Tartarín, arrojando decididamente la servilleta, se retiró a su vez sin excusarse y sin saludar, siguiendo al pie de la letra la leyenda napoleónica.

Los ingleses se miraron con estupor y cambiaron algunas palabras en voz baja.

-Su Excelencia no bebe vino nunca -dijo Pascalón, que creyó necesario explicar la intempestiva salida de su buen patrón y tomar la palabra en su lugar. También él sabía tarasconear agradablemente y, mientras rivalizaba con ellos en el consumo del claret, animó la conversación y los alegró con su verbo festivo y su cálida gesticulación.

Luego, al levantarse de la mesa, convencido de que Tartarín había subido al puente para unirse a Lady William, se ofreció insidiosamente para jugar una partidita con el comodoro, gran afícionado al ajedrez.

Los demás convidados, hablaban y fumaban a su alrededor; y, en cierta ocasión, el teniente Shipp susurró al oído del

doctor una humorada que le dio risa e hizo levantar la cabeza al comodoro.

-¿Qué ha dicho, Shipp?

El teniente repitió la frase; y esta vez se rieron con más gana sin que Pascalón pudiera comprender de qué se trataba.

Entre tanto, allá arriba, acodado en el sillón de Lady William, en el perfume de la brisa y el reflejo deslumbrante del mar. Tartarín relataba a la mujer del comodoro sus amores con la princesa Likiriki y su separación desgarradora. Sabía por experiencia que las mujeres gustan de consolar y que poner en evidencia las penas del corazón es el método mejor para infiltrarse en su ternura.

¡Oh, la escena del adiós entre la jovencita y él, susurrada de cerca por Tartarín en el misterio del crepúsculo! Quién no lo oyó, nunca sabrá lo que es amar.

Me guardaré muy bien de afirmar que la escena fue relatada con absoluta exactitud, y que los hechos no fueron ligeramente modificados; pero, en todo caso, fue como él habría deseado que fuesen, esto es, una Likiriki apasionada y ardiente, una princesita torturada por la duda de sus sentimientos de familia y el amor conyugal, prendida al cuello del héroe con sus manecitas desesperadas, y gritando: «¡Llévame, llévame contigo!»

El, con el corazón destrozado, la rechazaba, rehuía sus abrazos:

-No, querida mía, es imposible. Quédate con tu anciano padre, sólo te tiene a ti.

Al recordar estas cosas, derramaba verdaderas .lágrimas y le parecía que las bellas pupilas criollas, que lo miraban se empapaban también, mientras el sol dscendía lentamente hacia el mar y teñía el horizonte de un color violeta.

Librodot

De improviso, unas sombras se acercaron, y la voz del comolo, cortante y glacial, quebró el hechizo:

-Es tarde, y hace demasiado fresco para ti, querida; debes retirarte.

Ya en pie, ella se inclinó ligeramente: -¡Buenas noches, señor Tartarín!

La dulzura que puso en estas palabras lo dejó profundamente conmovido.

Durante algunos instantes paseó por la cubierta, oyendo constantemente aquel «¡Buenas noches, señor Tartarín! » Pero el comodoro tenía razón, y, como la noche tornábase por instantes más fresca, decidió retirarse también.

Al pasar frente a la salita, vio a través de la puerta entreabierta a Pascalón, sentado a la mesa, la cabeza entre las manos y muy ocupado en hojear un diccionario.

-¿Qué está haciendo, muchacho?

El fiel secretario le dio cuenta del revuelo causado por su brusca salida del comedor, de los murmullos indignados que provocó y, sobre todo, de cierta frase misteriosa del teniente Shipp, que el comodoro le había hecho repetir y que había motivado un jolgorio general.

-Aunque yo entiendo regularmente el inglés, no he podido interpretar su verdadero sentid¿, pero he retenido las palabras y estoy a punto de lograr su traducción correcta.

Mientras Pascalón le daba estas explicaciones, Tartarín se había acostado cómodamente, bien abrigada la cabeza con el pañuelo y con un gran vaso de agua de azahar junto a la cama.

Al encender la pipa que fumaba todas las noches antes de dormir, preguntó a su secretario.

-¿Terminaste ya la traducción?

-Sí, señor gobernador; hela aquí: «En suma, el tipo tarascones, es el del francés ampuloso y exagerado, como visto a través de una bola de cristal».

-¿Y dices que eso les ha hecho mucha gracia?

-Todos, el teniente, el médico, el mismo comodoro, no cesaban de festejar la frase.

Tartarín se encogió de hombros con una mueca de conmiseración.

-Se ve bien claro que esos ingleses tienen pocas ocasiones de reír, para que tales tonterías los diviertan. ¡Vamos, muchacho, a acostarse, y buenas noches!

Y poco después los dos llegaron al país de los sueños, donde el uno encontraba a su Clorinda, y el otro a la mujer del comodoro, porque Likiriki estaba ya muy lejana.

Pasaban los días y las semanas, y el viaje continuaba en una travesía grata, realmente deliciosa, en la que Tartarín, tan propicio siempre a inspirar simpatía y admiración, sentíase rodeado de ambas cosas en las manifestaciones más variadas.

Ciertamente habría podido decir como Víctor Jacquemont[6] en sus cartas: «¡Cuán extraña y curiosa mi fortuna con los ingleses! Estos hombres que parecen tan impasibles y que entre sí se muestran tan apáticos, se transforman con mi partida. Vuélvense afables a su pasar, por primera vez en la vida .

los veo convertidos en buenas gentes, y de todo inglés con quien estoy veinticuatro horas, hago un francés.»

A bordo lo adoraban, tanto oficiales como marineros y en la proa como en la popa del Tomahawk. Ya no se hablaba del prisionero de guerra y del proceso verbal ante los tribunales ingleses. Seguramente lo dejarían en libertad al llegar el buque a Gibraltar.

En cuanto al feroz comodoro, complacido por haber encontrado un adversario de la fuerza de Pascalón, teníalo sujeto por la noche, horas y más horas, frente al tablero de ajedrez, cosa que desesperaba al infortunado galanteador de Clorinda, porque le impedía sus escapadas a proa para llevarle algún selecto trozo de su comida. Porque los pobres tarasconeses, siempre hacinados en su propia miseria, seguían llevando una triste vida de emigrantes. Grandes eran la amargura y los remordimientos de Tartarín, cuando peroraba en la toldilla o hacía la corte a Lady William, en la hora melancólica del poniente, al ver a lo lejos a sus compatriotas

[6] Célebre viajero francés.

tratados como un vil rebaño, bajo la guardia de un centinela. Apartaban de él sus miradas horrorizadas, sobre todo desde el día en que hizo fuego contra la Tarasca.

No le perdonaban tal crimen, y él, que tampoco lo olvidaba, tenía la certeza de que el tiro le acarrearía la desgracia. Habían pasado ya el estrecho de Malaca y el mar Rojo, y doblado el cabo de Sicilia. Estaban, pues, cerca de Gibraltar. Una mañana, después de anunciarse tierra, Tartarín y Pascalón preparaban sus maletas, ayudados por uno de los criados, cuando repentinamente experimentaron la sensación del balanceo que produce el barco al detenerse. El Tomahawk, en efecto, había hecho alto y al mismo tiempo se oía un ruido acompasado de remos al chocar con el agua.

-Mira, Pascalón -dijo Tartarín intrigado-; será tal vez el práctico.

Una canoa se acercaba al buque, pero no era la del práctico; enarbolaba la bandera francesa y marineros franceses las tripulaban. Entre ellos se destacaban dos hombres vestidos de negro, con galera de felpa. El alma de Tartarín vibró intensamente.

-¡Ah, la bandera francesa! Déjame que la contemple, hijo mío.

Precipitóse hacia el ojo de buey, pero entonces la puerta del camarote se abrió, y dio paso a un torrente de luz y a dos gentes de policía, de formas soeces y brutales y provistos de una orden de arresto y de un permiso de extradición. Los polizontes, sin miramiento alguno, pusieron sus manazas sobre el desventurado Estado de cosas y su secretario.

El gobernador se echó atrás, demudado y digno: -¡Tengan cuidado con lo que hacen! ¡Soy Tartarín de Tarascón!...

-A usted es a quien buscamos, precisamente.

Y helos aquí prisioneros, sin una palabra de explicación, ni de respuesta a sus preguntas múltiples, y sin saber qué habían hecho, por qué se les detenía y a dónde eran conducidos. Sintieron una horrible vergüenza al pasar con los hierros -pues les habían aplicado las 'esposas- frente a marineros y oficiales, bajo las risas y siseos de sus compatriotas, que inclinados sobre la borda, aplaudían y gritaban a pleno pulmón: «¡Bravo, magnífico, muy bien hecho! ... Zou, zou!», mientras bajaban los cautivos a la canoa.

Tartarín deseaba que se lo tragase el mar.

¡De prisionero de guerra como Napoleón y Temístocles, pasar a la categoría de un vulgar ratero!

¡Y la mujer del comodoro, contemplándolo! Decididamente, tenía razón: la Tarasca se vengaba, y se vengaba bien cruelmente.

III

CONTINUAN LAS MEMORIAS DE PASCALON.

5 de julio. Prisión de Tarascón del Ródano. -Regreso del juzgado donde se instruye el sumario. Sé, por fin, de qué se nos acusa al Gobernador y a mí, y por qué, violentamente arrancados del Tomahawk, arponeados en plena dicha, en pleno ensueño, como dos langostas sacadas del fondo del agua clara, fuimos transbordados a un navío francés, conducidos a Marsella, con las manos esposadas, llevados a Tarascón y encerrados en la cárcel de la ciudad.

Hemos sido acusados de estafa, de homicidio por imprudencia y de infracción a las leyes de emigración. Tras dos días de encarcelamiento, con prohibición absoluta de hablar a nadie, cosa realmente terrible para un tarasconés, nos condujeron al palacio de justicia, y comparecimos ante el juez de instrucción, señor Bonaric.

Este magistrado comenzó su carrera en Tarascón, hará unos diez años, y me conoce perfectamente por haber venido un centenar de veces a la farmacia con objeto de que le preparara una pomada para un eczema crónico que tiene en la mejilla.

Sin embargo, me preguntó mi nombre, apellido, edad y profesión, como si nunca nos hubiéramos visto. He debido explicarle todo lo que había del asunto de Port-Tarascón y hablar dos horas consecutivas. El taquígrafo no alcanzaba a

seguirme, pues tal era mi ansia de hablar. Luego, sin una palabra de despedida, me ordenó:

-Acusado, puede retirarse.

En el corredor del palacio de justicia encontré al pobre Gobernador, al que no había visto desde el día de nuestro arresto. Me pareció sumamente cambiado.

Al pasar me estrechó la mano y me dijo bondadosamente: -¡Valor, hijo mío! La verdad es como el aceite, siempre sale a la superficie.

No pudo decirme más, pues los gendarmes lo arrastraron brutalmente.

¡Gendarmes para él! ¡Tartarín con esposas, en Tarascón! ¡Y esa cólera, ese odio de todo el pueblo! ...

Conservaré en el oído mientras viva los gritos de furor del populacho, cuando el coche celular nos trajo a la prisión, encadenados y cada uno en nuestro compartimiento.

Nada podía ver, pero en cambio escuchaba el gran rumor de las turbas que nos rodeaban. Hubo un momento en que el coche se detuvo en la plaza del Mercado; me lo anunció el fuerte olor que me llegaba por las rendijas, con los tenues rayos de una dorada claridad. El olor a berenjenas, pimientos morrones, manzanas, melones de Cavaillon y cebollas dulces, era el mismo aliento del pueblo. Al sentir la fragancia de tantas cosas ricas de las que estoy privado hace tiempo, se me despertó el apetito.

La multitud era tan densa que nuestros caballos no podían avanzar. Era un Tarascón lleno de gente, como para creer que nadie resultó muerto, ni ahogado, ni devorado por los antropófagos. ¡Si hasta me pareció oír la voz de Cambalalette, el jefe del catastro! Será una ilusión, sin duda, porque el mismo Bézuquet comió algún pedazo de nuestro llorado Cambalalette. De o que estoy bien seguro, sin embargo, es de haber oído el gon de Excourbaniés, que es de un timbre inconfundible. La voz del ex director de la guerra dominaba los demás gritos: «¡Al agua!... Zou!... ¡Al Ródano, al Ródano! ... Fen dé brut!... ¡Al agua Tartarín!»

¡Al agua Tartarín! ... ¡Qué lección de historia! ¡Gran página para mis memorias!

Me olvidaba de decir que el juez Bonaric me ha devuelto el manuscrito que me fue confiscado a bordo del Tomahawk. Lo ha encontrado interesante, me ha inducido a continuarlo, y ha cambiado impresiones conmigo respecto a ciertas locuciones que se deslizan de vez en cuando en mi obra. A propósito de una de ellas, ha venido a decirme, sonriendo entre sus patillas rojas:

-Teníamos ya el Memorial; tú eres el Meridional de Santa Elena.

He sonreído, fingiendo que su ocurrencia me hacía gracia.

Del 5 al 15 de julio. - La cárcel de la ciudad, en Tarascón, es un castillo histórico, el antiguo castillo del rey René, que se ve desde muy lejos a orillas del Ródano, flanqueado por sus cuatro torres.

Tenemos poca suerte con los castillos históricos. Recuerdo que en Suiza, nuestro ilustre Tartarín fue confundido con un jefe nihilista, y a todos nosotros con él, nos encerraron en el calabozo de Bonnivar, en el castillo de Chillon.

Aquí, por lo menos, no es tan triste; estamos a plena luz y ventilados por el viento del Ródano y no llueve como en Suiza o en Port-Tarascón.

Mi celda es muy estrecha: cuatro muros de piedra, una cama de hierro, una mesa y una silla. El sol entra por una ventana enrejada, que cae a pico sobre el Ródano.

Desde aquí mismo, durante la gran revolución, los Jacobinos fueron precipitados al río al compás del famoso canto: «Dé brin o dé bran, cabusaran... »

Y como el repertorio popular cambia con escasa frecuencia, nos cantan a nosotros también el siniestro motete. No sé dónde estará alojado nuestro pobre Gobernador, pero a buen seguro oirá como yo esas voces que suben, por la noche, del lado del río, y ello lo debe sumir en amargas reflexiones.

¡Si por lo menos nos hubiesen puesto juntos! ... Sin embargo, no ocultaré que experimento desde mi llegada un cierto placer en encontrarme solo y en hacer examen de conciencia.

¡A la larga es tan penosa la intimidad con un gran hombre! Siempre os habla de él y jamás se preocupa de lo que pueda interesaros. Por ello, en el Tomahawk, no dispuse de un solo minuto, de un solo instante para estar cerca de mi Clorinda. Algunas veces me decía: «Ella está allá abajo», pero me era imposible hacerle ni una breve visita. Después del almuerzo, tenía la partida de ajedrez con el comodoro, y durante el resto del día Tartarín no me soltaba ni un momento, sobre todo desde que le revelé lo de mis memorias. «Escriba esto... No se olvide de mencionar aquello». Y anécdota va, anécdota viene, sobre él y sobre sus parientes, y no siempre muy interesantes.

¡Y pensar que Las Cases desempeñó el mismo papel durante tantos años! El Emperador lo despertaba a las seis de la mañana, se hacía acompañar por él a pie, a caballo o en coche, y ya en camino le decía: «¿Está ya, Las Cases? Entonces continuemos... Cuando hube firmado el tratado de Campo Formio.. . » El pobre confidente tenía también sus asuntos, sus inquietudes, su hijo enfermo y su mujer poco menos que abandonada en Francia; pero, ¿qué significaba aquello para el otro que sólo pensaba en explicarse, en definirse ante Europa, ante el mundo y ante la posteridad, día y noche, años y años?

Quiero decir con esto que la verdadero víctima de Santa Elena no fue Napoleón, sino Las Cases.

Por lo que a mí respecta, este suplicio me ha sido perdonado, por el momento. Dios es testigo de que nada hice para lograrlo, y me aprovecho de ello para pensar en mí, en mi infortunio que es muy grande, y en mi Clorinda bienamada.

¿Me considera ella culpable? No lo creo, pero sí, ciertamente, su familia, todos los Espazettes de Escudelle de Lambesc. Entre esa gente, un hombre sin título es siempre culpable. Sea como sea, debo renunciar a la esperanza de que se me acepte por marido de Clorinda, tanto más después del revés que han sufrido mis grandezas. En fin, volveré a mi puesto entre los frascos de Bézuquet, en la farmacia de la Placette... ¡Así es la gloria!

17 de julio. -Una cosa que me inquieta mucho es que nadie viene a verme a la cárcel. Hay contra mí el mismo encono que contra el patrón.

Mi única distracción, en la soledad de mi encierro, es subirme a la mesa, que me permite alcanzar hasta la ventana, y contemplar el paisaje maravilloso que se ve entre los barrotes.

El Ródano se desliza esplendoroso entre sus pequeñas islas de un verde pálido, cuyos árboles hace ondear el viento. Surca el cielo el negro vuelo de los pájaros, que se persiguen piando y que a veces pasan velozmente ante mí. En el fondo del valle se balancea el puente colgante, tan fino y largo que se espera verlo desaparecer de un momento a otro, en volandas como un sombrero.

En las márgenes del río, ruinas de viejos castillos: el de Beaucaire con la ciudad a sus plantas, y los de Courtezón y Vacqueiras. Tras de sus gruesos muros, mordidos por el tiempo, celebrábanse otrora los juegos florales, donde los trovadores eran amados por las princesas y reinas a quienes dedicaba sus trovas, de la misma manera que Pascalón canta a su Corinda. Pero ¡qué cambio, pecaïre, desde entonces! Ahora las casas solariegas son únicamente agujeros cubiertos de zarzas y los poetas que tienen el capricho de cantar a las grandes damas y damiselas, tienen que soportar que las damiselas se burlen cínicamente de ellos.

Librodot

Una vista menos afligente es la del canal de Beaucaire con sus barcos pintados de verde o amarillo, unos junto a otros, y sus muelles con las manchas rojas de los militares a quienes veo pasar desde lo alto de mi mirador.

Seguramente estarán muy contentas las gentes de Beaucaire con la desventura de Tarascón y el fracaso de nuestro gran hombre, pues a nuestros orgullosos vecinos los tenía muertos de envidia la reputación de Tartarín.

En mis recuerdos de niño están bien presentes los aspavientos que hacían con la feria de Beaucaire. Acudían gentes de todas partes, pero, desde luego, no de Tarascón porque es muy peligroso el puente colgante. Una afluencia enorme, de quinientas mil almas por lo menos, se juntaba en la explanada donde se celebraba. Año tras año, fue perdiendo prestigio y público. Hoy la feria de Beaucaire se celebra aún, pero no va nadie.

En la ciudad no se ven más que cartelitos, en los que se lee: «Se alquila». Y si por casualidad llega algún viajero o un comisionista, los habitantes lo agasajan, se lo disputan y el consejo municipal sale a su encuentro con la banda de música a la cabeza. En definitiva, Beaucaire ha perdido todo su renombre, mientras que Tarascón es cada vez más célebre. ¿Y gracias a quién, sino a Tartarín?

Subido a la mesa, y mientras contemplaba el paisaje, pensaba ahora mismo en todas esas cosas. Había desaparecido el sol, cuando de improviso, al otro lado del Ródano, en la torre del castillo de Beaucaire, se encendió una gran hoguera.

La miré largo rato, y tuve la sensación de que había algo misterioso en aquel fuego que proyectaba un fulgor rojizo sobre el Ródano, en el gran silencio de la noche que apenas escuchaba el suave vuelo de los murciélagos.

¿Qué sería aquéllo? ¿Una señal?

¿Tal vez alguien, un admirador de nuestro gran Tartarín, quiere procurarle la fuga? ¡Es tan chocante esa llama encendida en lo alto de una torre en ruinas y precisamente enfrente de su prisión!

18 de julio. - Al regresar hoy de uno de los interrogatorios, cuando el coche celular pasaba frente a Santa Marta, oí la voz invariablemente imperiosa de la marquesa de Espazettes, que gritaba con el acento peculiar de aquí: ¡«Clorinda, Clorinda», y otra voz dulce, angelical, la voz de mi bienamada, que respondía: «¡Mamá!»

Sin duda, iba a la iglesia a orar por mí, por el feliz resultado de mi proceso.

Volví a la cárcel muy conmovido, y escribí algunos versos pasionales sobre el venturoso presagio de este encuentro. Por la noche, y a la misma hora, otra vez la hoguera en la torre de Beaucaire. Brilla allá, en la noche, como las fogatas que se encienden en la noche de San Juan. Evidentemente, es una señal.

Tartarín, con quien pude cambiar un par de palabras durante el sumario, en los pasillos del juzgado, ha visto también la hoguera a través de los barrotes de su celda, y cuando le transmití mis impresiones sobre si serían unos amigos deseosos de proporcionarle la fuga, como Napoleón en Santa Elena, pareció muy afectado por esta semejanza.

-¡Oh, verdaderamente, Napoleón, en Santa Elena!... Sí... ¿Intentaron salvarlo?

Pero, tras un momento de reflexión, me declaró que nunca lo consentiría.

-Claro está que no es la bajada de los trescientos pies de la torre por una escala de cuerda, sacudida en la noche por el viento de Ródano, lo que me causaría pavor. ¡No, no creas eso, hijo mío!... Lo que más me espantaría es dar lugar a la sospecha de que intento eludir la acusación. Tartarín de Tarascón no intentará evadirse.

¡Oh, si aquéllos que vociferan a su paso: «¡Al Ródano, al Ródano! » hubiesen podido oírle! ... ¡Y se le acusa de estafa! ¡Se le cree cómplice del miserable duque de Mons! ¿Pero son posibles tales errores?

Ahora ha cambiado de opinión y juzga debidamente el valor del belga desvergonzado. Dará gusto oirle en su bella defensa, porque Tartarín se defenderá personalmente ante el

tribunal. En cuanto a mí, tartamudeo demasiado para hablar en público, y por eso me defenderá Cicerón Branquebalme. Todo el mundo sabe, y ello me enorgullece, cuánta lógica incomparable y qué profundo razonamiento sabe poner este gran jurista en sus discursos.

20 de julio.-Las horas que paso en el despacho del juez de instrucción son para mí en extremo dolorosas. Lo difícil no es defenderse, sino hacerlo sin abrumar demasiado a mi pobre patrón. ¡Ha sido tan imprudente y ha tenido tanta confianza en el duque de Mons! Además, con el eczema intermitente del señor Bonaric, no se sabe nunca si se debe temer o confiar en él. La enfermedad influye notoriamente en el temperamento del magistrado: furioso cuando «eso se ve» y afable cuando «eso no se ve.»

Alguien en quien eso se ve y se verá siempre, que en los mares lejanos no vivía del todo mal con su tatuaje -hablo del pobre Bézuquet-, ahora, bajo el cielo tarasconés, siente repulsión de sí mismo, no sale y permanece encerrado en el fondo de la botica, donde combina yerbas y raíces, prepara las pociones y sirve a los clientes con una máscara de terciopelo, !)que le da la apariencia de un conjurado de ópera cómica.

Importa destacar hasta qué punto son sensibles los hombres a nuestros males físicos, como herpes, pecas y eczemas. Quizá más que las mismas mujeres. De ahí, sin duda, el rencor de Bézuquet contra Tartarín, causante de todos sus males.

24 de julio.-Ayer fui llamado de nuevo ante el juez instructor, señor Bonaric, y creo que esta vez será la última. Me ha mostrado una botella encontrada en una de las islas por un pescador del Ródano, y me ha hecho leer la carta que encerraba dicha botella. Dice así:

«Tartarín. Tarascón. Cárcel de la ciudad.»

- ¡Valor!

Un amigo vela al otro lado del puente. Lo pasará en el momento oportuno.

«Una víctima del duque de Mons.»

El juez me ha preguntado si recordaba haber visto ese tipo de letra. Yo contesté que no lo conocía, pero como se debe decir siempre la verdad, he agregado que ya en otra ocasión se intentó esta clase de correspondencia con Tartarín, y que antes de nuestra partida de Tarascón una botella muy parecida, con una carta adentro, llegó a su poder, hecho al que no concedió la menor importancia, juzgándolo producto de una broma.

El juez me dijo:

-Está bien -a lo que agregó, como siempre-: Puede retirarse.

26 de julio.-El sumario ha terminado y se anuncia la vista de la causa para una fecha próxima. La ciudad hierve de impaciencia. Las sesiones comenzarán hacia el 1° de agosto. De aquí hasta entonces no voy a dormir. A decir verdad, es muy poco lo que duermo en esta piezucha estrecha, caliente como un horno, que me obliga a dejar la ventana abierta. Los mosquitos entran a bandadas y me paso las horas oyendo a las ratas roer en los rincones.

En los últimos días tuve varias entrevistas con mi defensor Cicerón Branquebalme. Me habló de Tartarín con mucha amargura, y sospecho que le ha irritado el que no le haya confiado su defensa. ¡Pobre Tartarín, nadie está de su parte!

Según parece, todo el tribunal ha sido renovado. Branquebalme me ha dado los nombres de los jueces: Presidente, Mouillard; asesores, Beckmann y Robert del Norte. Imposible buscar influencias. Estos señores, según me dicen, no son de Tarascón, cosa que, por otra parte, se ve claramente por sus apellidos.

Ignoro por qué razones se ha eliminado de la acusación formulada contra nosotros las partes relativas al delito de homicidio por imprudencia y a la infracción de las leyes de emigración. Están citados para comparecer: Tartarín de Tarascón, el duque de Mons -me extrañaría mucho que se presentase- y Pascual Testaniere, alias Pascalón.

31 de julio.-Noche de fiebre y de angustia. Mañana es la cosa. Me he quedado en cama hasta muy tarde. Sólo me restan fuerzas para escribir en la pared este proverbio tarasconés que oí frecuentemente a Bravida, que se los sabía todos:

Librodot

Acostarse y no dormir, Amar sin sentir placer, Esperar y a nadie ver: Tres cosas para morir.

IV

UN PROCESO EN EL MEDIODIA. - DECLARACIONES CONTRADICTORIAS. - TARTARIN JURA ANTE DIOS Y ANTE LOS HOMBRES. - LOS BORDADORES DE TARASCON. - RUGIMABAUD DEVORADO POR LOS TIBURONES. - UN TESTIGO INESPERADO.

¡Oh, no, no eran de Tarascón los jueces que fueron a buscar para el pobre Tartarín! Para convencerse, bastaba con verles en aquella ardorosa tarde de agosto, en que se ventilaba la causa del gobernador en la gran sala del palacio de justicia, llena de bote en bote.

El mes de agosto en Tarascón es, como se sabe, un mes de calor agobiante. Hay una temperatura parecida a la de Argelia, y los precauciones contra los rayos del sol son las mismas que las que se adoptan en nuestras ciudades africanas; las calles vacías antes del Mediodía, las tropas acuarteladas, y los toldos tendidos en todos los negocios. Pero el proceso de Tartarín había alterado las costumbres locales, por lo cual se comprenderá fácilmente el ambiente que se respiraba en la sala de audiencia, atestada de público, y en la que las damas, muy peripuestas, se apiñaban en las tribunas del fondo.

Las dos sonaron en el reloj del palacio; y por las amplias ventanas abiertas, cubiertas con largas cortinas amarillas, entraban el ruido ensordecedor de las cigarras en los olivos y plátanos -gruesos árboles de hojas blancas y polvorientas-, el rumor de la multitud que había quedado afuera y los gritos de los vendedores de agua que pregonaban como en la plaza los días de corrida: «¿Quién la bebe? ¡Agua fresca!»

Había que ser de Tarascón, en verdad, para resistir el calor que hacía allí dentro, uno de esos calores capaces de amodorrar a un condenado a muerte en el momento de oír su sentencia. Por ello, los más abrumados en la sala eran los tres jueces, forasteros en este Mediodía abrasador. El presidente Mouillard es un lionés, de aspecto austero y cabeza alargada, canosa y filosófica, que con sólo mirarle da ganas de llorar; de sus dos asesores, Beckmann procede de Lila, y Robert del Norte es aún de más arriba.

Desde el comienzo de la audiencia, los tres señores, pese a sus esfuerzos, cayeron en un vago sopor, fijos los ojos en los grandes cuadrados de luz recortados tras las cortinas

amarillas; y durante la interminable citación de los testigos, en número de doscientos cincuenta por lo menos y todos de la acusación, concluyeron por quedarse completamente dormidos.

Los gendarmes, que tampoco eran del Mediodía, y con los que se tuvo la crueldad de hacerles llevar todo el equipo, dormían igualmente.

Sin duda son éstas condiciones inadecuadas para hacer justicia estricta. Felizmente, los jueces habían estudiado ya prolijamente el proceso; de lo contrario, nada hubieran entendido, pues en su descortés soñolencia apenas oían el chirriar de las cigarras y el confuso zumbido de` las moscas y las voces.

Después del desfile de los testigos, el acusador Bompard de Mazet comenzó la lectura de los cargos. ¡Este sí que era del Mediodía, del mismo corazón del Mediodía!

Velludo y barrigón, con una barba negra y unos ojos saltones y ensangrentados que parecían vejigas, tenía una voz dura que destrozaba los oídos con sus poderosas vibraciones metálicas. Además, ¡qué mímica, qué arranques! ... Era la gloria del foro tarasconés. Había quien andaba leguas para oírle. Esta vez lo que excitaba su discurso era su parentesco con el famoso Bompard, una de las primeras víctimas del affaire de Port-Tarascón.

Jamás acusador alguno se mostró más encarnizado, más violento, menos justo y más parcial. Lo que gusta en Tarascón: allí entusiasma todo lo que vibra, todo lo que emociona y sobrecoge.

¡Cómo sacudía al pobre Tartarín, sentado con su secretario entre dos gendarmes! Su pasado lleno de glorias lo hizo añicos con sus colmillos.

Pascalón, consternado y muerto de vergüenza, ocultaba la cabeza entre las manos; pero Tartarín, perfectamente tranquilo, escuchaba las invectivas, alta la frente y los ojos claros, y se sentía al fin de su carrera, ante la hora de la gran declinación, consciente de las leyes del triunfo y de la derrota y resignado a soportarlas todas, mientras Bompard de Mazet, cada vez más insultante, lo presentaba como un vulgar estafador, que había abusado de una gloria ficticia, de leones que nunca cazó, y de ascensiones jamás realizadas, y se había asociado a un aventurero, a un desconocido, a un tal duque de Mons que la justicia no lograba detener. En estas abominaciones, Tartarín aparecía más execrable aun que el duque de Mons, que por lo menos no explotó a sus compatriotas, mientras él había especulado con los tarasconeses y les robó y exprimió hasta reducirlos a la triste situación de tener que mendigar de puerta en puerta y de remover los desperdicios para encontrar el sustento.

-¿Qué se puede esperar, por otra parte, qué se puede esperar, señores del Tribunal, de un hombre que ha hecho fuego sobre la Tarasca, sobre la Gran madre?

Ante esta pregunta, gemidos patrióticos brotaron de todas las tribunas; alaridos de furia respondían desde la calle hasta la que había llegado la voz del fiscal, y el orador, impresionado por sus propios acentos, se puso a lagrimear y a sollozar tan fuerte, que los jueces se despertaron sobresaltados, creyendo que todas las cañerías y goteras de la casa habían reventado bajo una lluvia torrencial.

Bompard de Mazet había hablado durante cinco horas. En aquel momento, cuando el calor era más agobiante, una suave brisa del Ródano comenzó a hinchar las cortinas amarillas de las ventanas. El presidente Mouillard no dormía ya; había vuelto al mundo y el estupor en que le sumía el ímpetu imaginativo de los tarasconeses bastó para mantenerlo despierto.

Tartarín fue el primero que dio la señal de esa ingenua y deliciosa impostura que es como el aroma, la esencia de Tarascón.

En cierto pasaje de un interrogatorio, que creemos necesario resumir, se levantó bruscamente y, con la mana extendida, exclamó:

-¡Ante Dios y ante los hombres, juro que nunca escribí esa carta!

Tratábase de una carta enviada por él desde Marsella a Pascalón, redactor de la Gaceta, para estimularle e inducirle a la producción de invenciones más fértiles y más abundantes.

No, y mil veces no; el acusado no había escrito tal cosa, y se defendía y protestaba. «No digo que... tal vez el señor de Mons, no compareciente... » ¡Y cómo silbó entre sus labios desdeñosos ese «no compareciente!»

El presidente, ordenó:

-Entreguen la carta al acusado.

Tartarín la tomó, la miró unos instantes y dijo tranquilamente:

-Es verdad, no puedo dudar de que es mi letra. Esta carta es mía, y la había olvidado por completo.

¡Era más que suficiente para hacer llorar a un tigre! Instantes después, el mismo episodio con Pascalón a propósito de un artículo aparecido en la Gaceta, en el que se explicaba la recepción en la municipalidad de Port-Tarascón de los pasajeros del Farandole y el Lucifer

Librodot

por los indígenas, el rey Negonko y los primeros ocupantes de la isla, con una descripción muy detallada del edificio de la municipalidad. La lectura de este artículo suscitó a cada frase interminables carcajadas, en las que se mezclaban furiosos gritos de indignación. El propio Pascalón se rebelaba y protestaba desde su banco, gesticulando con vehemencia; eso no era suyo, nunca en la vida habría podido firmar un cúmulo tan enorme de imposturas.

Se le mostró el artículo impreso, ilustrado con grabados hechos según sus indicaciones, y firmado con su nombre, amén del texto original encontrado en la imprenta Trinquelague.

-¡Es increíble! -dijo entonces el infortunado Pascalón, dilatados los ojos por la sorpresa-. Se me había ido por completo de la memoria.

Tartarín asumió la defensa de su secretario.

-La verdad, señor presidente, es que creyendo ciegamente todas las historias del señor de Mons, no compareciente...

-Tiene buena espalda el señor de Mons, por lo visto - dijo ferozmente el acusador.

-Yo proporcionaba a este buen muchacho -continuó Tartarín- la idea del artículo que debía hacerse, diciéndole: «Borde algo con esto». Y él bordaba.

-Es verdad, yo no hice otra cosa que bor... bordar - tartamudeó tímidamente Pascalón.

¡Oh, los bordadores de Tarascón! Muchos más iba a conocer el presidente del tribunal, en el interrogatorio de los testigos, todos del lugar y de una imaginación única para negar hoy lo que habían firmado en la víspera.

-Pero, usted lo declaró así en el sumario...

-¿ Yo, he dicho tal cosa? ¡Oh, vaï!... Ni siquiera he abierto la boca.

-Lo ha dicho con su firma.

-¿Que he firmado yo? Tampoco es cierto. -Aquí está su firma.

-¡Oh, pues es verdad! Señor presidente, nadie tan sorprendido como yo...

Y con todos igual; nadie se acordaba de nada. Los jueces estaban desconcertados ante tales contradicciones con apariencias de mala fe y se sentían incapaces de identificarse, hombres fríos del norte, con la invención y la fantasía de los países del sur.

Uno de los testigos extraordinarios fue Cóstecalde que relató cómo había sido arrojado de la isla, y forzado a abandonar a su mujer y sus hijos por las coacciones del tirano Tartarín. Había que oír el drama de la chalupa, las muertes espantosas y sucesivas de sus desgraciados compañeros; Rugimabaud, que nadaba cerca de la barca para refrescarse un poco el cuerpo, fue arrastrado por un tiburón y cortado en dos pedazos.

-¡Oh, la sonrisa del querido amigo! La veo aún, la veré siempre Me tendía los brazos, yo iba a socorrerle, cuando, de pronto, su cara se crispó horriblemente, desapareció, y luego nada... nada más que un círculo de sangre que iba ensanchándose en el agua.

Y con la mano crispada describía un gran círculo frente a los jueces, mientras de sus ojos brotaban lágrimas gruesas como garbanzos.

Al oír el nombre de Rugimabaud, los dos jueces, Beckmann y Robert del Norte, que acababan de despertarse, se inclinaron hacia el presidente y, entre la unánime explosión de sollozos causada por la declaración de Costecalde, los tres togados se pusieron a remover papeles y a cuchichear entre sí.

Luego, el presidente Mouillard se dirigió al testigo: -¿Dice usted que Rugimabaud fue comido ante sus ojos por un tiburón? Sin embargo, el tribunal cuenta entre los testigos de la acusación con un tal Rugimabaud que ha desembarcado esta mañana. ¿No sería el mismo que iba con usted en la chalupa?

-¡Claro que sí! ¡Soy yo, el mismo! -gritó el ex subdirector de agricultura.

-¿Qué es esto? ¿Rugimabaud aquí? -profirió Costecalde, sin turbarse demasiado-. No lo había visto, es la primera noticia que tengo.

Uno de los togados observó:

-¿Según esto, no habría sido comido como usted acaba de explicarnos?

-Es que tal vez lo confundí con Truphenus...

-¡Eh, eh, yo también estoy aquí! ¡A mí no me ha comido nadie! -protestó Truphenus.

Y Costecalde, que comenzaba a impacientarse:

-En fin, que sea el uno -o el otro, tanto da; estoy bien seguro de que alguien fue devorado por un tiburón. La prueba es que ví las manchas de sangre.

Y continuó su declaración como si nada hubiese sucedido. Antes de que abandonara el estrado, el presidente quiso saber a cuanto ascendería, según él, el número de las víctimas.

-Crante mil, por lo menos (que es la forma en que allá se pronuncia cuarenta mil).

Ahora bien, como los registros de la colonia comprobaban que jamás hubo más de cuatrocientos habitantes en la isla, se comprenderá el aturdimiento de Mouillard y de los jueces. Los desventurados se secaban el sudor que les caía a chorros, pues nunca habían presenciado interrogatorios semejantes, ni oído declaraciones tan absurdas. Del banco de los testigos no salían más que desmentidos feroces y violentas interrupciones; gentes que gesticulaban, y que se quitaban las palabras de la boca, rechinamientos de dientes y risas diabólicas. Un proceso fantástico, tragicómico, en el que se hablaba de tarasconeses comidos, ahogados, cocidos, asados, hervidos, devorados, tatuados y hechos pedacitos a hachazos, y todos se encontraban en el mismo banco, gozando de buena salud, con sus miembros intactos, sin un diente de menos y sin un solo rasguño.

A los dos o tres que aún no habían comparecido se les esperaba de un momento a otro, pues seguramente habrían corrido la misma suerte que sus compañeros; por ello el juez de instrucción Bonaric, más al corriente que los magistrados de las costumbres de sus compatriotas, había inducido al presidente a dejar de lado el asunto del homicidio por imprudencia.

El desfile de los testigos continuaba, cada vez más extravagante y grotesco.

En la sala, el público tomaba partido por éste o por el otro, azuzaba, aplaudía, reía a mandíbula batiente, sin miedo ni recato, ante las barbas del presidente que amenazaba a cada instante con hacer despejar el recinto, pero totalmente aturdido por tanto estrépito y tantas incoherencias, se abstenía de dar la orden de desalojo, y, con los codos sobre la mesa, se sujetaba con las manos la cabeza próxima a estallar.

En un momento de calma relativa, Robert del Norte, un viejo alto y delgado, de labios irónicos que se asomaban entre los largos flecos de su bigote blanco, dijo recostándose, con el birrete sobre la oreja:

-A final de cuentas, en todo esto sólo veo una cosa que no haya regresado: la Tarasca.

El substituto Bompard de Mazet se irguió saltando en su asiento como un diablo:

-¿Y mi tío?...

-¿Y Bompard? -gritó el público como un eco.

-Haré notar al tribunal que mi tío Bompard fue una de las primeras víctimas de este engaño. Si tuve la discreción de no hablar de él en mi requisitoria, no fue por que considerara que su caso era menos digno de atención. Es evidente que Bompard, por lo menos, no ha vuelto, y seguramente no volverá jamás...

-Disculpe, señor acusador -interrumpió el presidente-, pero justamente ahora un señor Bompard me ha hecho pasar su tarjeta y solicita ser escuchado... ¿Será éste su pariente?

Era Bompard (Gonzaga), en efecto.

Su nombre, muy conocido de los tarasconeses, suscitó un inmenso tumulto. Público, testigos, acusados, todo el mundo se puso en pie, y subidos a los bancos, inclinándose aquí y

allá, trataban de ver, gritando y llenos de impaciencia y de curiosidad. Ante tamaña agitación, el presidente Mouillard ordenó la suspensión de la audiencia por algunos minutos, período que se aprovechó para sacar de la sala a media docena de gendarmes, medio muertos de calor y sobresalto.

V

BOMPARD HA PASADO EL PUENTE. - HISTORIA DE UNA CARTA CON CINCO SELLOS ROJOS. - BOMPARD APELA A TODO TARASCON QUE NO CONTESTA. - «PERO LEAN ESA CARTA, POR TODOS LOS DIABLOS». - EMBUSTEROS DEL NORTE Y EMBUSTEROS DEL. SUR.

-¡Es él, sí! ¡Es Gonzaga!... Vé! Vé!

-¡Cómo ha engordado!

-¡Ha cambiado muchísimo!

-Parece un teur (turco).

Después de tanto tiempo que no le veían nuestros tarasconeses, apenas reconocían al buen Bompard, antes tan delgado, con su cabeza de Palikar bigotudo y sus ojos de chivo loco, y ahora gordo, Boudenfle, como dicen por allí, con idénticos bigotes y los mismos ojos delirantes en la cara grande y redonda.

Sin mirar a izquierda ni a derecha, avanzó detrás del ujier hasta la mesa del tribunal.

-¿Es usted realmente Gonzaga Bompard?

-A decir verdad, señor presidente, yo mismo lo dudo, cuando veo -gesto enfático del testigo hacia el banco de los acusados-, cuando veo en el banco de la infamia a nuestra gloria más pura, cuando se escarnece en este lugar a la probidad y el honor mismos...

-¡Gracias, Gonzaga! -dijo desde su puesto Tartarín, muy conmovido.

Había soportado sin alterarse todas las injurias, pero la simpatía de su viejo camarada le causaba verdadera emoción y le hacía asomar las lágrimas a los ojos, como a un niño castigado al que se perdona.

-Descuida, valiente conciudadano; no vas a enmohecer en ese sucio banco. Aquí traigo la prueba... la prueba... Buscó en sus bolsillos, sacó una pipa de Marsella, un cuchillo, —n viejo pedernal, un encendedor, un ovillo de bramante, un metro, un barómetro y una caja homeopática, y puso todo sobre la mesa del taquígrafo.

-¡A ver cuando termina usted, testigo Bompard! -dijo el presidente que se impacientaba.

El acusador Bompard de Mazet, dijo a su vez:

-¡Vamos, tío, dése prisa!

El tío se volvió hacia él:

-¡Ah, sí, verás lo que te espera, después de cuanto te has permitido decir contra nuestro pobre amigo! ¡Te voy a desheredar, estúpido!

El sobrino quedóse frío ante tal amenaza, y su pariente, siguió hurgando en los bolsillos y colocando ante sí una colección de objetos fantásticos, hasta que encontró, por fin, lo que buscaba: un gran sobre sellado con cinco lacres rojos.

-Señor presidente, he aquí un documento por el cual se prueba que el duque de Mons es el último de los sinvergüenzas, de los bribones, de los... -Las palabras subían de tono y el presidente le interrumpió:

-Está bien, déme el documento.

Abrió la carta misteriosa y, después . de leerla, la pasó a los dos asesores, que se la llevaron a los ojos y la estudiaron cuidadosamente, sin dejar entrever en lo más mínimo sus impresiones. ¡Verdaderos jueces del Norte, pardiez! Impávidos, impenetrables...

¿Qué había en la endiablada carta? Con tipos de aquella clase, era difícil formarse una idea.

El público se había incorporado y observaba desde lejos, las manos en pantalla ante los ojos y presa de ardiente curiosidad.

-¿Qué asco? ¿Qué diablos puede decir esa carta?...

Y como todos los incidentes de la audiencia llegaban al exterior, gracias a las ventanas y a las puertas abiertas, -subía de la calle un gran rumor de clamoreos confusos, semejantes a las olas del mar cuando se levanta la brisa.

Por el momento, los gendarmes dejaron de dormir, y las mismas moscas, apelotonadas en el techo, se despertaron. El fresco de la noche, al penetrar en la sala, exacerbaba el temor de los tarasconeses a las corrientes de aire y los que estaban próximos a las ventanas pedían a gritos que las cerraran, pues «se podía contraer el mal de la muerte».

Por centésima vez el presidente Mouillard chilló: «Un poco de silencio o hago despejar... », y el interrogatorio continuó:

Pregunta: -Testigo Bompard, ¿cómo y cuándo ha llegado esta carta a su poder?

Respuesta: -Al zarpar el Farandole de Marsella, el duque o supuesto duque de Mons, me confió los poderes de gobernador provisional de Port-Tarascón, al mismo tiempo que me

deslizaba este pliego, cerrado con cinco sellos rojos, aunque no hubiera en él dinero alguno. Encontraría dentro, díjome, sus últimas instrucciones y me recomendó que no lo abriera hasta llegar a alguna de las islas del Almirantazgo, situadas en qué sé yo qué grados de latitud y longitud. Como podrá ver, señor presidente, así está señalado en el sobre...

p. -Sí, sí, ya veo. ¿Y entonces?...

R. -Entonces, señor presidente, me sentí aquejado por una enfermedad repentina de la que usted seguramente tendrá noticia. Era contagiosa, gangrenosa y demás, y por tal causa fui desembarcado y llevado agonizante al Castillo de If. Estaba ya en tierra y aun me retorcía de dolor. Llevaba la carta en el bolsillo, pues en medio de mis sufrimientos me había olvidado de dársela a Bézuquet al transferirle mis poderes.

P. -Un olvido.-lamentable... ¿Y después?

R. -Después, señor presidente, cuando me sentí un poco mejor, abandoné mi lecho y me vestí. No estaba muy fuerte aun! ¡Ah, si hubieran visto lo que parecía! Llevéme la mano al bolsillo, y ¡oh, sorpresa! ... Encontré la carta de los cinco sellos.

El presidente, insinuó severamente:

-Testigo Bompard, ¿no estaría más conforme con la verdad el decir que esa carta, que no debía ser leída sino a cuatro mil leguas de Francia, fue abierta inmediatamente, en pleno puerto de Marsella, para saber lo que había dentro, y que al conocer su contenido, retrocedió ante las enormes responsabilidades en que incurría?

-No conoce usted a Bompard, señor presidente. Todo Tarascón aquí presente se lo puede decir.

Un silencio de tumba acogió este recurso oratorio. Apodado el «Impostor» por sus conciudadanos, que no son muy escrupulosos en materia de veracidad, Bompard demostraba verdaderamente un arrogante tupé al invocarlos como testigos; en consecuencia, Tarascón interrogado, nada contestó. El siguió sin inmutarse:

-Ya lo ve, señor juez, el que calla, otorga. -Y reanudando la narración-: Por aquel entonces, cuando encontré la carta, Bézuquet hacía varias semanas que-había partido y se hallaba demasiado lejos para que pudiera entregársela. Me decidí a leerla. Usted comprenderá mi terrible situación.

Muy terrible también era la situación del auditorio, que seguía ignorando lo que contenía la carta, depositada en la mesa del tribunal y de la que se hablaba constantemente.

Los espectadores estiraban el cuello, pero desde tan lejos no podían distinguir más que los grandes y cautivadores sellos rojos del sobre que, de minuto en minuto, parecía crecer y adquirir enormes dimensiones.

Bompard continuó:

-¿Qué hacer, pregunto yo, después de enterarme de esos horrores? ¿Alcanzar el Farandole a nado? Pensé en ello un momento, pero no tuve fe en mis fuerzas. ¿Impedir que el Tutu-panpan partiera, revelando a mis compatriotas este pliego abominable, lo que equivalía a arrojar un chorro de agua fría sobre sus entusiasmos? Habría sido lapidado si lo hubiera hecho. En fin, nada podía hacer, y me asaltó un gran temor... Ni siquiera tuve ánimos para presentarme en Tarascón ante el embarazo de no saber qué decir. Entonces resolví ocultarme enfrente, en Beaucaire, desde donde podría ver sin ser visto. Desempeño allí dos cargos: el de guardia del campo de la feria y el de conservador del castillo. Tengo mis ratos de ocio, como es de suponer. Desde lo alto de la vieja torre, con un buen anteojo, observaba desde el otro lado del Ródano la agitación de mis desventurados compatriotas, preparándose para la partida. Yo me crispaba, me desesperaba... Les tendía los brazos, les gritaba de lejos como si pudieran oírme: ¡No partáis, no partáis! ... Intenté incluso prevenirles por medio de una botella... Dígales, Tartarín, dígales a esos señores que traté de avisarles.

-¡Doy fe! -afirmó Tartarín desde el banco de la infamia.

-¡Ah, cuánto sufrí, señor presidente, al ver partir al Tutu pan-pan para el país de las quimeras!... Pero sufrí más al verlos volver, cuando me enteré de que frente a mí gemía, entre hierros, mi ilustre compatriota Tartarín. ¡Saberle en la torre, víctima de una falsa acusación! ... Podrá usted argüir que debí intentar antes la prueba de su inocencia, pero cuando uno equivoca la dirección, sólo el diablo puede indicarle el buen camino. Había empezado por no decir nada, y, por lo tanto, me era difícil la menor revelación, sin contar el miedo al puente, ese terrible puente que debía atravesar. Sin embargo, he pasado el puente infernal; lo pasé esta mañana en medio de una borrasca espantosa que me obligó a andar a gatas, como en mi ascensión al Monte Blanco. ¿Se acuerda, Tartarín?

-¡Sí, lo recuerdo! -respondió tristemente Tartarín, ante la evocación de las horas gloriosas.

-¡Cómo se balanceaba! ¡Buena dosis de heroísmo he necesitado para llegar al fin!... Pero no me gusta elogiarme. Para terminar, aquí estoy con la prueba, la prueba irrefutable...

-¿La cree usted irrefutable? -preguntó Mouillard en su tono reposado-. ¿Quién nos garantiza que esta extraña carta, por tanto tiempo olvidada en vuestros bolsillos, sea del duque de Mons o del que llaman así? ¡Porque todos ustedes, los tarasconeses, me parecen muy poco de fiar! ¡Las mentiras que vengo oyendo desde hace siete horas!...

Un ronco gruñido de fieras enjauladas rodó por el recinto y por las tribunas, hasta la calle.

Tarascón estaba descontento y protestaba. Gonzaga Bompard, por su parte, se limitaba a sonreír inefablemente.

-Por lo que a mí respecta, señor presidente, no negaré que hay alguna exageración en lo que digo, ni afirmaré que se podría hacer de mí el director de Veritas, pero, en cambio, tiene a éste aquí -señalando a Tartarín- que en cuanto a veracidad, es lo mejor que tenemos en Tarascón.

No necesitó mucho tiempo Tartarín para reconocer la letra y la firma del señor de Mons, letra y firma que le eran harto familiares, por desgracia; luego, irguiéndose solemnemente y volviéndose hacia el tribunal, blandió con mano convulsa el terrible misterio de los cinco sellos rojos:

-A mi vez, señor presidente, armado con esta cínica elucubración, le invito a reconocer que no todos los impostores son del Mediodía. ¡Ah, nos llaman ustedes mentirsos a los que somos de Tarascón! ¡Considérenos bien y verá que no somos sino gentes de imaginación y de palabra desbordante, simples trovadores, forjadores de ensueños, improvisadores fecundos, ebrios de savia y de claridad, y juguetes frecuentemente de nuestras propias invenciones asombrosas e ingenuas! ¡Qué diferencia con vuestros embusteros del Norte, sin luz ni espontaneidad, animados siempre por un egoísmo, por una finalidad ruin, como el firmante de esta carta! ¡Sí, puede asegurarse rotundamente: en materia de embustes, cuando el Norte hace de las suyas, el Mediodía boca abajo!

Manejando este tema, ante un público tarasconés, Tartarín hubiera entusiasmado a la sala en otra época. Pero nadie creía ya en el pobre gran hombre ni subsistía su popularidad. No se le prestó la menor atención. Sólo había interés por la misteriosa misiva que .agitaba con alterado ademán.

El infortunado quería seguir hablando, pero se le obligó a callar.

De todas partes salían gritos de:

-¡La carta! ¡La carta! -¡Quítensela, zou!

-¡Que lean de una vez la carta!

Cediendo a la voluntad de la multitud, el presidente Mouillard ordenó:

-¡Escribano, lea en alta voz el documento!

Un inmenso «¡ah!» de alivio resonó en la sala; y en el silencio que se produjo sólo se oía el zumbido de las moscas de agosto y el cra-cra de las cigarras que rimaba con los latidos de los corazones anhelantes.

El escribano comenzó a leer con un fuerte acento nasal: «A1 señor Gonzaga Bompard, Gobernador interino de la colonia de Port-Tarascón, para ser abierta en el 144° 30' de longitud Este, frente a las islas del Almirantazgo.

«Mi querido señor Bompard:

»No hay broma, por buena que sea, que no deba tener término.

»Cambie de rumbo en seguida y vuélvase tranquilamente a casa con sus tarasconeses.

»No hay tal isla, ni tal tratado, ni Port-Tarascón, ni áreas ni hectáreas, ni destilerías, ni refinerías, ni nada de todo eso... Solamente una excelente operación financiera que me ha valido algunos millones, por ahora puestos cuidadosamente a salvo, así como mi augusta persona.

»En definitiva, una bonita tarasconada que vuestros compatriotas y su ilustre Tartarín sabrán perdonarme, pues les ha distraído, ocupado y devuelto el gusto que ya habían perdido de su pequeña y deliciosa ciudad.

»DUQUE DE MONS.

»Tanto de duque como de Mons. Apenas de las cercanías.» Esta vez, por más que el presidente amenazara con hacer evacuar la sala, nada pudo contener los alaridos y las imprecaciones que estallaron furibundos y que se extendieron a la calle, a la explanada y a toda la ciudad. ¡Ah, belga, puerco de belga, si le echaban mano! ¡El sí que habría dado el salto de cabeza al Ródano!

Hombres, mujeres, niños, todos participaban en el griterío, y en medio de una espantosa batahola el presidente Mouillard pronunció la absolución de Tartarín y Pascalón, con hondo desconsuelo de Cicerón Branquebalme, que debía renunciar a la defensa, tragarse el discurso con sus verum enim vero, sus puesto que, considerando que y toda la cimentación romana de su monumental alegato.

La audiencia terminó y el público se desparramó por calles, plazas y plazuelas, vomitando sin cesar su cólera con insultos y amenazas:

-¡Belga, puerco belga! ¡Embustero del Norte! ¡Embustero del Norte!

CONTINUACION Y FIN DE LAS MEMORIAS DE PASCALON

8 de octubre. -Con mi puesto en la farmacia de Bézuquet, he reconquistado la estimación de mis conciudadanos y encontrado la existencia tranquila de otrora, en la Placette, entre las vasijas amarillas y verdes de la estantería; con la diferencia de que Bézuquet no sale ahora del fondo de la botica, como si él fuera el ayudante y no yo, y maneja el almirez de mármol, pulverizando las drogas ¡con una rabia! De vez en cuando hace una pausa para sacar un

espejito del bolsillo y examinar sus tatuajes. ¡Desventurado Fernando, ni pomadas ni cataplasmas lo alivian! ¡Ni siquiera la «sopita de ajo» recetada por el doctor Tournatoire! No se librará en la vida de los infernales colorines.

En cuanto a mí, hago paquetes, pongo etiquetas, despacho los áloes y la ipecacuana, y charlo con los clientes divirtiéndome con todo lo que se cuenta en la ciudad. Los días de mercado viene mucho público; los martes y los viernes es incesante la preparación de recetas. Desde que las viñas van mejor, nuestros campesinos se atiborran de' drogas. Adoran estas cosas en el distrito de Tarascón: para ellos, purgarse es una fiesta.

En el resto de la semana, que es más tranquilo, la campanilla de la farmacia repica muy raras veces. Entonces me paso las horas mirando las inscripciones de los vasos de vidrio y loza blanca, alineados en los anaqueles: sirupus gummi, assa foetida, y la Farmacopea escrita en griego que hay sobre el mostrador, entre dos serpientes.

Después de tanto desorden y tantas aventuras, este amplio reposo de mi vida me gusta bastante. Estoy preparando un volumen de versos provenzales, Li Gingourlo (Las Azufaifas). En el Norte sólo se conoce la azufaifa éomo un producto farmacéutico; aquí sus frutos son como olivas rojas, lindas y crujientes, en un árbol de follaje claro. En este volumen reuniré mis paisajes, mis versos de amor..

Pecaïre! De vez en cuando veo pasar a mi Clorinda, alta y esbelta, a saltitos sobre los adoquines puntiagudos de la Placette, con su andar que ella misma calificaba allí de «paso de canguro». Generalmente va a la segunda misa, con el libro de preces en la mano y seguida de la doncella Alric, aquella que escalaba los techos y que desde el regreso a Tarascón ha pasado del servicio de la señorita Tournatoire al de la dama de Espazettes. Ni una sola vez Clorinda ha mirado a la farmacia. Reincorporado a las órdenes de Bézuquet, he dejado de existir para ella.

La ciudad ha recuperado su tranquilo aspecto, y todo el mundo está ya en su casa. Nos paseamos por el boulevard y por la explanada; por la noche nos vamos al círculo o al teatro. Hemos regresado todos, con excepción del padre Bataillet, que se quedó en las Filipinas para fundar una nueva comunidad de Padres Blancos. Aquí, el convento de Pamperigouste abre las puertas poco a poco, y el padre Vezole (¡Bendito sea Dios!) ha regresado a él con algunos otros reverendos. Vuelven a sonar las campanas, dulcemente, una a una. No hemos llegado todavía al pleno carillón, pero se le presiente muy próximo.

¡Quién se imaginaría que han ocurrido tantos acontecimientos! ¡Qué lejos está todo y cuán olvidadiza es la raza tarasconesa! Basta con ver partir a nuestros cazadores, con el marqués de Espazettes al frente. Flamantes de pies a cabeza, salen los domingos por la mañana y esperan, con el ardor de siempre, las piezas que jamás existieron.

Yo, después del almuerzo, voy a presentar mis respetos a Tartarín. Allá siguen, en lo alto del bulevar, la casita de las persianas verdes y las cajas de los pequeños lustrabotas frente a la reja; pero todo está cerrado y silencioso. Empujo la puerta... Encuentro al héroe en su jardín, con las manos a la espalda, dando vueltas en torno al estanque de los pececitos de colores o en su gabinete de trabajo, entre los kriss y las flechas emponzoñadas. Ya ni siquiera mira las colecciones amadas. El cuadro es siempre el mismo, pero ¡cómo ha cambiado el hombre! En vano fue que lo absolvieran; se siente decepcionado y fuera de centro. Ha perdido su pedestal, y es esto lo que le entristece.

Hablamos de todo. El doctor Tournatoire, que viene algunas veces, nos trae su buen humor y sus bromas a este hogar melancólico. Branquebalme viene también los domingos. Tartarín le ha confiado la defensa de sus intereses en un pleito que se sustancia en Tolón a demanda del capitán Scrapouchinat, que reclama los gastos de repatriación de los colonos, y en otro pleito incoado por la viuda de Bravida, en representación de sus hijos menores. Si mi pobre y querido patrón pierde estas dos demandas, ¿cómo se las arreglará? ¡Hizo tantos gastos en la lamentable aventura de Port-Tarascón!

Librodot

¿Por qué no seré yo rico?... Desgraciadamente, de poco le serviría mi ayuda con la miseria que gano en la farmacia de Bézuquet.

10 de octubre. -Mi libro «Las Azufaifas» aparecerá en

Avignón, impreso por la librería Roumanille; estoy contentísimo. Otro suceso grato: se está organizando una gran cabalgata en honor de Santa Marta, que será el 19 del corriente, y en honor también del retorno de los tarasconeses al suelo patrio. Dourladoure y yo, poeta ambos, debemos representar a la antigua, que al extremo de largas cañas tendían limos.

20 de octubre. - Ayer, domingo, se celebró la cabalgata. fue un largo desfile de carrozas y de caballeros, ataviados a la antigua, que al extremo de largas cañas tendían limosneros solicitando un donativo. Muchísima gente en la calle y en las ventanas; pero, a pesar de todo, la fiesta adolecía de falta de animación y alegría. El ingenio de los organizadores no pudo suplir la ausencia de la Gran madre. Sentíase un gran vacío, y era que faltaba el carro de la Tarasca. Sordos rencores se despertaban al recuerdo del malaventurado disparo hecho contra ella, allá en el Pacífico, y al pasar frente a la casa de Tartarín se dejaron oír gruñidos amenazadores. En vista de que la banda de Costecalde trataba de excitar a la multitud mediante algunos gritos, el marqués de Espazettes, convertido en un arrogante templario, hizo volver grupas al corcel: «¡Haya paz, señores!... » Era tan imponente su actitud, que el desorden se desvaneció en el acto.

Cuanto más descendía el sol, arreciaba la tramontana, que es un desagradable viento de nieve. Dourladoure y yo la sentíamos cruelmente bajo nuestros jubones Carlos IV, que nos había prestado una compañía de ópera, de paso por Tarascón aquellos días. Sentados cada uno en lo alto de una torre-la carroza, tirada por seis bueyes blancos, representaba el castillo del rey René, en madera y cartón pintado-la condenada brisa nos penetraba hasta los huesos, y los versos que recitábamos, al son de grandes laúdes, tiritaban al par que nosotros. Dourladoure, dando diente con diente, decía: «¡Esto es helarse, amigo!» Y no teníamos medio de bajar, pues la escalera que empleamos para llegar a nuestro sitial había sido retirada.

En el paseo, el suplicio hízose intolerable. Para colmo de los males, tuve yo la idea -¡vanidad del amor! -de tomar una travesía para pasar frente a la casa del marqués de Espazettes.

Nos hallábamos en un dédalo de calles estrechas que apenas tenían el ancho de nuestros carros. La morada del marqués estaba cerrada, sombría y muda, con sus viejas paredes de piedra negra y las persianas completamente corridas, como para indicar que la nobleza desdeñaba el júbilo de los menestrales.

Yo declamé algunos versos de mi libro «Las Azufaifas» al tiempo que tendía el limosnero, pero nada se movió y

nadie se hizo visible. Entonces di orden de avanzar. Imposible: el carro se había atascado. En vano tirábamos hacia adelante y hacia atrás: hallábase oprimido entre las altas murallas, y a través de los intersticios de las persianas cerradas oímos muy cerquita, a la altura de nuestros tronos, cuchicheos y risas ahogadas, mientras permanecíamos, ridículamente transidos de frío, en nuestras torres de cartón.

Decididamente, el castillo del rey René no me ha traído suerte. fue necesario desenganchar los bueyes y encontrar escaleras para bajarnos, ¡y ello requirió un tiempo incalculable!

23 de octubre. -¿Cuál será el secreto del mal de la gloria que no se puede vivir sin ella, una vez que se la ha conocido? El domingo estaba en casa de Tartarín; hablábamos en el

jardín, yendo y viniendo a lo largo de las avenidas enarenadas. Por encima de las tapias, los árboles del paseo nos enviaban una lluvia de hojas secas, y como viera una expresión de melancolía en los ojos del gran hombre, le recordé las horas triunfales de su vida. Nada lograba distraerlo, ni aun las analogías entre su existencia y la de Napoleón.

-¡Ah, vaï, Napoleón! ¡Buena farsa! ... No me hable más de eso, por favor; se lo agradeceré.

Lo miré estupefacto.

Librodot

-¿Ni siquiera de la mujer del comodoro?

-¡Déjeme tranquilo con la mujer del comodoro! Bien se burló de mí la tal señora...

Seguimos caminando en silencio.

Los gritos de los pequeños lustrabotas que jugaban a la bolita frente a la puerta, llegaban hasta nosotros con las ráfagas de viento que arremolinaban las hojas.

Luego agregó esta otra reflexión:

-Ahora creo ver claro. Los tarasconeses me han abierto los ojos, como si me hubieran operado de cataratas. Aquello me pareció extraordinario.

En la puerta, díjome de pronto con un apretón de manos: -¿Sabes, muchacho, que me van embargar la casa? He perdido el pleito de Scrapouchinat, y el de la viuda de Bravida, a pesar de los alegatos de Branquebalme. Ahondó demasiado mi buen defensor; su acueducto romano se le vino encima y hemos sido aplastados bajo su peso.

Tímidamente, me atreví a ofrecerle mis escasas economías. Se las habría dado de todo corazón, pero Tartarín las rechazó de plano.

-Gracias, hijo mío; supongo que las armas, las curiosidades y las plantas raras, darán bastante dinero. Si eso no bastara, venderé la casa. Después, veremos. ¡Adiós, muchacho! No merece la pena...

¡Qué filosofía!

1L1 31 de octubre. - Hoy sufrí un gran pesar. Atendía en la farmacia a la esposa de Truphenus que me podía algo para los dolores de cabeza que sufre su hijo, cuando un rumor de ruedas en la Placette me hizo levantar los ojos. Me pareció reconocer los muelles de la carroza que usa la marquesa viuda de Aigueboulide. La vieja iba dentro, con la cotorra embalsamada a un lado, y enfrente. mi Clorinda con otra persona a la que no distinguía bien, porque estaba a contraluz y sólo alcancé a divisar un uniforme azul y un kepis bordado.

-¿Quién va con las señoras?

-¿Cómo, no lo conoce? Es el nieto de la marquesa, el vizconde Charlexis de Aigueboulide, oficial de cazadores. ¿No sabe que la señorita Clorinda y él contraerán matrimonio el mes que viene?

¡Qué golpe, Dios mío! Debí de quedar como muerto. ¡Pero aun tenía una esperanza!

-¡ ¡Oh; no crea! Es un casamiento por amor-prosiguió la malvada mujer de Truphenus-. Pero, ¿sabe lo que decimos nosotras?: «Quién por amor se enmarida, buena noche y malos días».

¡Quisiera yo también casarme de ese modo, pecaïre!

5 de noviembre. - Ayer se verificó la subasta de las armas, utensilios y recuerdos de Tartarín. Yo no estuve en el acto, pero Branquebalme, que vino a la farmacia por la noche, me relató la escena.

Una desdicha, según parece. La venta no produjo nada. Se vendía frente a la puerta, de acuerdo a nuestra costumbre. Nada, ni un cobre, aún cuando acudió mucha gente. Las armas de todos los países, las flechas emponzoñadas, los yataganes, los revólveres, el wínchester de treinta y dos tiros, no dieron nada. Las magníficas pieles de los leones del Atlas, el alpenstock, el glorioso cayado del Jungfrau, las riquezas y curiosidades, todo aquello que era un verdadero museo local, fueron vendidos a precios irrisorios. ¡Se ha perdido la fe!

¡Y aquel baobab que durante treinta años fue la admiración de la comarca! Cuando lo sacaron a subasta, y al gritar el rematador «arbos gigantea, poblaciones enteras pueden cobijarse bajo su sombra...», parece que le contestaron grandes carcajadas. Tartarín oía las risas mientras daba vueltas por el jardín con dos amigos. Sin amargura comentó:

-También ellos, mis buenos tarasconeses, han sido operados de las cataratas. Ahora ven claro, pero qué crueles son... Lo más triste es que por no haber producido lo suficiente la subasta para pagar los pleitos perdidos, tuvo que ceder la casa a los Espazettes, quienes la destinan al nuevo matrimonio.

Y él, el pobre gran hombre, ¿a dónde irá? ¿Pasará el puente según dejó entrever vagamente? ¿Se refugiará en Beaucaire, junto a su viejo amigo Bompard?

Mientras Branquebalme, de pie en medio de la farmacia, me explicaba estos dolorosos episodios, Bézuquet, en el fondo, apareció a medias, por la puerta entreabierta, con sus colorines imborrables, y prorrumpió en una risa de demonio papua: «¡Bien hecho! ¡Bien hecho!» Como si hubiera sido Tartarín quien lo tatuó.

7 de noviembre. - Mañana domingo es la fecha indicada para que mi buen patrón deje la ciudad y franquee el puente de Beaucaire. ¿Es posible tal cosa? ¡Tartarín de Tarascón convertido en Tartarín de Beaucaire! ¡El propio oído indica ya la horrible diferencia! ¡Y luego, el puente, ese terrible puente que debe pasar! Yo sé perfectamente que Tartarín ha vencido obstáculos más graves, pero... Tengamos confianza. Pensemos que hay cosas que se dicen en un momento de cólera, y que luego no se hacen. Tengo aun mis dudas.

Domingo, 10 de diciembre. - Siete de la noche. Vuelvo abrumado, con fuerza apenas para trazar estas pocas líneas. Todo ha terminado. Se marchó. Ha cruzado el puente. Me había citado en su casa con Tournatoire, Braquebalme y Beaumevieille; después llegó Malbos, un ex legionario de la milicia, que se nos unió en el camino.

Tenía el corazón oprimido frente a la desolación de las paredes destruídas y del jardín devastado. Tartarín ni siquiera miró en su derredor. Es eso, nuestra movilidad, lo que tenemos de bueno nosotros, los tarasconeses. Gracias a ella somos menos tristes que los demás pueblos.

Al darle las llaves a Branquebalmes, dijo:

-Se las entregará usted al marqués de Espazettes. No me ofende el que no haya venido; lo considero natural. Como decía Bravida:

El amor del señor Es amor de cristal Si ya le serviste, no te verá más...

Y, volviéndose hacia mí:

-¡Tú sabes algo de eso, muchacho!

Esta alusión a Clorinda me ha afectado. ¡Pensar en mí en tales circunstancias!

Una vez en el patio, nos azotó un viento terrible. Todos se decían, quien más, quien menos: «¡Dios nos dé valor para pasar el puente!»

El no parecía preocupado en lo más mínimo. A causa del mistral no se veía a nadie en la ciudad; encontramos solamente a la banda de música que regresaba de la explanada. Los soldados apretaban con una mano los instrumentos y con la otra sujetaban el vuelo de sus capotes que el viento azotaba con furia.

Tartarín hablaba lentamente, mientras caminaba al paso, en medio de nosotros, como si estuviéramos de paseo. Contaba cosas suyas, nada más que suyas, como en otros tiempos.

-A mí me ha pasado lo que a mucho de nosotros. Me he alimentado demasiado de regardelle.

En Tarascón llamamos regardelle a todo lo que tienta los ojos y excita los deseos, pero que no podemos alcanzar. Es el alimento de los soñadores, de las gentes de imaginación. Y Tartarín decía la verdad: nadie había consumido tanta regardelle como él.

Cómo yo llevaba la maleta, la caja del sombrero y el sobretodo de mi héroe y andaba algo retrasado no oía bien lo que se decía. Muchas palabras se las llevaba el viento que redoblaba su violencia a medida que nos acercábamos al Ródano. Me pareció comprender que no quería mal a nadie y que hablaba de su existencia con una dulce filosofía.

-Ese pícaro de Daudet ha dicho de mí que yo era un Quijote en la piel de Sancho Panza... Y dijo la verdad. Ese tipo de Quijote chiflado y sensible, embutido en su grasa y siempre inferior a sus sueños, es bastante frecuente en Tarascón y su distrito.

Un poco más lejos, al doblar una calleja, hemos visto alejarse a Excourbaniés, quien, al pasar frente a la armería de Costecalde, desde esta mañana consejero municipal de la ciudad, gritó a voz en cuello:

-¡Ah, ah! Fen dé brut!... ¡Viva Costecalde! Tartarín comentó:

-Tampoco a éste le guardo rencor. Sin embargo, Excourbaniés representa la parte más detestable del mediodía tarasconés. No me refiero a sus gritos, aunque chilla más de lo conveniente, sino a ese espantoso deseo de gustar y de ser amable que lo arrastra a las más abyectas cobardías. Si se encuentra ante Costecalde dirá: «¡Al Ródano Tartarín! » Si estuviera conmigo y, por halagarme, gritaría lo mismo contra Costecalde. Fuera de esto, amigos míos, magnífica raza la tarasconesa, y sin ella hace tiempo que Francia habría muerto de pedantería y aburrimiento.

Llegábamos al Ródano. Ante nosotros un ocaso triste y algunas nubes muy altas. El viento parecía calmarse, pero con todo el puente era de poco fiar. Nos detuvimos a la entrada y Tartarín nos rogó que no fuéramos más lejos.

-¡Adiós, hijos míos, adiós!

Nos abrazamos. Empezó por Beaumevieille, el más anciano, y terminó por mí, el más joven. Yo lloraba copiosamente, y no podía enjugarme por culpa de la maleta y del sobretodo. Puedo vanagloriarme de que el gran hombre ha sentido mis lágrimas.

No menos conmovido estaba él. Tomó sus cosas, la caja en una mano, el sobretodo al brazo y la maleta en la otra mano, y como Tournatoire le dijera:

-Tartarín, cuídese bien. Clima malsano, Beaucaire... Una sopita de ajo, no lo olvide.

El contestó, guiñando el ojo:

-Pierda cuidado... Recuerde el proverbio de la vieja: «Cuanto más vivía más sabía, y en cuanto a morir, cualquier día». Yo haré como ella.

Vímosle alejarse bajo las arcadas, algo pesado, pero a buen paso. El puente se balanceaba horriblemente. Dos o tres veces Tartarín se detuvo porque el sombrero se le escapaba.

Desde lejos le gritamos, sin movernos:

-¡Adiós, Tartarín!

Demasiado conmovido para contestar, seguía andando sin volverse; y únicamente con la caja de sombreros hacía señales de despedida por detrás:

-¡Adiós! ¡Adiós! ...

Tres meses después.

-Domingo por la noche.

-Reanudo mis memorias, largo tiempo interrumpidas, y abro este viejo cuaderno verde que dejaré a mis hijos, si alguna vez los tengo. Roídos ya los cantos, lo comencé a cinco mil leguas de Francia, me ha seguido a través de los mares, en prisión y en todas partes. El poco espacio que me queda lo aprovecho para anotar el rumor que corría esta mañana por la ciudad: ¡Tartarín ha dejado de existir!

No se tenían noticias suyas desde hace tres meses. Sabía que habitaba en Beaucaire, junto con Bompard, a quien ayudaba a guardar el campo de la feria y a conservar el castillo. Oficios de regardelle, en suma. Frecuentemente, añorando a mi buen patrón, hice el propósito de ir a verlo; mas el endiablado puente me lo impidió.

Una vez, mirando hacia el castillo de Beaucaire, en lo más alto, me pareció ver a alguien que asestaba un anteojo de larga vista sobre Tarascón. Hubiera jurado que era Bompard.

Desapareció y a poco volvió a la torre con otro individuo, más gordo, que me pareció Tartarín. Este también utilizó los prismáticos, y después agitó los brazos en señal de que me conocía; pero estaba tan lejos, y era tan pequeño y tan vago, que no sentí la emoción que yo esperaba.

Esta mañana, todo angustiado sin saber por qué, salí a la calle para afeitarme, como hago todos los domingos, y me sorprendió ver el cielo velado y rojo, uno de esos cielos sin

luz que dan más relieve a los árboles, los bancos y las casas. Lo hice notar así al entrar en la barbería de Marco Aurelio.

-¡Qué sol tan extraño! Carece de luz y de calor. ¿Hay un eclipse, acaso?

-¡Cómo! ¿No lo sabe, señor Pascalón! Está anunciado desde el primero de este mes.

Y, al mismo tiempo que me sujetaba por la nariz con la navaja muy cerca, añadió:

-Y la otra noticia, ¿no la conoce tampoco?... Dicen que nuestro gran hombre ya no es de este mundo.

-¿Qué gran hombre?

Cuando mencionó a Tartarín, por poco más me corto yo mismo con la navaja.

-¡Ahí tiene lo que es expatriarse! No ha podido vivir sin Tarascón.

Marco Aurelio no sospechaba que, decía una gran verdad. Sin Tarascón y sin gloria era indudable que no podía vivir.

¡Pobre patrón querido! ¡Pobre gran Tartarín! ¡Y qué coincidencia tan singular: un eclipse en el día de su muerte! ¡Y qué pueblo extraño el nuestro! Apostaría a que en la ciudad la noticia ha causado pesar a todos, pero se hacen los indiferentes y afectan tomar la cosa a la ligera.

Débese ello a que, desde el asunto de Port-Tarascón, que los mostró al mundo tan exaltados y enardecidos, los tarasconeses quieren parecer ahora más serenos, dueños de sí mismos y corregidos para siempre.

La verdad es que no nos hemos corregido en lo más mínimo, sólo que ahora en vez de mentir hacia arriba, mentimos hacia abajo.

Ahora ya no decimos: «Ayer, en la plaza había cincuenta mil personas, por lo menos». «En la plaza, ayer, si éramos una media docena es ya mucho decir».

Exageración, ni más ni menos.

FIN
DE
PORT-TARASCON